

LA BUENA NOTICIA DE JESÚS

CICLO B

JOSÉ ANTONIO
PAGOLA



LA BUENA NOTICIA DE JESÚS

CICLO B

José Antonio Pagola



PRESENTACIÓN

Esta publicación se titula *La Buena Noticia de Jesús* y consta de tres pequeños volúmenes dedicados a comentar brevemente los textos evangélicos que se leerán sucesivamente en las comunidades cristianas durante los ciclos A, B y C. Fue precisamente Marcos, el primer evangelista que recogió el mensaje y la actuación de Jesús, quien no encontró un título más adecuado para su pequeño escrito que este: «Buena Noticia de Jesucristo».

Es fácil entender por qué la gente de Galilea sentía a Jesús como «Buena Noticia». Lo que Jesús les dice les hace bien: les quita el miedo a Dios, les hace sentir su misericordia, les ayuda a vivir con confianza, alentados y perdonados por el Padre de todos. Por otra parte, la manera de ser de Jesús es algo bueno para todos: Jesús acoge a todos, se acerca a los más olvidados, abraza a los más pequeños, bendice a los enfermos, se fija en los últimos. Toda su actuación introduce en la vida de las personas algo bueno: salud, perdón, verdad, fuerza para vivir, esperanza. ¡Es una buena noticia encontrarnos con Jesús!

¿Cómo encontrarnos cada domingo con él y descubrirlo como «Buena Noticia»? Los cristianos decimos cosas admirables de Jesús: en él está la «salvación» de la humanidad, la «redención» del mundo, la «liberación definitiva» del ser humano... Todo esto es cierto, pero no basta. No es lo mismo exponer verdades cuyo contenido es teóricamente bueno para el mundo que hacer que los hombres y mujeres de hoy puedan experimentar a Jesús como algo «nuevo» y «bueno» en su propia vida.

Por eso los comentarios que ofrezco a las comunidades cristianas están redactados desde estas claves básicas: destaco la Buena Noticia de Dios anunciada por Jesús, fuente inagotable de vida, de misericordia y perdón; sugiero caminos para seguir a Jesús aprendiendo a vivir hoy su estilo de vida y sus actitudes: ofrezco sugerencias para impulsar la renovación de las comunidades cristianas escuchando las llamadas del papa Francisco; recuerdo las llamadas de Jesús a abrir caminos al proyecto humanizador del reino de Dios y su justicia; invito a vivir estos tiempos de crisis e incertidumbre arraigados en la esperanza en Cristo resucitado.

Al ofrecer estos comentarios pienso sobre todo en las parroquias y comunidades cristianas, necesitadas de aliento y de nuevo vigor espiritual. Deseo que pueda llegar hasta ellas la invitación del papa Francisco a «volver a la

fuente para recuperar la frescura original del Evangelio». Como he dicho en alguna otra ocasión, quiero recuperar la Buena Noticia de Jesús para los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Quiero que conozcan un Jesús vivo y concreto. Con un mensaje claro en sus labios: el amor inmenso de un Dios Padre que quiere una vida más digna y dichosa para todos. Con un proyecto bien definido: humanizar el mundo implantando el reino de Dios y su justicia. Con una predilección muy concreta en su corazón: los últimos, los indefensos, las mujeres, los oprimidos por los poderosos, los olvidados por la religión... Sé que, para muchos, Jesús puede ser la mejor noticia.

Este volumen dedicado al ciclo B contiene los comentarios al texto evangélico de todos los domingos, incluso los que no serán proclamados este año. Además se ofrecen los comentarios de las fiestas de Navidad: Natividad del Señor (25 de diciembre), Santa María, Madre de Dios (1 de enero) y Epifanía del Señor (6 de enero). No hay que olvidar que, en la distribución del año litúrgico, el Tiempo Ordinario está repartido en dos bloques, interrumpido por la Cuaresma y el Tiempo Pascual. De esta manera, este volumen podrá ser utilizado no solo en 2017-2018, sino también siempre que toque el ciclo B, es decir: 2017-2018, 2020-2021, 2023-2024, 2026-2027...

UNA IGLESIA DESPIERTA

MARCOS 13,33-37

I ADVIENTO

³³ ¡Cuidado! Estad alerta, porque no sabéis cuándo llegará el momento. ³⁴ Sucederá lo mismo que con aquel hombre que se ausentó de su casa, encomendó a cada uno de los siervos su tarea y encargó al portero que velase. ³⁵ Así que velad, porque no sabéis cuándo llegará el dueño de la casa, si al atardecer, a media noche, al canto del gallo o al amanecer. ³⁶ No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos. ³⁷ Lo que a vosotros os digo, lo digo a todos: ¡velad!

* * *

Jesús está en Jerusalén, sentado en el monte de los Olivos, mirando hacia el Templo y conversando confidencialmente con cuatro discípulos: Pedro, Santiago, Juan y Andrés. Los ve preocupados por saber cuándo llegará el final de los tiempos. A él, por el contrario, le preocupa cómo vivirán sus seguidores cuando ya no lo tengan entre ellos.

Por eso, una vez más, les descubre su inquietud: «Mirad, vivid despiertos». Después, dejando de lado el lenguaje terrorífico de los visionarios apocalípticos, les cuenta una pequeña parábola que ha pasado casi inadvertida entre los cristianos.

«Un señor se fue de viaje y dejó su casa». Pero, antes de ausentarse, «confió a cada uno de sus criados su tarea». Al despedirse solo les insistió en una cosa: «Vigilad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa». Que, cuando venga, no os encuentre dormidos.

El relato sugiere que los seguidores de Jesús formarán una familia. La Iglesia será «la casa de Jesús» que sustituirá a «la casa de Israel». En ella, todos son servidores. No hay señores. Todos vivirán esperando al único Señor de la casa: Jesús, el Cristo. No lo han de olvidar jamás.

En la casa de Jesús nadie ha de permanecer pasivo. Nadie se ha de sentir excluido, sin responsabilidad alguna. Todos somos necesarios. Todos tenemos alguna misión confiada por él. Todos estamos llamados a contribuir a la gran tarea de vivir como Jesús. Él vivió siempre dedicado a servir al reino de Dios.

Los años irán pasando. ¿Se mantendrá vivo el espíritu de Jesús entre los suyos? ¿Seguirán recordando su estilo servicial a los más necesitados y desvalidos? ¿Le seguirán por el camino abierto por él? Su gran preocupación es que su Iglesia se duerma. Por eso les insiste hasta tres veces: «Vivid despiertos». No es una recomendación a los cuatro discípulos que le están escuchando, sino un mandato a los creyentes de todos los tiempos: «Lo que os digo a vosotros os lo digo a todos: velad».

El rasgo más generalizado de los cristianos que no han abandonado la Iglesia es seguramente la pasividad. Durante siglos hemos educado a los fieles para la sumisión y la obediencia. En la casa de Jesús, solo una minoría se siente hoy con alguna responsabilidad eclesial.

Ha llegado el momento de reaccionar. No podemos seguir aumentando aún más la distancia entre «los que mandan» y «los que obedecen». Es pecado promover el desafecto, la mutua exclusión o la pasividad. Jesús nos quería ver a todos despiertos, activos, colaborando con lucidez y responsabilidad en su proyecto del reino de Dios.

CON JESÚS COMIENZA ALGO BUENO

MARCOS 1,1-8

II ADVIENTO

¹ Comienzo de la buena noticia de Jesús, el Mesías, Hijo de Dios.

² Según está escrito en el profeta Isaías:
«Mira, envío mi mensajero delante
de ti,
el que ha de preparar tu camino.

³ Voz del que grita en el desierto:
¡preparad el camino al Señor;
allanad sus senderos!».

⁴ Apareció Juan el Bautista en el desierto, predicando un bautismo
de conversión para el perdón de los pecados.

⁵ Toda la región de Judea y todos los habitantes de Jerusalén acudían
a él y, después de reconocer sus pecados, Juan
los bautizaba en el río Jordán.

⁶ Iba Juan vestido con pelo de camello, llevaba una correa de cuero
a su cintura
y se alimentaba de saltamontes y de miel silvestre. ⁷ Esto era lo que
proclamaba:

—Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo. Yo no soy digno ni
de postrarme ante él para desatar la correa de sus sandalias. ⁸ Yo os
bautizo con agua, pero
él os bautizará con Espíritu Santo.

* * *

A lo largo de este nuevo año litúrgico, los cristianos iremos leyendo los domingos

el evangelio de Marcos. Su pequeño escrito arranca con este título: «Comienzo de la buena noticia de Jesús, el Mesías, Hijo de Dios». Estas palabras nos permiten evocar algo de lo que encontraremos en su relato.

Con Jesús «comienza algo nuevo». Es lo primero que quiere dejar claro Marcos. Todo lo anterior pertenece al pasado. Jesús es el comienzo de algo nuevo e inconfundible. En el relato, Jesús dirá que «el tiempo se ha cumplido». Con él llega la buena noticia de Dios.

Esto es lo que están experimentando los primeros cristianos. Quien se encuentra vitalmente con Jesús y penetra un poco en su misterio sabe que con él empieza una vida nueva, algo que nunca había experimentado anteriormente.

Lo que encuentran en Jesús es una «Buena Noticia». Algo nuevo y bueno. La palabra «evangelio» que emplea Marcos es muy frecuente entre los primeros seguidores de Jesús y expresa lo que sienten al encontrarse con él. Una sensación de liberación, alegría, seguridad y desaparición de miedos. En Jesús se encuentran con «la salvación de Dios».

Cuando alguien descubre en Jesús al Dios amigo del ser humano, el Padre de todos los pueblos, el defensor de los últimos, la esperanza de los perdidos, sabe que no encontrará una noticia mejor. Cuando conoce el proyecto de Jesús de trabajar por un mundo más humano, digno y dichoso, sabe que no podrá dedicarse a nada más grande.

Esta Buena Noticia es Jesús mismo, el protagonista del relato que va a escribir Marcos. Por eso su intención primera no es ofrecernos doctrina sobre Jesús ni aportarnos información biográfica sobre él, sino seducirnos para que nos abramos a la Buena Noticia que solo podremos encontrar en él.

Marcos le atribuye a Jesús dos títulos: uno típicamente judío; el otro, más universal. Sin embargo, reserva a los lectores algunas sorpresas. Jesús es el «Mesías» al que los judíos esperaban como liberador de su pueblo. Pero un Mesías muy diferente del líder guerrero que muchos anhelaban para destruir a los romanos. En su relato, Jesús es descrito como enviado por Dios para humanizar la vida y encauzar la historia hacia su salvación definitiva. Es la primera sorpresa.

Jesús es «Hijo de Dios», pero no dotado del poder y la gloria que algunos habían imaginado. Un Hijo de Dios profundamente humano, tan humano que solo Dios puede ser así. Solo cuando termine su vida de servicio a todos, ejecutado en una cruz, un centurión romano confesará: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios». Es la segunda sorpresa.

ABRIRNOS A DIOS

JUAN 1,6-8.19-28

III ADVIENTO

⁶ Vino un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. ⁷ Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por él. ⁸ No era él la luz, sino testigo de la luz.

¹⁹ Los judíos de Jerusalén enviaron una comisión de sacerdotes y levitas para preguntar a Juan quién era. ²⁰ Su testimonio fue este:

—Yo no soy el Mesías.

²¹ Ellos le preguntaron:

—Entonces, ¿qué? ¿Eres tú acaso Elías?

Juan respondió:

—No soy Elías.

Volvieron a preguntarle:

—¿Eres el profeta que esperamos?

Él contestó:

—No.

²² De nuevo insistieron:

—Pues, ¿quién eres? Tenemos que dar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?

²³ Entonces él, aplicándose las palabras del profeta Isaías, se presentó así:

—Yo soy la voz del que clama en el desierto:

allanad el camino del Señor.

²⁴ Algunos miembros de la comisión eran fariseos. ²⁵ Estos le preguntaron:

—Si no eres ni el Mesías, ni Elías, ni el profeta esperado, ¿por qué razón bautizas?

²⁶ Juan afirmó:

—Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros hay uno a quien

no conocéis. ²⁷Él viene detrás de mí, aunque yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias.

²⁸ Esto ocurrió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

* * *

La fe se ha convertido para muchos en una experiencia problemática. No saben exactamente lo que les ha sucedido estos años, pero una cosa es clara: ya no volverán a creer en lo que creyeron de niños. De todo aquello solo quedan algunas creencias de perfil bastante borroso. Cada uno se ha ido construyendo su propio mundo interior, sin poder evitar muchas veces graves incertidumbres e interrogantes.

La mayoría de estas personas hace su «recorrido religioso» de forma solitaria y casi secreta. ¿Con quién van a hablar de estas cosas? No hay guías ni puntos de referencia. Cada uno actúa como puede en estas cuestiones que afectan a lo más profundo del ser humano. Muchos no saben si lo que les sucede es normal o inquietante.

Los estudios del profesor de Atlanta James Fowler sobre el desarrollo de la fe pueden ayudar a no pocos a entender mejor su propio recorrido. Al mismo tiempo arrojan luz sobre las etapas que ha de seguir la persona para estructurar su «universo de sentido».

En los primeros estadios de la vida, el niño va asumiendo sin reflexión las creencias y valores que se le proponen. Su fe no es todavía una decisión personal. El niño va estableciendo lo que es verdadero o falso, bueno o malo, a partir de lo que le enseñan desde fuera.

Más adelante, el individuo acepta las creencias, prácticas y doctrinas de manera más reflexionada, pero siempre tal como están definidas por el grupo, la tradición o las autoridades religiosas. No se le ocurre dudar seriamente de nada. Todo es digno de fe, todo es seguro.

La crisis llega más tarde. El individuo toma conciencia de que la fe ha de ser libre y personal. Ya no se siente obligado a creer de modo tan incondicional en lo que enseña la Iglesia. Poco a poco comienza a relativizar ciertas cosas y a seleccionar otras. Su mundo religioso se modifica y hasta se resquebraja. No todo responde a un deseo de autenticidad mayor. Está también la frivolidad y las incoherencias.

Todo puede quedar ahí. Pero el individuo puede también seguir ahondando en

su universo interior. Si se abre sinceramente a Dios y lo busca en lo más profundo de su ser, puede brotar una fe nueva. El amor de Dios, creído y acogido con humildad, da un sentido más hondo a todo. La persona conoce una coherencia interior más armoniosa. Las dudas no son un obstáculo. El individuo intuye ahora el valor último que encierran prácticas y símbolos antes criticados. Se despierta de nuevo la comunicación con Dios. La persona vive en comunión con todo lo bueno que hay en el mundo y se siente llamada a amar y proteger la vida.

Lo decisivo es siempre hacer en nosotros un lugar real a la experiencia de Dios. De ahí la importancia de escuchar la llamada del profeta: «Preparad el camino del Señor». Este camino hemos de abrirlo en lo íntimo de nuestro corazón.

CON ALEGRÍA Y CONFIANZA

LUCAS 1,26-38

IV ADVIENTO

²⁶ Al sexto mes envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, ²⁷ a una joven prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David; el nombre de la joven era María. ²⁸ El ángel entró donde estaba María y le dijo:

—Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.

²⁹ Al oír estas palabras, ella se turbó y se preguntaba qué significaba tal saludo. ³⁰ El ángel le dijo:

—No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. ³¹ Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. ³² Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, ³³ reinará sobre la estirpe de Jacob por siempre y su reino no tendrá fin.

³⁴ María dijo al ángel:

—¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?

³⁵ El ángel le contestó:

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios. ³⁶ Mira, tu pariente Isabel también ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que todos tenían por estéril; ³⁷ porque «para Dios nada hay imposible».

³⁸ María dijo:

—Aquí está la esclava del Señor, que me suceda según dices.

Y el ángel la dejó.

* * *

El Concilio Vaticano II presenta a María, Madre de Jesucristo, como «prototipo

y modelo para la Iglesia», y la describe como mujer humilde que escucha a Dios con confianza y alegría. Desde esa misma actitud hemos de escuchar a Dios en la Iglesia actual.

«Alégrate». Es lo primero que María escucha de Dios y lo primero que hemos de escuchar también hoy. Entre nosotros falta alegría. Con frecuencia nos dejamos contagiar por la tristeza de una Iglesia envejecida y gastada. ¿Ya no es Jesús Buena Noticia? ¿No sentimos la alegría de ser sus seguidores? Cuando falta la alegría, la fe pierde frescura, la cordialidad desaparece, la amistad entre los creyentes se enfriá. Todo se hace más difícil. Es urgente despertar la alegría en nuestras comunidades y recuperar la paz que Jesús nos ha dejado en herencia.

«El Señor está contigo». No es fácil la alegría en la Iglesia de nuestros días. Solo puede nacer de la confianza en Dios. No estamos huérfanos. Vivimos invocando cada día a un Dios Padre que nos acompaña, nos defiende y busca siempre el bien de todo ser humano. Dios está también con nosotros.

Esta Iglesia, a veces tan desconcertada y perdida, que no acierta a volver al Evangelio, no está sola. Jesús, el Buen Pastor, nos está buscando. Su Espíritu nos está atrayendo. Contamos con su aliento y comprensión. Jesús no nos ha abandonado. Con él todo es posible.

«No temas». Son muchos los miedos que nos paralizan a los seguidores de Jesús. Miedo al mundo moderno y a una sociedad descreída. Miedo a un futuro incierto. Miedo a la conversión al Evangelio. El miedo nos está haciendo mucho daño. Nos impide caminar hacia el futuro con esperanza. Nos encierra en la conservación estéril del pasado. Crecen nuestros fantasmas. Desaparece el realismo sano y la sensatez evangélica.

Es urgente construir una Iglesia de la confianza. La fortaleza de Dios no se revela en una Iglesia poderosa, sino humilde. También en nuestras comunidades hemos de escuchar las palabras que escucha María: «No temas».

«Darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús». También a nosotros, como a María, se nos confía una misión: contribuir a poner luz en medio de la noche. No estamos llamados a juzgar al mundo, sino a sembrar esperanza. Nuestra tarea no es apagar la mecha que se extingue, sino encender la fe que, en no pocos, está queriendo brotar: hemos de ayudar a los hombres y mujeres de hoy a descubrir a Jesús.

Desde nuestras comunidades, cada vez más pequeñas y humildes, podemos ser levadura de un mundo más sano y fraternal. Estamos en buenas manos. Dios no está en crisis. Somos nosotros los que no nos atrevemos a seguir a Jesús con alegría y confianza. María ha de ser nuestro modelo.

EN UN PESEBRE

LUCAS 2,1-14

NATIVIDAD DEL SEÑOR

¹ En aquellos días apareció un decreto del emperador Augusto ordenando que se empadronasen los habitantes del imperio. ² Este censo fue el primero que se hizo durante el mandato de Quirino, gobernador de Siria. ³ Todos iban a inscribirse a su ciudad. ⁴ También José, por ser de la estirpe y familia de David, subió desde Galilea, desde la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, ⁵ para inscribirse con María, su esposa, que estaba encinta. ⁶ Mientras estaban en Belén le llegó a María el tiempo del parto, ⁷ y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada.

⁸ Había en aquellos campos unos pastores que pasaban la noche al raso velando sus rebaños. ⁹ Un ángel del Señor se les apareció, y la gloria del Señor los envolvió con su luz. Entonces les entró un gran miedo, ¹⁰ pero el ángel les dijo:

—No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será también para todo el pueblo: ¹¹ os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor. ¹² Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

¹³ Y de repente se juntó al ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo:

¹⁴ —Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres que gozan de su amor!

* * *

Según el relato de Lucas, es el mensaje del ángel a los pastores el que nos ofrece las claves para leer desde la fe el misterio que se encierra en un niño nacido en extrañas circunstancias en las afueras de Belén.

Es de noche. Una claridad desconocida ilumina las tinieblas que cubren Belén. La luz no desciende sobre el lugar donde se encuentra el niño, sino que envuelve a los pastores que escuchan el mensaje. El niño queda oculto en la oscuridad, en un lugar desconocido. Es necesario hacer un esfuerzo para descubrirlo.

Estas son las primeras palabras que hemos de escuchar: «No temáis. Os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo». Es algo muy grande lo que ha sucedido. Todos tenemos motivo para alegrarnos. Ese niño no es de María y José. Nos ha nacido a todos. No es solo de unos privilegiados. Es para toda la gente.

Los cristianos no hemos de acaparar estas fiestas. Jesús es de quienes lo siguen con fe y de quienes lo han olvidado, de quienes confían en Dios y de los que dudan de todo. Nadie está solo frente a sus miedos. Nadie está solo en su soledad. Hay Alguien que piensa en nosotros.

Así lo proclama el mensajero: «Os ha nacido hoy un Salvador: el Mesías, el Señor». No es el hijo del emperador Augusto, dominador del mundo, celebrado como salvador y portador de la paz gracias al poder de sus legiones. El nacimiento de un poderoso no es buena noticia en un mundo donde los débiles son víctimas de toda clase de abusos.

Este niño nace en un pueblo sometido al Imperio. No tiene ciudadanía romana. Nadie espera en Roma su nacimiento. Pero es el Salvador que necesitamos. No estará al servicio de ningún César. No trabajará para ningún imperio. Es el Hijo de Dios que se hace hombre. Solo buscará el reino de su Padre y su justicia. Vivirá para hacer la vida más humana. En él encontrará este mundo injusto la salvación de Dios.

¿Dónde está este niño? ¿Cómo lo podemos reconocer? Así dice el mensajero: «Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». El niño ha nacido como un excluido. Sus padres no le han podido encontrar un lugar acogedor. Su madre le ha dado a luz sin ayuda de nadie. Ella misma se ha valido como ha podido para envolverlo en pañales y acostarlo en un pesebre.

En este pesebre comienza Dios su aventura entre los hombres. No le encontraremos entre los poderosos, sino en los débiles. No está en lo grande y espectacular, sino en lo pobre y pequeño. Vayamos a Belén; volvamos a las raíces de nuestra fe. Busquemos a Dios donde se ha encarnado.

HOGARES CRISTIANOS

LUCAS 2,22-40

SAGRADA FAMILIA

²² Cuando se cumplieron los días de la purificación prescrita por la Ley de Moisés, llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor,²³ como prescribe la Ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor». ²⁴ Ofrecieron también en sacrificio, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones».

²⁵ Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba en él²⁶ y le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías enviado por el Señor.²⁷ Vino, pues, al templo, movido por el Espíritu, y, cuando sus padres entraban con el niño Jesús para cumplir lo que mandaba la Ley,²⁸ Simeón lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios diciendo:

²⁹ —Ahora, Señor, según tu promesa,
puedes dejar que tu siervo muera en paz.

³⁰ Mis ojos han visto a tu Salvador,

³¹ a quien has presentado ante todos los pueblos,

³² como luz para iluminar a las naciones

y gloria de tu pueblo, Israel.

³³ Su padre y su madre estaban admirados de las cosas que se decían de él.³⁴ Simeón los bendijo y dijo a María, su madre:

—Mira, este niño va a ser motivo de que muchos caigan o se levanten en Israel. Será signo de contradicción,³⁵ y a ti misma una espada te atravesará el corazón; así quedarán al descubierto las intenciones de muchos.

³⁶ Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, que era ya muy anciana. Había estado casada siete años, siendo aún muy joven;³⁷ después había permanecido viuda hasta los ochenta

y cuatro años. No se apartaba del templo, dando culto al Señor día y noche con ayunos y oraciones. ³⁸ Se presentó en aquel momento y se puso a dar gloria a Dios y a hablar del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

³⁹ Cuando cumplieron todas las cosas prescritas por la Ley del Señor, regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. ⁴⁰ El niño crecía y se fortalecía; estaba lleno de sabiduría y gozaba del favor de Dios.

* * *

Hoy se habla mucho de la crisis de la institución familiar. Ciertamente, la crisis es grave. Sin embargo, aunque estamos siendo testigos de una verdadera revolución en la conducta familiar, y muchos han predicado la muerte de diversas formas tradicionales de familia, nadie anuncia hoy seriamente la desaparición de la familia.

Al contrario, la historia parece enseñarnos que en los tiempos difíciles se estrechan más los vínculos familiares. La abundancia separa a los hombres. La crisis y la penuria los unen. Ante el presentimiento de que vamos a vivir tiempos difíciles, son bastantes los que presagian un nuevo renacer de la familia.

Con frecuencia, el deseo sincero de muchos cristianos de imitar a la Familia de Nazaret ha favorecido el ideal de una familia cimentada en la armonía y la felicidad del propio hogar. Sin duda es necesario también hoy promover la autoridad y responsabilidad de los padres, la obediencia de los hijos, el diálogo y la solidaridad familiar. Sin estos valores la familia fracasará.

Pero no cualquier familia responde a las exigencias del reino de Dios planteadas por Jesús. Hay familias abiertas al servicio de la sociedad y familias egoístas, replegadas sobre sí mismas. Familias autoritarias y familias donde se aprende a dialogar. Familias que educan en el egoísmo y familias que enseñan solidaridad.

Concretamente, en el contexto de la grave crisis económica que estamos padeciendo, la familia puede ser una escuela de insolidaridad en la que el egoísmo familiar se convierte en criterio de actuación que configurará el comportamiento social de los hijos. Y puede ser, por el contrario, un lugar en el que el hijo puede recordar que tenemos un Padre común, y que el mundo no se acaba en las paredes de la propia casa.

Por eso no podemos celebrar la fiesta de la Familia de Nazaret sin escuchar el reto de nuestra fe. ¿Serán nuestros hogares un lugar donde las nuevas

generaciones podrán escuchar la llamada del Evangelio a la fraternidad universal, la defensa de los abandonados y la búsqueda de una sociedad más justa, o se convertirán en la escuela más eficaz de indiferencia, inhibición y pasividad egoísta ante los problemas ajenos?

HOY

LUCAS 2,16-21

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

¹⁶ Fueron deprisa y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. ¹⁷ Al verlo contaron lo que el ángel les había dicho de este niño. ¹⁸ Y cuantos escuchaban lo que decían los pastores se quedaban admirados. ¹⁹ María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón. ²⁰ Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios, porque todo lo que habían visto y oído correspondía a cuanto les habían dicho.

²¹ A los ocho días, cuando lo circuncidaron, le pusieron el nombre de Jesús, como lo había llamado el ángel ya antes de la concepción.

* * *

Lucas concluye su relato del nacimiento de Jesús indicando a los lectores que «María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón». No conserva lo sucedido como un recuerdo del pasado, sino como una experiencia que actualizará y revivirá a lo largo de su vida.

No es una observación gratuita. María es modelo de fe. Según este evangelista, creer en Jesús Salvador no es recordar acontecimientos de otros tiempos, sino experimentar hoy su fuerza salvadora, capaz de hacer más humana nuestra vida.

Por eso Lucas utiliza un recurso literario muy original. Jesús no pertenece al pasado. Intencionadamente va repitiendo que la salvación de Jesús resucitado se nos está ofreciendo *hoy*, ahora mismo, siempre que nos encontramos con él. Veamos algunos ejemplos.

Así se nos anuncia el nacimiento de Jesús: «Os ha nacido *hoy*, en la ciudad de David, un Salvador». Hoy puede nacer Jesús para nosotros. Hoy puede entrar en nuestra vida y cambiarla para siempre. Ahora mismo podemos nacer con él a una existencia nueva.

En una aldea de Galilea traen ante Jesús a un paralítico. Jesús se commueve al verlo bloqueado por su pecado y lo sana ofreciéndole el perdón: «Tus pecados quedan perdonados». La gente reacciona alabando a Dios: «*Hoy* hemos visto cosas admirables». También nosotros podemos experimentar hoy el perdón, la paz de Dios y la alegría interior si nos dejamos sanar por Jesús.

En la ciudad de Jericó, Jesús se aloja en casa de Zaqueo, rico y poderoso recaudador de impuestos. El encuentro con Jesús lo transforma: devolverá lo robado a tanta gente y compartirá sus bienes con los pobres. Jesús le dice: «*Hoy* ha llegado la salvación a esta casa». Si dejamos entrar a Jesús en nuestra vida, hoy mismo podemos empezar una vida más digna, fraterna y solidaria.

Jesús está agonizando en la cruz en medio de dos malhechores. Uno de ellos se confía a Jesús: «Acuérdate de mí cuando estés en tu reino». Jesús reacciona inmediatamente: «*Hoy* estarás conmigo en el paraíso». También el día de nuestra muerte será un día de salvación. Por fin escucharemos de Jesús esas palabras tan esperadas: «Descansa, confía en mí, hoy estarás conmigo para siempre».

Hoy comenzamos un año nuevo. Pero ¿qué puede ser para nosotros algo realmente nuevo y bueno? ¿Quién hará nacer en nosotros una alegría nueva? ¿Qué psicólogo nos enseñará a ser más humanos? De poco sirven los buenos deseos. Lo decisivo es estar más atentos a lo bueno que Jesús despierta en nosotros. La salvación se nos ofrece cada día. No hay que esperar a nada. Hoy mismo puede ser para mí un día de salvación.

DIOS ESTÁ CON NOSOTROS

JUAN 1,1-18

II DOMINGO DESPUÉS DE NAVIDAD

¹ Al principio ya existía la Palabra.

La Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios.

² Ya al principio ella estaba junto a Dios.

³ Todo fue hecho por ella,
y sin ella no se hizo nada de cuanto llegó a existir.

⁴ En ella estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres;
⁵ la luz resplandece en las tinieblas,
y las tinieblas no la sofocaron.

⁶ Vino un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. ⁷ Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por él. ⁸ No era él la luz, sino testigo de la luz.

⁹ La Palabra era la luz verdadera
que con su venida al mundo
ilumina a todo hombre.

¹⁰ Estaba en el mundo, pero el mundo,
aunque fue hecho por ella, no la reconoció.

¹¹ Vino a los suyos, pero los suyos no la recibieron.

¹² A cuantos la recibieron, a todos aquellos que creen en su nombre,
les dio poder para ser hijos de Dios.

¹³ Estos son los que no nacen por vía de generación humana, ni
porque el hombre lo deseé, sino que nacen de Dios.

¹⁴ Y la Palabra se hizo carne
y habitó entre nosotros;
y hemos visto su gloria,
la gloria propia del Hijo único del Padre,

lleno de gracia y de verdad.

¹⁵ Juan dio testimonio de él, proclamando:

—Este es aquel de quien yo dije: «El que viene detrás de mí es superior a mí, porque existía antes que yo». ¹⁶ En efecto, de su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia. ¹⁷ Porque la Ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Cristo Jesús. ¹⁸ A Dios nadie lo vio jamás; el Hijo único, que es Dios y que está en el seno del Padre, nos lo ha dado a conocer.

* * *

Dios es hoy para muchos no solo un «Dios escondido», sino un Dios imposible de encontrar. En bastantes personas instaladas en una vida pragmática, volcada casi totalmente en lo exterior, la relación con Dios ha quedado como atrofiada. Dios es hoy para no pocos una palabra sin contenido, una abstracción, tal vez un mal recuerdo que olvidar para siempre.

Para muchos contemporáneos, Dios se ha quedado mudo para siempre. No habla. Se ha convertido en un viejo personaje lejano y extraño. Algo que se va difuminando poco a poco en medio de las nieblas del alma.

Creyentes que tenían fe la han ido perdiendo, y ya no saben cómo recuperarla. Cristianos que tenían confianza en Jesucristo han ido sufriendo decepciones dolorosas a lo largo de la vida, y ya no saben cómo volver a confiar. Hombres que un día rezaron y de cuyo corazón no brota hoy invocación ni súplica alguna.

Cuántos hombres y mujeres viven, sin confesarlo, en una especie de ateísmo gris, insípido y trivial en el que se han ido instalando poco a poco y del que parece imposible ya resurgir.

Hay también quienes buscan a Dios sinceramente, y su búsqueda se hace difícil y dura. ¿Cómo creer en un Dios bueno cuando millones de hombres mueren de hambre sin que, al parecer, nadie nos sintamos responsables? ¿Cómo creer en un Dios que se calla cuando los hombres se destruyen unos a otros y hacen imposible la convivencia? ¿No tenemos derecho a gritar también nosotros con el salmista: «Por qué escondes tu rostro. Por qué duermes»? Ante tanta injusticia, fracaso y dolor, ¿dónde está Dios?

El evangelista nos responde algo desconcertante. Dios ha venido al mundo. «Ha venido a su casa, y los suyos no lo han recibido». No se puede decir nada más inaudito en palabras más sencillas. A Dios no hay que buscarlo en lo alto del cielo, gobernando el cosmos con poder inmutable o dirigiendo la historia de

los hombres con mirada indiferente.

Dios está aquí, con nosotros, entre nosotros y en lo más profundo de nuestro ser. Dios está precisamente donde los hombres han dejado de buscarlo. Dios está en un hombre que nació pobemente en Belén y terminó ejecutado sin poder ni gloria alguna, en las afueras de Jerusalén.

Dios está en nuestra carne, nuestra impotencia y nuestro dolor. No es una metáfora piadosa decir que hoy Dios «pasa miedo en Europa ante los ataques terroristas», «muere de hambre» en Etiopía, «está en paro» entre nosotros o «es ametrallado» en Siria o Afganistán.

Aunque nuestra fe sea a veces «una llaga abierta» que nos hace gritar: «¿Dónde está Dios?», seguimos creyendo que Dios está con nosotros, sufriendo nuestros sufrimientos, luchando nuestras luchas y muriendo nuestra muerte. Por eso mantenemos viva la esperanza.

ORIENTARNOS HACIA DIOS

MATEO 2,1-12

EPIFANÍA DEL SEÑOR

¹ Jesús nació en Belén, un pueblo de Judea, en tiempo del rey Herodes. Por entonces unos sabios de oriente se presentaron en Jerusalén, ² preguntando:

—¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Hemos visto su estrella
en el oriente y venimos a adorarlo.

³ Al oír esto, el rey Herodes se sobresaltó, y con él toda Jerusalén.
⁴ Entonces convocó a todos los jefes de los sacerdotes y a los maestros de la Ley y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. ⁵ Ellos le respondieron:

—En Belén de Judea, pues así está escrito en el profeta:

⁶ «Y tú, Belén, tierra de Judá,
no eres, ni mucho menos, la menor
entre las ciudades principales de Judá;
porque de ti saldrá un jefe,
que será pastor de mi pueblo, Israel».

⁷ Entonces Herodes, llamando aparte a los sabios, hizo que le informaran con exactitud acerca del momento en que había aparecido la estrella, ⁸ y los envió a Belén con este encargo:

—Id e informaos bien sobre ese niño; y, cuando lo encontréis, avisadme para ir yo también a adorarlo.

⁹ Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y la estrella que habían visto en oriente los guió hasta que llegó y se paró encima de donde estaba el niño. ¹⁰ Al ver la estrella se llenaron de una inmensa alegría. ¹¹ Entraron en la casa, vieron al niño con su madre, María, y lo adoraron postrados en tierra. Abrieron sus tesoros y le ofrecieron como regalo oro, incienso y mirra. ¹² Y, advertidos en sueños de que no

volvieran donde estaba Herodes, regresaron a su país por otro camino.

* * *

No hay técnicas ni métodos que conduzcan de forma automática hacia Dios. Pero sí hay actitudes y gestos que nos pueden disponer a las personas a prepararnos al encuentro con él. Más aún. Las palabras más bellas y los discursos más brillantes sobre Dios son inútiles si cada uno no nos abrimos él. ¿Cómo?

Lo más importante para orientarnos hacia Dios es invocarlo desde el fondo del corazón, a solas, en la intimidad de la propia conciencia. Es ahí donde uno se abre confiadamente al misterio de Dios o decide vivir solo, de forma atea, sin Dios. Pero ¿se puede invocar a Dios cuando uno no cree en él ni está seguro de nada? Carlos de Foucauld y otros no creyentes iniciaron su búsqueda de Dios con esta invocación: «Dios, si existes, muéstrame tu rostro». Esta invocación humilde y sincera en medio de la oscuridad es, probablemente, uno de los caminos más puros para hacernos sensibles al misterio de Dios.

Para orientarnos hacia Dios también es importante eliminar de la propia vida aquello que nos está impidiendo encontrarnos con él. Si uno, por ejemplo, tiene la pretensión de saberlo todo y de haber comprendido ya el misterio último de la realidad, del ser humano, de la vida y de la muerte, es difícil que busque de verdad a Dios. Si uno vive encogido por diferentes miedos o hundido en la desesperanza, ¿cómo se abrirá con confianza a un Dios que lo ama sin fin? Si alguien se encierra en su propio egoísmo y solo siente desamor e indiferencia hacia los demás, ¿cómo podrá abrirse a un Dios que es solo Amor?

Para orientarnos hacia Dios es importante mantener el deseo, perseverar en la búsqueda, seguir invocando, saber esperar. No hay otra forma de caminar hacia el Misterio de quien es la fuente de la vida. El relato de los magos destaca de muchas formas su actitud ejemplar en la búsqueda del Salvador. Estos hombres saben ponerse en camino hacia el Misterio. Saben preguntar humildemente, superar momentos de oscuridad, perseverar en la búsqueda y adorar a Dios encarnado en la fragilidad de un ser humano.

EL ESPÍRITU DE JESÚS

MARCOS 1,7-11

BAUTISMO DEL SEÑOR

⁷ Esto era lo que [Juan Bautista] proclamaba:

—Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo. Yo no soy digno ni de postrarme ante él para desatar la correa de sus sandalias. ⁸ Yo os bautizo con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo.

⁹ Por aquellos días llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. ¹⁰ En cuanto salió del agua vio rasgarse los cielos y al Espíritu descender sobre él como una paloma.

¹¹ Se oyó entonces una voz desde los cielos:

—Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco.

* * *

Jesús apareció en Galilea cuando el pueblo judío vivía una profunda crisis religiosa. Llevaban mucho tiempo sintiendo la lejanía de Dios. Los cielos estaban «cerrados». Una especie de muro invisible parecía impedir la comunicación de Dios con su pueblo. Nadie era capaz de escuchar su voz. Ya no había profetas. Nadie hablaba impulsado por su Espíritu.

Lo más duro era esa sensación de que Dios los había olvidado. Ya no le preocupaban los problemas de Israel. ¿Por qué permanecía oculto? ¿Por qué estaba tan lejos? Seguramente muchos recordaban la ardiente oración de un antiguo profeta que rezaba así a Dios: «Ojalá rasgaras el cielo y bajases».

Los primeros que escucharon el evangelio de Marcos tuvieron que quedar sorprendidos. Según su relato, al salir de las aguas del Jordán, después de ser bautizado, Jesús «vio rasgarse el cielo» y experimentó que «el Espíritu de Dios bajaba sobre él». Por fin era posible el encuentro con Dios. Sobre la tierra caminaba un hombre lleno del Espíritu de Dios. Se llamaba Jesús y venía de

Nazaret.

Ese Espíritu que desciende sobre él es el aliento de Dios, que crea la vida, la fuerza que renueva y cura a los vivientes, el amor que lo transforma todo. Por eso Jesús se dedica a liberar la vida, a curarla y hacerla más humana. Los primeros cristianos no quisieron ser confundidos con los discípulos del Bautista. Ellos se sentían bautizados por Jesús, no con agua, sino con su Espíritu.

Sin ese Espíritu, todo se apaga en el cristianismo. La confianza en Dios desaparece, la fe se debilita. Jesús queda reducido a un personaje del pasado, el Evangelio se convierte en letra muerta, el amor se enfriá y la Iglesia no pasa de ser una institución religiosa más.

Sin el Espíritu de Jesús, la libertad se ahoga, la alegría se apaga, la celebración se convierte en costumbre, la comunión se resquebraja. Sin el Espíritu, la misión se olvida, la esperanza muere, los miedos crecen, el seguimiento a Jesús termina en mediocridad religiosa.

Nuestro mayor problema es el olvido de Jesús y el descuido de su Espíritu. Es un error pretender lograr con organización, trabajo, devociones o estrategias pastorales lo que solo puede nacer del Espíritu. Hemos de volver a la raíz, recuperar el Evangelio en toda su frescura y verdad, bautizarnos con el Espíritu de Jesús.

No hemos de engañarnos. Si no nos dejamos reavivar y recrear por ese Espíritu, los cristianos no tenemos nada importante que aportar a la sociedad actual, tan vacía de interioridad, tan incapacitada para el amor solidario y tan necesitada de esperanza.

ENTRE CONFLICTOS Y TENTACIONES

MARCOS 1,12-15

I CUARESMA

¹² A continuación, el Espíritu lo impulsó hacia el desierto,¹³ donde Satanás lo puso a prueba durante cuarenta días. Estaba con las fieras y los ángeles lo servían.

¹⁴ Despues que Juan fue arrestado, marchó Jesús a Galilea, proclamando la buena noticia de Dios. ¹⁵ Decía:
—Se ha cumplido el plazo y está llegando el reino de Dios.
Convertíos y creed en el evangelio.

* * *

Antes de comenzar a narrar la actividad profética de Jesús, Marcos nos dice que el Espíritu lo impulsó hacia el desierto. Se quedó allí cuarenta días, dejándose tentar por Satanás; vivía entre alimañas y los ángeles le servían. Estas breves líneas son un resumen de las tentaciones o pruebas básicas vividas por Jesús hasta su ejecución en la cruz.

Jesús no ha conocido una vida fácil ni tranquila. Ha vivido impulsado por el Espíritu, pero ha sentido en su propia carne las fuerzas del mal. Su entrega apasionada al proyecto de Dios le ha llevado a vivir una existencia desgarrada por conflictos y tensiones. De él hemos de aprender sus seguidores a vivir en tiempos de prueba.

«El Espíritu empuja a Jesús hacia el desierto». No lo conduce a una vida cómoda. Lo lleva por caminos de pruebas, riesgos y tentaciones. Buscar el reino de Dios y su justicia, anunciar a Dios sin falsearlo, trabajar por un mundo más humano es siempre arriesgado. Lo fue para Jesús y lo será para sus seguidores.

«Se quedó en el desierto cuarenta días». El desierto será el escenario por el que transcurrirá la vida de Jesús. Este lugar inhóspito y nada acogedor es símbolo de pruebas y dificultades. El mejor lugar para aprender a vivir de lo esencial, pero también el más peligroso para quien queda abandonado a sus propias fuerzas.

«Tentado por Satanás». Satanás significa «el adversario», la fuerza hostil a Dios y a quienes trabajan por su reinado. En la tentación se descubre qué hay en nosotros de verdad o de mentira, de luz o de tinieblas, de fidelidad a Dios o de complicidad con la injusticia.

A lo largo de su vida, Jesús se mantendrá vigilante para descubrir a «Satanás» en las circunstancias más inesperadas. Un día rechazará a Pedro con estas palabras: «Apártate de mí, Satanás, porque tus pensamientos no son los de Dios». Los tiempos de prueba los hemos de vivir, como él, atentos a lo que nos puede desviar de Dios.

«Vivía entre alimañas y los ángeles le servían». Las fieras, los seres más violentos de la tierra, evocan los peligros que amenazarán a Jesús. Los ángeles, los seres más buenos de la creación, sugieren la cercanía de Dios, que lo bendice, cuida y sostiene. Así vivirá Jesús: defendiéndose de Antipas, al que llama «zorro», y buscando en la oración de la noche la fuerza del Padre.

Hemos de vivir estos tiempos difíciles con los ojos fijos en Jesús. Es el Espíritu de Dios el que nos está empujando hacia el desierto. De esta crisis saldrá un día una Iglesia más humana y más fiel a su Señor.

LIBERAR LA FUERZA DEL EVANGELIO

MARCOS 9,2-10

II CUARESMA

² Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, los llevó a solas a un monte alto y se transfiguró ante ellos. ³ Sus vestidos se volvieron de un blanco deslumbrador, como ningún batanero del mundo podría blanquearlos. ⁴ Se les aparecieron también Elías y Moisés, que conversaban con Jesús.

⁵ Pedro tomó la palabra y dijo a Jesús:

—Maestro, ¡qué bien estamos aquí! Vamos a hacer tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

⁶ Estaban tan asustados que no sabía lo que decía.

⁷ Vino entonces una nube que los cubrió y se oyó una voz desde la nube:

—Este es mi Hijo amado; escuchadlo.

⁸ De pronto, cuando miraron alrededor, vieron solo a Jesús con ellos.

⁹ Al bajar del monte les ordenó que no contaran a nadie lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado de entre los muertos.

¹⁰ Ellos guardaron el secreto, pero discutían entre sí sobre lo que significaría aquello de resucitar de entre los muertos.

* * *

Este relato de la «transfiguración de Jesús» fue desde el comienzo muy popular entre sus seguidores. No es un episodio más. La escena, recreada con diversos recursos de carácter simbólico, es grandiosa. Los evangelistas presentan a Jesús con el rostro resplandeciente mientras conversa con Moisés y Elías.

Los tres discípulos que lo han acompañado hasta la cumbre de la montaña quedan sobrecogidos. No saben qué pensar de todo aquello. El misterio que envuelve a Jesús es demasiado grande. Marcos dice que estaban asustados.

La escena culmina de forma extraña: «Se formó una nube que los cubrió y salió de la nube una voz: “Este es mi Hijo amado; escuchadlo”». El movimiento de Jesús nació escuchando su llamada. Su Palabra, recogida más tarde en cuatro pequeños escritos, fue engendrando nuevos seguidores. La Iglesia vive escuchando su Evangelio.

Este mensaje de Jesús encuentra hoy muchos obstáculos para llegar hasta los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Al abandonar la práctica religiosa, muchos han dejado de escucharlo para siempre. Ya no oirán hablar de Jesús si no es de forma casual o distraída.

Tampoco quienes se acercan a las comunidades cristianas pueden apreciar fácilmente la Palabra de Jesús. Su mensaje se pierde entre otras prácticas, costumbres y doctrinas. Es difícil captar su importancia decisiva. La fuerza liberadora de su Evangelio queda a veces bloqueada por lenguajes y comentarios ajenos a su espíritu.

Sin embargo, también hoy lo único decisivo que puede ofrecer la Iglesia a la sociedad moderna es la Buena Noticia proclamada por Jesús y su proyecto humanizador del reino de Dios. No podemos seguir reteniendo la fuerza humanizadora de su Palabra.

Hemos de hacer que corra limpia, viva y abundante por nuestras comunidades. Que llegue hasta los hogares, que la puedan conocer quienes buscan un sentido nuevo a sus vidas, que la puedan escuchar quienes viven sin esperanza.

Hemos de aprender a leer juntos el Evangelio. Familiarizarnos con los relatos evangélicos. Ponernos en contacto directo e inmediato con la Buena Noticia de Jesús. En esto hemos de gastar las energías. De aquí empezará la renovación que necesita hoy la Iglesia.

Cuando la institución eclesiástica va perdiendo el poder de atracción que ha tenido durante siglos, hemos de descubrir la atracción que tiene Jesús, el Hijo amado de Dios, para quienes buscan verdad y vida. Dentro de pocos años nos daremos cuenta de que todo nos está empujando a poner con más fidelidad su Buena Noticia en el centro del cristianismo.

EL CULTO AL DINERO

JUAN 2,13-25

III CUARESMA

¹³ Como ya estaba próxima la fiesta judía de la Pascua, Jesús fue a Jerusalén. ¹⁴ En el templo se encontró con los vendedores de bueyes, ovejas y palomas; también estaban allí, sentados detrás de sus mesas, los cambistas de dinero. ¹⁵ Jesús, al ver aquello, hizo un látigo de cuerdas y echó fuera del templo a todos, con sus ovejas y bueyes; tiró al suelo las monedas de los cambistas y volcó sus mesas; ¹⁶ y a los vendedores de palomas les dijo:

—Quitad esto de aquí. No convirtáis la casa de mi Padre en un mercado.

¹⁷ Sus discípulos recordaron las palabras de la Escritura: «El celo por tu casa me consumirá».

¹⁸ Los judíos le salieron al paso y le preguntaron:
—¿Qué señal nos ofreces como prueba
de tu autoridad para hacer esto?

¹⁹ Jesús replicó:
—Destruid este templo, y en tres días yo lo levantaré de nuevo.
²⁰ Los judíos le contestaron:
—Han sido necesarios cuarenta y seis años para edificar este templo,
¿y piensas tú reconstruirlo en tres días?

²¹ El templo del que hablaba Jesús era su propio cuerpo. ²² Por eso, cuando Jesús resucitó de entre los muertos, los discípulos recordaron lo que había dicho,
y creyeron en la Escritura y en las palabras que él había pronunciado.

²³ Durante su estancia en Jerusalén con motivo de la fiesta de Pascua, muchos creyeron en su nombre al ver los signos que hacía. ²⁴ Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos, ²⁵ y no necesitaba que le informasen sobre los hombres, porque él sabía muy

bien lo que hay en el hombre.

* * *

Hay algo alarmante en nuestra sociedad que nunca denunciaremos bastante. Vivimos en una civilización que tiene como eje de pensamiento y criterio de actuación la secreta convicción de que lo importante y decisivo no es lo que uno es, sino lo que uno tiene. Se ha dicho que el dinero es «el símbolo e ídolo de nuestra civilización» (Miguel Delibes). Y de hecho son mayoría los que le rinden su ser y le sacrifican toda su vida.

J. Galbraith, el gran teórico del capitalismo moderno, describe así el poder del dinero en su obra *La sociedad de la abundancia*: el dinero «trae consigo tres ventajas fundamentales: primero, el goce del poder que presta al hombre; segundo, la posesión real de todas las cosas que pueden comprarse con dinero; tercero, el prestigio o respeto de que goza el rico gracias a su riqueza».

Cuántas personas, sin atreverse a confesarlo, saben que en su vida, en un grado u otro, lo decisivo, lo importante y definitivo, es ganar dinero, adquirir un bienestar material, lograr un prestigio económico.

Aquí está sin duda una de las quiebras más graves de nuestra civilización. El hombre occidental se ha hecho en buena parte materialista y, a pesar de sus grandes proclamas sobre la libertad, la justicia o la solidaridad, apenas cree en otra cosa que no sea el dinero.

Y, sin embargo, hay poca gente feliz. Con dinero se puede montar un piso agradable, pero no crear un hogar cálido. Con dinero se puede comprar una cama cómoda, pero no un sueño tranquilo. Con dinero se pueden adquirir nuevas relaciones, pero no despertar una verdadera amistad. Con dinero se puede comprar placer, pero no felicidad. Pero los creyentes hemos de recordar algo más. El dinero abre todas las puertas, pero nunca abre la puerta de nuestro corazón a Dios.

No estamos acostumbrados los cristianos a la imagen violenta de un Mesías fustigando a las gentes. Y, sin embargo, esa es la reacción de Jesús al encontrarse con hombres que, incluso en el templo, no saben buscar otra cosa que no sea su propio negocio.

El templo deja de ser lugar de encuentro con el Padre cuando nuestra vida es un mercado donde solo se rinde culto al dinero. Y no puede haber una relación filial con Dios Padre cuando nuestras relaciones con los demás están mediatisadas solo por intereses de dinero. Imposible entender algo del amor, la

ternura y la acogida de Dios cuando uno solo vive buscando bienestar. No se puede servir a Dios y al Dinero.

ACERCARNOS A LA LUZ

JUAN 3,14-21

IV CUARESMA

¹⁴ Lo mismo que Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto, ¹⁵ para que todo el que crea en él tenga vida eterna.

¹⁶ Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. ¹⁷ Dios no envió a su Hijo al mundo para condenarlo, sino para salvarlo por medio de él. ¹⁸ El que cree en él no será condenado; por el contrario, el que no cree en él ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios. ¹⁹ El motivo de esta condenación está en que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz, porque hacían el mal. ²⁰ Todo el que obra mal detesta la luz y la rehúye por miedo a que su conducta quede al descubierto. ²¹ Sin embargo, aquel que actúa conforme a la verdad se acerca a la luz, para que se vea que todo lo que él hace está inspirado por Dios.

* * *

Puede parecer una observación excesivamente pesimista, pero lo cierto es que las personas somos capaces de vivir largos años sin tener apenas idea de lo que está sucediendo en nosotros. Podemos seguir viviendo día tras día sin querer ver qué es lo que en verdad mueve nuestra vida y quién es el que dentro de nosotros toma realmente las decisiones.

No es torpeza o falta de inteligencia. Lo que sucede es que, de manera más o menos consciente, intuimos que vernos con más luz nos obligaría a cambiar. Una y otra vez parecen cumplirse en nosotros aquellas palabras de Jesús: «El que obra el mal detesta la luz y la rehúye, porque tiene miedo a que su conducta quede al descubierto». Nos asusta vernos tal como somos. Nos sentimos mal

cuando la luz penetra en nuestra vida. Preferimos seguir ciegos, alimentando día a día nuevos engaños e ilusiones.

Lo más grave es que puede llegar un momento en el que, estando ciegos, creamos verlo todo con claridad y realismo. Qué fácil es entonces vivir sin conocerse a sí mismo ni preguntarse nunca: «¿Quién soy yo?». Creer ingenuamente que yo soy esa imagen superficial que tengo de mí mismo, fabricada de recuerdos, experiencias, miedos y deseos.

Qué fácil también creer que la realidad es justamente tal como yo la veo, sin ser consciente de que el mundo exterior que yo veo es, en buena parte, reflejo del mundo interior que vivo y de los deseos e intereses que alimento. Qué fácil también acostumbrarnos a tratar no con personas reales, sino con la imagen o etiqueta que de ellas me he fabricado yo mismo.

Aquel gran escritor que fue Hermann Hesse, en su pequeño libro *Mi credo*, lleno de sabiduría, escribía: «El hombre al que contemplo con temor, con esperanza, con codicia, con propósitos, con exigencias, no es un hombre, es solo un turbio reflejo de mi voluntad».

Probablemente, a la hora de querer transformar nuestra vida orientando nuestros pasos por caminos más nobles, lo más decisivo no es el esfuerzo por cambiar. Lo primero es abrir los ojos. Preguntarme qué ando buscando en la vida. Ser más consciente de los intereses que mueven mi existencia. Descubrir el motivo último de mi vivir diario.

Podemos tomarnos un tiempo para responder a esta pregunta: ¿por qué huyo tanto de mí mismo y de Dios? ¿Por qué, en definitiva, prefiero vivir engañado sin buscar la luz? Hemos de escuchar las palabras de Jesús: «Aquel que actúa conforme a la verdad se acerca a la luz, para que se vea que todo lo que hace está inspirado por Dios».

CONFIANZA ABSOLUTA

JUAN 12,20-33

V CUARESMA

²⁰ Entre los que habían llegado a Jerusalén para dar culto a Dios con ocasión de la fiesta había algunos griegos. ²¹ Estos se acercaron a Felipe, que era natural de Betsaida de Galilea, y le dijeron:

—Señor, quisiéramos ver a Jesús.

²² Felipe se lo dijo a Andrés, y los dos juntos se lo hicieron saber a Jesús. ²³ Jesús dijo:

—Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado. ²⁴ Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo solo un grano a no ser que caiga dentro de la tierra y muera; solo entonces producirá fruto abundante. ²⁵ Quien vive preocupado por su vida la perderá; en cambio, quien no se aferre excesivamente a ella en este mundo la conservará para la vida eterna. ²⁶ Si alguien quiere servirme, que me siga; correrá la misma suerte que yo. Todo aquel que me sirva será honrado por mi Padre.

²⁷ Me encuentro profundamente abatido; pero ¿qué es lo que puedo decir? ¿Padre, sálvame de lo que se me viene encima en esta hora? De ningún modo; porque he venido precisamente para aceptar esta hora.

²⁸ Padre, glorifica tu nombre.

Entonces se oyó esta voz venida del cielo:

—Yo lo he glorificado y volveré a glorificarlo.

²⁹ De los que estaban presentes, unos creyeron que había sido un trueno; otros decían:

—Le ha hablado un ángel.

³⁰ Jesús explicó:

—Esta voz se ha dejado oír no por mí, sino por vosotros. ³¹ Es ahora cuando el mundo va a ser juzgado; es ahora cuando el que tiraña a este mundo va a ser arrojado fuera. ³² Y yo, una vez que haya sido

elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí.

³³ **Con esta afirmación, Jesús quiso dar a entender la forma en que iba a morir.**

* * *

Nuestra vida discurre, por lo general, de manera bastante superficial. Pocas veces nos atrevemos a adentrarnos en nosotros mismos. Nos produce una especie de vértigo asomarnos a nuestra interioridad. ¿Quién es ese ser extraño que descubro dentro de mí, lleno de miedos e interrogantes, hambriento de felicidad y harto de problemas, siempre en búsqueda y siempre insatisfecho?

¿Qué postura adoptar al contemplar en nosotros esa mezcla extraña de nobleza y miseria, de grandeza y pequeñez, de finitud e infinitud? Entendemos el desconcierto de san Agustín, que, cuestionado por la muerte de su mejor amigo, se detiene a reflexionar sobre su vida: «Me he convertido en un gran enigma para mí mismo».

Hay una primera postura posible. Se llama resignación, y consiste en contentarnos con lo que somos. Instalarnos en nuestra pequeña vida de cada día y aceptar nuestra finitud. Naturalmente, para ello hemos de acallar cualquier rumor de trascendencia. Cerrar los ojos a toda señal que nos invite a mirar hacia el infinito. Permanecer sordos a toda llamada proveniente del Misterio.

Hay otra actitud posible ante la encrucijada de la vida. La confianza absoluta. Aceptar en nuestra vida la presencia salvadora del Misterio. Abrirnos a ella desde lo más hondo de nuestro ser. Acoger a Dios como raíz y destino de nuestro ser. Creer en la salvación que se nos ofrece.

Solo desde esa confianza plena en Dios Salvador se entienden esas desconcertantes palabras de Jesús: «Quien vive preocupado por su vida la perderá; en cambio, quien no se aferre excesivamente a ella la conservará para la vida eterna». Lo decisivo es abrirnos confiadamente al Misterio de un Dios que es Amor y Bondad insondables. Reconocer y aceptar que somos seres «gravitando en torno a Dios, nuestro Padre». Como decía Paul Tillich, «aceptar ser aceptados por él».

IDENTIFICADO CON LAS VÍCTIMAS

MARCOS 14,1-72; 15,1-47

DOMINGO DE RAMOS

¹ Faltaban dos días para la fiesta de la Pascua y los panes sin levadura. Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley andaban buscando el modo de prender a Jesús con engaño y darle muerte, ² pero decían:

—Durante la fiesta no; no sea que el pueblo se alborote.

³ Estaba Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, sentado a la mesa, cuando llegó una mujer con un frasco de alabastro lleno de un perfume de nardo puro, que era muy caro. Rompió el frasco y se lo derramó sobre su cabeza.

⁴ Algunos, indignados, comentaban entre sí:

—¿A qué viene este despilfarro de perfume? ⁵ Se podía haber vendido por más de trescientos denarios y habérselos dado a los pobres.

Y la criticaban. ⁶ Jesús, sin embargo, replicó:

—Dejadla. ¿Por qué la molestáis? Ha hecho conmigo una obra buena.

⁷ A los pobres los tenéis siempre con vosotros y podéis socorrerlos cuando queráis, pero a mí no me tendréis siempre. ⁸ Ha hecho lo que ha podido. Se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. ⁹ Os aseguro que en cualquier parte del mundo donde se anuncie la buena noticia será recordada esta mujer y lo que ha hecho.

¹⁰ Judas Iscariote, uno de los Doce, fue a hablar con los jefes de los sacerdotes para entregarles a Jesús. ¹¹ Ellos se alegraron al oírle, y prometieron darle dinero. Así que andaba buscando una oportunidad para entregarlo.

¹² El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, cuando se sacrificaba el cordero pascual, sus discípulos preguntaron a Jesús:

—¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?

¹³ Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles:

—Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidlo,¹⁴ y allí donde entre decid al dueño: «El Maestro dice: “¿Dónde está la sala en la que he de celebrar la cena de Pascua con mis discípulos?”».¹⁵ Él os mostrará en el piso de arriba una sala grande, alfombrada y dispuesta. Preparadlo todo allí para nosotros.

¹⁶ Los discípulos salieron, llegaron a la ciudad, encontraron todo tal como Jesús les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

¹⁷ Al atardecer llegó Jesús con los Doce

¹⁸ y se sentaron a la mesa. Luego, mientras estaban cenando, dijo Jesús:

—Os aseguro que uno de vosotros me va a entregar, uno que está cenando conmigo.

¹⁹ Ellos comenzaron a entristecerse y a preguntarle uno tras otro:

—¿Acaso soy yo?

²⁰ Él les contestó:

—Uno de los doce, uno que come en el mismo plato que yo.²¹ El Hijo del hombre se va, tal como está escrito de él, pero ¡ay de aquel que entrega al Hijo del hombre! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!

²² Durante la cena, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió, se lo dio y dijo:

—Tomad, esto es mi cuerpo.

²³ Tomó luego una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y bebieron todos de ella.²⁴ Y les dijo:

—Esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos.²⁵ Os aseguro que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.

²⁶ Después de cantar los himnos salieron hacia el monte de los Olivos.²⁷ Jesús les dijo:

—Todos me abandonaréis, porque está escrito: «Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas».²⁸ Pero después de resucitar iré delante de vosotros a Galilea.

²⁹ Pedro le replicó:

—Aunque todos te abandonen, yo no.

³⁰ Jesús le contestó:

—Te aseguro que hoy, esta misma noche, antes de que el gallo cante

dos veces, tú me habrás negado tres.

³¹ Pedro insistió:

—Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré.

Y todos decían lo mismo.

³² Cuando llegaron a un lugar llamado Getsemaní, dijo Jesús a sus discípulos:

—Sentaos aquí mientras yo voy a orar.

³³ Tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan. Comenzó a sentir pavor y angustia,

³⁴ y les dijo:

—Siento una tristeza mortal. Quedaos aquí y velad.

³⁵ Y, avanzando un poco más, se postró en tierra y suplicaba que, a ser posible, no tuviera que pasar por aquel trance.

³⁶ Decía:

—*Abbá, Padre!* Todo te es posible. Aparta de mí esta copa de amargura. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú.

³⁷ Volvió y los encontró dormidos.

Y dijo a Pedro:

—Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar ni siquiera una hora? ³⁸ Velad y orad para que podáis hacer frente a la prueba; que el espíritu está bien dispuesto, pero la carne es débil.

³⁹ Se alejó de nuevo y oró repitiendo lo mismo. ⁴⁰ Regresó y volvió a encontrarlos dormidos, pues sus ojos estaban cargados. Ellos no sabían qué responderle. ⁴¹ Volvió por tercera vez y les dijo:

—¿Todavía estáis durmiendo y descansando? ¡Basta ya! Ha llegado la hora. Mirad, el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ⁴² ¡Levantaos! ¡Vamos! Ya está aquí el que me va a entregar.

⁴³ Aún estaba hablando Jesús cuando se presentó Judas, uno de los Doce, y con él un tropel de gente con espadas y palos, enviados por los jefes de los sacerdotes, los maestros de la Ley y los ancianos. ⁴⁴ El traidor les había dado una contraseña, diciendo:

—Al que yo bese, ese es; prendedlo y llevadlo bien seguro.

⁴⁵ Nada más llegar se acercó a Jesús y le dijo:

—*Rabbi.*

Y lo besó.

⁴⁶ Ellos le echaron mano y lo prendieron. ⁴⁷ Uno de los presentes desenvainó la espada y, de un tajo, le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote.

⁴⁸ Jesús tomó la palabra y les dijo:

—Habéis salido con espadas y palos a prenderme, como si fuera un bandido. ⁴⁹ A diario estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me apresasteis. Pero es preciso que se cumplan las Escrituras.

⁵⁰ Entonces todos sus discípulos lo abandonaron y huyeron.

⁵¹ Un joven lo iba siguiendo, cubierto tan solo con una sábana. Le echaron mano,

⁵² pero él, soltando la sábana, se escapó desnudo.

⁵³ Condujeron a Jesús ante el sumo sacerdote y se reunieron todos los jefes de los sacerdotes, los ancianos y los maestros de la Ley. ⁵⁴ Pedro lo siguió de lejos hasta el interior del patio del sumo sacerdote y se quedó sentado con los guardias, calentándose junto al fuego.

⁵⁵ Los jefes de los sacerdotes y todo el sanedrín buscaban una acusación contra Jesús para darle muerte, pero no la encontraban. ⁵⁶ Pues, aunque muchos testimoniaban en falso contra él, los testimonios no coincidían. ⁵⁷ Algunos se levantaron y dieron contra él este falso testimonio:

⁵⁸ —Nosotros le hemos oído decir: «Yo derribaré este templo hecho por hombres y en tres días construiré otro no edificado por hombres».

⁵⁹ Pero ni siquiera en esto concordaba su testimonio.

⁶⁰ Entonces se levantó el sumo sacerdote en medio de todos y preguntó a Jesús:

—¿No respondes nada? ¿Qué significan estas acusaciones?

⁶¹ Jesús callaba y no respondía nada.

El sumo sacerdote siguió preguntándole:

—¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?

⁶² Jesús contestó:

—Yo soy, y «veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso y que viene entre las nubes del cielo».

⁶³ El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras y dijo:

—¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? ⁶⁴ Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?

Todos lo juzgaron reo de muerte.

⁶⁵ Algunos comenzaron a escupirle y, tapándole la cara, le daban bofetadas y le decían:

—¡Adivina!

Y también los guardias lo golpeaban.

⁶⁶ Mientras Pedro estaba abajo, en el patio, llegó una de las criadas del sumo sacerdote. ⁶⁷ Al ver a Pedro calentándose junto a la lumbre se le quedó mirando

y le dijo:

—También tú andabas con Jesús, el de Nazaret.

⁶⁸ Pedro lo negó, diciendo:

—No sé ni entiendo de qué hablas.

Salió afuera, al portal, y cantó un gallo.

⁶⁹ Lo vio de nuevo la criada y otra vez se puso a decir a los que estaban allí:

—Este es uno de ellos.

⁷⁰ Pedro lo volvió a negar.

Poco después también los presentes decían a Pedro:

—No hay duda. Tú eres uno de ellos,
pues eres galileo.

⁷¹ Él comenzó entonces a echar imprecaciones y a jurar:

—Yo no conozco a ese hombre del que me habláis.

⁷² Enseguida cantó el gallo por segunda vez. Pedro se acordó de lo que le había dicho Jesús: «Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres»,
y rompió a llorar.

¹ Muy de madrugada se reunieron a deliberar los jefes de los sacerdotes, junto con los ancianos, los maestros de la Ley y todo el Consejo de Ancianos; luego llevaron a Jesús atado y se lo entregaron

a Pilato. ² Pilato le preguntó:

—¿Eres tú el rey de los judíos?

Jesús le contestó:

—Tú lo dices.

³ Los jefes de los sacerdotes lo acusaban de muchas cosas.

⁴ Pilato lo interrogó de nuevo, diciendo:

—¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan.

⁵ Pero Jesús no respondió nada más,
de modo que Pilato se quedó extrañado.

⁶ Por la fiesta les concedía la libertad
de un preso, el que pidieran. ⁷ Tenía encarcelado a un tal Barrabás
con los sediciosos que habían cometido un asesinato en un motín. ⁸
Cuando llegó
la gente, comenzó a pedir lo que les solía conceder. ⁹ Pilato les dijo:
—¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?

¹⁰ Pues sabía que los jefes de los sacerdotes habían entregado a Jesús
por envidia.

¹¹ Los jefes de los sacerdotes azuzaron
a la gente para que les soltase a Barrabás.

¹² Pilato les preguntó otra vez:

—¿Y qué queréis que haga con el que llamáis rey de los judíos?

¹³ Ellos gritaron:

—¡Crucifícalo!

¹⁴ Pilato les replicó:

—Pues, ¿qué ha hecho de malo?

Pero ellos gritaron todavía más fuerte:

—¡Crucifícalo!

¹⁵ Pilato, entonces, queriendo complacer a la gente, les soltó a
Barrabás y entregó a Jesús para que lo azotaran y, después, lo
crucificaran.

¹⁶ Los soldados lo llevaron al interior del palacio, o sea, al pretorio, y
llamaron a toda la tropa. ¹⁷ Lo vistieron con un manto de púrpura y,
trenzando una corona de espinas, se la ciñeron. ¹⁸ Después comenzaron
a saludarlo, diciendo:

—¡Salve, rey de los judíos!

¹⁹ Lo golpeaban en la cabeza con una caña, le escupían y, poniéndose
de rodillas, le rendían homenaje. ²⁰ Tras burlarse de él, leizaron el
manto de púrpura, lo vistieron con sus ropas y lo sacaron para
crucificarlo.

²¹ Por el camino encontraron a un tal Simón, natural de Cirene, el
padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, y le obligaron a
llover la cruz

de Jesús. ²² Condujeron a Jesús hasta el Gólgota, que quiere decir
lugar de la Calavera. ²³ Le daban vino mezclado con mirra, pero él no

lo aceptó.²⁴ Después lo crucificaron y «se repartieron sus vestidos, echándolos a suertes», para ver qué se llevaba cada uno.

²⁵ Eran las nueve de la mañana cuando lo crucificaron.²⁶ Había un letrero en el que estaba escrita la causa de su condena: «El rey de los judíos». ²⁷ Con Jesús crucificaron a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda.

²⁸ Los que pasaban por allí lo «insultaban, meneando la cabeza» y diciendo:

—¡Eh, tú que destruías el templo y lo reedificabas en tres días!³⁰
¡Sálvate a ti mismo bajando de la cruz!

³¹ Y lo mismo hacían los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley, que se burlaban de él diciendo:

—¡A otros salvó y a sí mismo no puede salvarse! ³² ¡El Mesías! ¡El rey de Israel! ¡Que baje ahora de la cruz para que lo veamos y creamos!

Hasta los que habían sido crucificados junto con él lo injuriaban.

³³ Al llegar el mediodía, toda la región quedó sumida en tinieblas hasta las tres.

³⁴ Y a eso de las tres gritó Jesús con fuerte voz:

—*Eloí, Eloí, ¿lemá sabaktaní?* Que quiere decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

³⁵ Algunos de los presentes decían al oírle:

—Mira, llama a Elías.

³⁶ Uno fue corriendo a empapar una esponja en vinagre y, sujetándola en una caña, le ofrecía de beber, diciendo:

—Vamos a ver si viene Elías a descolgarlo.

³⁷ Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró.

³⁸ La cortina del templo se rasgó en dos de arriba abajo.³⁹ Y el centurión que estaba frente a Jesús, al ver que había expirado de aquella manera, dijo:

—Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

⁴⁰ Algunas mujeres contemplaban la escena desde lejos. Entre ellas María Magdalena, María, la madre de Santiago el menor y de José, y Salomé,⁴¹ que habían seguido a Jesús y lo habían asistido cuando estaba en Galilea. Había además otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

⁴² Al caer la tarde, como era la preparación de la Pascua, es decir,

la víspera del sábado,⁴³ llegó José de Arimatea, que era miembro distinguido del sanedrín y esperaba el reino de Dios, y tuvo el valor de presentarse a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús.

⁴⁴ Pilato se extrañó de que hubiera muerto tan pronto y, llamando al centurión, le preguntó si había muerto ya.⁴⁵ Informado por el centurión, entregó el cadáver a José.⁴⁶ Este compró una sábana, lo bajó, lo envolvió en la sábana, lo puso en un sepulcro excavado en roca e hizo rodar una piedra sobre la entrada del sepulcro.

⁴⁷ María Magdalena y María, la madre de José, observaban dónde lo ponían.

* * *

Ni el poder de Roma ni las autoridades del Templo pudieron soportar la novedad de Jesús. Su manera de entender y de vivir a Dios era peligrosa. No defendía el Imperio de Tiberio, llamaba a todos a buscar el reino de Dios y su justicia. No le importaba romper la ley del sábado ni las tradiciones religiosas, solo le preocupaba aliviar el sufrimiento de las gentes enfermas y desnutridas de Galilea.

No se lo perdonaron. Se identificaba demasiado con las víctimas inocentes del Imperio y con los olvidados por la religión del Templo. Ejecutado sin piedad en una cruz, en él se nos revela ahora Dios, identificado para siempre con todas las víctimas inocentes de la historia. Al grito de todos ellos se une ahora el grito de dolor del mismo Dios.

En ese rostro desfigurado del Crucificado se nos revela un Dios sorprendente, que rompe nuestras imágenes convencionales de Dios y pone en cuestión toda práctica religiosa que pretenda darle culto olvidando el drama de un mundo donde se sigue crucificando a los más débiles e indefensos.

Si Dios ha muerto identificado con las víctimas, su crucifixión se convierte en un desafío inquietante para los seguidores de Jesús. No podemos separar a Dios del sufrimiento de los inocentes. No podemos adorar al Crucificado y vivir de espaldas al sufrimiento de tantos seres humanos destruidos por el hambre, las guerras o la miseria.

Dios nos sigue interpelando desde los crucificados de nuestros días. No nos está permitido seguir viviendo como espectadores de ese sufrimiento inmenso alimentando una ingenua ilusión de inocencia. Hemos de rebelarnos contra esa cultura del olvido que nos permite aislarlos de los crucificados, desplazando el sufrimiento injusto que hay en el mundo hacia una «lejanía» donde desaparece

todo clamor, gemido o llanto.

No podemos encerrarnos en nuestra «sociedad del bienestar», ignorando a esa otra «sociedad del malestar» en la que millones de seres humanos nacen solo para extinguirse a los pocos años de una vida que solo ha sido sufrimiento. No es humano ni cristiano instalarnos en la seguridad olvidando a quienes solo conocen una vida insegura y amenazada.

Cuando los cristianos levantamos nuestros ojos hasta el rostro del Crucificado, contemplamos el amor insonable de Dios, entregado hasta la muerte por nuestra salvación. Si la miramos más detenidamente, pronto descubrimos en ese rostro el de tantos otros crucificados que, lejos o cerca de nosotros, están reclamando nuestro amor solidario y compasivo.

MISTERIO DE ESPERANZA

JUAN 20,1-9

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

¹ El domingo por la mañana, muy temprano, antes de salir el sol, María Magdalena se presentó en el sepulcro. Cuando vio que había sido rodada la piedra que tapaba la entrada, ² se volvió corriendo a la ciudad para contárselo a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús tanto quería. Les dijo:

—Se han llevado del sepulcro al Señor,
y no sabemos dónde lo han puesto.

³ Pedro y el otro discípulo se fueron rápidamente al sepulcro. ⁴ Salieron corriendo los dos juntos, pero el otro discípulo adelantó a Pedro y llegó antes que él. ⁵ Al asomarse al interior vio que las vendas de lino estaban allí; pero no entró.

⁶ Siguiéndole los pasos llegó Simón Pedro, que entró en el sepulcro, ⁷ y comprobó que las vendas de lino estaban allí. Estaba también el paño que habían colocado sobre la cabeza de Jesús, pero no estaba con las vendas, sino doblado y colocado aparte.

⁸ Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Vio y creyó. ⁹ Y es que, hasta entonces, los discípulos no habían entendido la Escritura, según la cual Jesús tenía que resucitar de entre los muertos.

* * *

Creer en el Resucitado es resistirnos a aceptar que nuestra vida es solo un pequeño paréntesis entre dos inmensos vacíos. Apoyándonos en Jesús resucitado por Dios intuimos, deseamos y creemos que Dios está conduciendo hacia su verdadera plenitud el anhelo de vida, de justicia y de paz que se encierra en el corazón de la humanidad y en la creación entera.

Creer en el Resucitado es rebelarnos con todas nuestras fuerzas a que esa inmensa mayoría de hombres, mujeres y niños que solo han conocido en esta vida miseria, humillación y sufrimiento queden olvidados para siempre.

Creer en el Resucitado es confiar en una vida donde ya no habrá pobreza ni dolor, nadie estará triste, nadie tendrá que llorar. Por fin podremos ver a los que vienen en pateras llegar a su verdadera patria.

Creer en el Resucitado es acercarnos con esperanza a tantas personas sin salud, enfermos crónicos, discapacitados físicos y psíquicos, personas hundidas en la depresión, cansadas de vivir y de luchar. Un día conocerán lo que es vivir con paz y salud total. Escucharán las palabras del Padre: «Entra para siempre en el gozo de tu Señor».

Creer en el Resucitado es no resignarnos a que Dios sea para siempre un «Dios oculto» del que no podamos conocer su mirada, su ternura y sus abrazos. Lo encontraremos encarnado para siempre gloriosamente en Jesús.

Creer en el Resucitado es confiar en que nuestros esfuerzos por un mundo más humano y dichoso no se perderán en el vacío. Un día feliz, los últimos serán los primeros y las prostitutas nos precederán en el reino.

Creer en el Resucitado es saber que todo lo que aquí ha quedado a medias, lo que no ha podido ser, lo que hemos estropeado con nuestra torpeza o nuestro pecado, todo alcanzará en Dios su plenitud. Nada se perderá de lo que hemos vivido con amor o a lo que hemos renunciado por amor.

Creer en el Resucitado es esperar que las horas alegres y las experiencias amargas, las «huellas» que hemos dejado en las personas y en las cosas, lo que hemos construido o hemos disfrutado generosamente, quedará transfigurado. Ya no conoceremos la amistad que termina, la fiesta que se acaba ni la despedida que entristece. Dios será todo en todos.

Creer en el Resucitado es creer que un día escucharemos estas increíbles palabras que el libro del Apocalipsis pone en boca de Dios: «Yo soy el origen y el final de todo. Al que tenga sed yo le daré gratis del manantial del agua de la vida. Ya no habrá muerte ni habrá llanto, no habrá gritos ni fatigas, porque todo eso habrá pasado».

¿AGNÓSTICOS?

JUAN 20,19-31

II PASCUA

¹⁹ Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

—La paz esté con vosotros.

²⁰ Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. ²¹ Jesús les dijo de nuevo:

—La paz esté con vosotros.

Y añadió:

—Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros.

²² Sopló sobre ellos y les dijo:

—Recibid el Espíritu Santo. ²³ A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá.

²⁴ Tomás, uno del grupo de los Doce, a quien llamaban «El Mellizo», no estaba con ellos cuando se les apareció Jesús. ²⁵ Le dijeron, pues, los demás discípulos:

—Hemos visto al Señor.

Tomás les contestó:

—Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos y no meto mi dedo en ellas, si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré.

²⁶ Ocho días después se hallaban de nuevo reunidos en casa todos los discípulos de Jesús. Estaba también Tomás. Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

—La paz esté con vosotros.

²⁷ Después dijo a Tomás:

—Acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente.

²⁸ Tomás contestó:

—¡Señor mío y Dios mío!

²⁹ Jesús le dijo:

—¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haber visto.

³⁰ Jesús hizo en presencia de sus discípulos muchos más signos de los que han sido recogidos en este libro. ³¹ Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengáis en él vida eterna.

* * *

Pocos nos han ayudado tanto como Ch. Chabanis a conocer la actitud del hombre contemporáneo ante Dios. Sus famosas entrevistas son un documento imprescindible para saber qué piensan hoy los científicos y pensadores más reconocidos acerca de Dios.

Chabanis confiesa que, cuando inició sus entrevistas a los ateos más prestigiosos de nuestros días, pensaba encontrar en ellos un ateísmo riguroso y bien fundamentado. En realidad se encontró con que, detrás de graves profesiones de lucidez y honestidad intelectual, se escondía con frecuencia una «una absoluta ausencia de búsqueda de verdad».

No sorprende la constatación del escritor francés, pues algo semejante sucede entre nosotros. Gran parte de los que renuncian a creer en Dios lo hacen sin haber iniciado ningún esfuerzo para buscarlo. Pienso sobre todo en tantos que se confiesan agnósticos, a veces de manera ostentosa, cuando en realidad están muy lejos de una verdadera postura agnóstica.

El agnóstico es una persona que se plantea el problema de Dios y, al no encontrar razones para creer en él, suspende el juicio. El agnosticismo es una búsqueda que termina en frustración. Solo después de haber buscado adopta el agnóstico su postura: «No sé si existe Dios. Yo no encuentro razones ni para creer en él ni para no creer».

La postura más extendida hoy consiste sencillamente en desentenderse de la cuestión de Dios. Muchos de los que se llaman agnósticos son, en realidad, personas que no buscan. Xavier Zubiri diría que son vidas «sin voluntad de

verdad real». Les resulta indiferente que Dios exista o no exista. Les da igual que la vida termine aquí o no. A ellos les basta con «dejarse vivir», abandonarse «a lo que fuere», sin ahondar en el misterio del mundo y de la vida.

Pero ¿es esa la postura más humana ante la realidad? ¿Se puede presentar como progresista una vida en la que está ausente la voluntad de buscar la verdad última de nuestra vida? ¿Se puede afirmar que es esa la única actitud legítima de todo? ¿Se puede afirmar que es esa la única actitud legítima de honestidad intelectual? ¿Cómo puede uno saber que no es posible creer si nunca ha buscado a Dios?

Querer mantenerse en esa «postura neutral» sin decidirse a favor o en contra de la fe es ya tomar una decisión. La peor de todas, pues equivale a renunciar a buscar una aproximación al misterio último de la realidad.

La postura de Tomás no es la de un agnóstico indiferente, sino la de quien busca reafirmar su fe en la propia experiencia. Por eso, cuando se encuentra con Cristo, se abre confiadamente a él: «Señor mío y Dios mío». Cuánta verdad encierran las palabras de Karl Rahner: «Es más fácil dejarse hundir en el propio vacío que en el abismo del misterio santo de Dios, pero no supone más coraje ni tampoco más verdad. En todo caso, esta verdad resplandece si se la ama, se la acepta y se la vive como verdad que libera».

TESTIGOS

LUCAS 24,35-48

III PASCUA

³⁵ Y ellos contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

³⁶ Estaban hablando de ello cuando el mismo Jesús se presentó en medio y les dijo:

—La paz esté con vosotros.

³⁷ Aterrados y llenos de miedo creían ver un fantasma.

³⁸ Pero él les dijo:

—¿De qué os asustáis? ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior? ³⁹ Ved mis manos y mis pies; soy yo en persona. Tocadme y convenceos de que un fantasma no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo.

⁴⁰ Y, dicho esto, les mostró las manos y los pies. ⁴¹ Pero como aún se resistían a creer por la alegría y el asombro, les dijo:

—Tenéis algo de comer?

⁴² Ellos le dieron un trozo de pescado asado. ⁴³ Él lo tomó y lo comió delante de ellos. ⁴⁴ Después les dijo:

—Cuando aún estaba entre vosotros, ya os dije que era necesario que se cumpliera todo lo escrito sobre mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos.

⁴⁵ Entonces les abrió la inteligencia para que comprendieran las Escrituras, ⁴⁶ y les dijo:

—Estaba escrito que el Mesías tenía que morir y resucitar de entre los muertos al tercer día, ⁴⁷ y que en su nombre se anunciará a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén, la conversión y el perdón de los pecados. ⁴⁸ Vosotros sois testigos de estas cosas.

* * *

Lucas describe el encuentro del Resucitado con sus discípulos como una experiencia fundante. El deseo de Jesús es claro. Su tarea no ha terminado en la cruz. Resucitado por Dios después de su ejecución, toma contacto con los suyos para poner en marcha un movimiento de «testigos» capaces de contagiar a todos los pueblos su Buena Noticia: «Vosotros sois mis testigos».

No es fácil convertir en testigos a aquellos hombres hundidos en el desconcierto y el miedo. A lo largo de toda la escena, los discípulos permanecen callados, en silencio total. El narrador solo describe su mundo interior: están llenos de terror; solo sienten turbación e incredulidad; todo aquello les parece demasiado hermoso para ser verdad.

Es Jesús quien va a regenerar su fe. Lo más importante es que no se sientan solos. Lo han de sentir lleno de vida en medio de ellos. Estas son las primeras palabras que han de escuchar del Resucitado: «La paz esté con vosotros... ¿Por qué surgen dudas en vuestro interior?».

Cuando olvidamos la presencia viva de Jesús en medio de nosotros; cuando lo ocultamos con nuestros protagonismos; cuando la tristeza nos impide sentir todo menos su paz; cuando nos contagiamos unos a otros pesimismo e incredulidad... estamos pecando contra el Resucitado. Así no es posible una Iglesia de testigos.

Para despertar su fe, Jesús no les pide que miren su rostro, sino sus manos y sus pies. Que vean sus heridas de crucificado. Que tengan siempre ante sus ojos su amor entregado hasta la muerte. No es un fantasma: «Soy yo en persona». El mismo al que han conocido y amado por los caminos de Galilea.

Siempre que pretendemos fundamentar la fe en el Resucitado con nuestras elucubraciones lo convertimos en un fantasma. Para encontrarnos con él hemos de recorrer el relato de los evangelios; descubrir esas manos que bendecían a los enfermos y acariciaban a los niños, esos pies cansados de caminar al encuentro de los más olvidados; descubrir sus heridas y su pasión. Es ese Jesús el que ahora vive resucitado por el Padre.

A pesar de verlos llenos de miedo y de dudas, Jesús confía en sus discípulos. Él mismo les enviará el Espíritu que los sostendrá. Por eso les encomienda que prolonguen su presencia en el mundo: «Vosotros sois testigos de estas cosas». No han de enseñar doctrinas sublimes, sino contagiar su experiencia. No han de predicar grandes teorías sobre Cristo, sino irradiar su Espíritu. Han de hacerlo creíble con su vida, no solo con palabras. Este es siempre el verdadero problema de la Iglesia: la falta de testigos.

BUSCAR DESDE DENTRO

JUAN 10,11-18

IV PASCUA

¹¹ Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas; ¹² no como el asalariado, que ni es verdadero pastor ni propietario de las ovejas. Este, cuando ve venir al lobo, las abandona y huye. Y el lobo hace presa en ellas y las dispersa. ¹³ El asalariado se porta así, porque trabaja únicamente por la paga y no tiene interés por las ovejas. ¹⁴ Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, ¹⁵ lo mismo que mi Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él; y yo doy mi vida por las ovejas. ¹⁶ Pero tengo otras ovejas que no están en este redil; también a estas tengo que atraerlas, para que escuchen mi voz. Entonces se formará un rebaño único bajo la guía de un solo pastor.

¹⁷ El Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. ¹⁸ Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad. Yo tengo poder para darla y para recuperarla de nuevo. Esta es la misión que debo cumplir por encargo de mi Padre.

* * *

No se pueden diseñar programas o técnicas que conduzcan automáticamente hasta Dios. No hay métodos para encontrarse con él de forma segura. Cada uno ha de seguir su propio camino, pues cada uno tiene su manera de abrirse al misterio de Dios. Sin embargo, no todo favorece en igual medida el despertar de la fe.

Hay personas que nunca hablan de Dios con nadie. Es un tema tabú; Dios pertenece al mundo de lo privado. Pero luego tampoco piensan en él ni lo recuerdan en la intimidad de su conciencia. Esta actitud, bastante frecuente incluso entre quienes se dicen creyentes, conduce casi siempre al debilitamiento de la fe. Cuando algo no se recuerda nunca, termina muriendo por olvido e

inanición.

Hay, por el contrario, personas que parecen interesarse mucho por lo religioso. Les gusta plantear cuestiones sobre Dios, la creación, la Biblia... Hacen preguntas y más preguntas, pero no esperan la respuesta. No parece interesarles. Naturalmente, todas las palabras son vanas si no hay una búsqueda sincera de Dios en nuestro interior. Lo importante no es hablar de «cosas de religión», sino hacerle sitio a Dios en la propia vida.

A otros les gusta discutir sobre religión. No saben hablar de Dios si no es para defender su propia posición y atacar la del contrario. De hecho, bastantes discusiones sobre temas religiosos no hacen sino favorecer la intolerancia y el endurecimiento de posturas. Sin embargo, quien busca sinceramente a Dios escucha la experiencia de quienes creen en él e incluso la de quienes lo han abandonado. Yo tengo que encontrar mi propio camino, pero me interesa conocer dónde encuentran los demás sentido, aliento y esperanza para enfrentarse a la existencia.

En cualquier caso, lo más importante para orientarnos hacia Dios es invocarlo en lo secreto del corazón, a solas, en la intimidad de la propia conciencia. Es ahí donde uno se abre confiadamente al misterio de Dios o donde decide vivir solo, de forma atea, sin Dios. Alguien me dirá: «Pero ¿cómo puedo yo invocar a Dios si no creo en él ni estoy seguro de nada?». Se puede. Esa invocación sincera en medio de la oscuridad y las dudas es, probablemente, uno de los caminos más puros y humildes para abrirnos al Misterio y hacernos sensibles a la presencia de Dios en el fondo de nuestro ser.

El cuarto evangelio nos recuerda que hay ovejas que «no son del redil» y viven lejos de la comunidad creyente. Pero Jesús dice: «También a estas las tengo que atraer, para que escuchen mi voz». Quien busca con verdad a Dios escucha, tarde o temprano, esta atracción de Jesús en el fondo de su corazón. Primero con reservas tal vez, luego con más fe y confianza, un día con alegría honda.

CREER

JUAN 15,1-8

V PASCUA

¹ Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. ² El Padre corta todos los sarmientos unidos a mí que no dan fruto y poda los que dan fruto, para que den más fruto. ³ Vosotros ya estáis limpios gracias a las palabras que os he comunicado.

⁴ Permaneced unidos a mí como yo lo estoy a vosotros. Ningún sarmiento puede producir fruto por sí mismo sin estar unido a la vid, y lo mismo os ocurrirá a vosotros si no estáis unidos a mí.

⁵ Yo soy la vid; vosotros, los sarmientos. El que permanece unido a mí, como yo estoy unido a él, produce mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada. ⁶ El que no permanece unido a mí es arrojado fuera, como los sarmientos que se secan y son amontonados y arrojados al fuego para ser quemados.

⁷ Si permanecéis unidos a mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo tendréis. ⁸ Mi Padre recibe gloria cuando producís fruto en abundancia, y os manifestáis así como discípulos míos.

* * *

La fe no es una impresión o emoción del corazón. Sin duda, el creyente siente su fe, la experimenta y la disfruta, pero sería un error reducirla a «sentimentalismo». La fe no es algo que dependa de los sentimientos: «Ya no siento nada; debo de estar perdiendo la fe». Ser creyentes es una actitud responsable y razonada.

La fe no es tampoco una opinión personal. El creyente se compromete personalmente a creer en Dios, pero la fe no puede ser reducida a «subjetivismo»: «Yo tengo mis ideas y creo lo que a mí me parece». La realidad

de Dios no depende de mí ni la fe cristiana es fabricación de uno. Brota de la acción de Dios en nosotros.

La fe no es tampoco una costumbre o tradición recibida de los padres. Es bueno nacer en una familia creyente y recibir desde niño una orientación cristiana de la vida, pero sería muy pobre reducir la fe a «costumbre religiosa»: «En mi familia siempre hemos sido muy de Iglesia». La fe es una decisión personal de cada uno.

La fe no es tampoco una receta moral. Creer en Dios tiene sus exigencias, pero sería una equivocación reducirlo todo a «moralismo»: «Yo respeto a todos y no hago mal a nadie». La fe es, además, amor a Dios, compromiso por un mundo más humano, esperanza de vida eterna, acción de gracias, celebración.

La fe no es tampoco un «tranquilizante». Creer en Dios es, sin duda, fuente de paz, consuelo y serenidad, pero la fe no es solo un «agarradero» para los momentos críticos: «Yo, cuando me encuentro en apuros, acudo a la Virgen». Creer es el mejor estímulo para luchar, trabajar y vivir de manera digna y responsable.

La fe cristiana empieza a despertarse en nosotros cuando nos encontramos con Jesús. El cristiano es una persona que se encuentra con Cristo, y en él va descubriendo a un Dios Amor que cada día le atrae más. Lo dice muy bien Juan: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él. Dios es Amor» (1 Juan 4,16).

Esta fe crece y da frutos solo cuando permanecemos día a día unidos a Cristo, es decir, motivados y sostenidos por su Espíritu y su Palabra: «El que permanece unido a mí, como yo estoy unido a él, produce mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada».

UNA ALEGRÍA DIFERENTE

JUAN 15,9-17

VI PASCUA

⁹ Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor.

¹⁰ Pero solo permaneceréis en mi amor si cumplís mis mandamientos, lo mismo que yo he observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. ¹¹ Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo, y vuestro gozo sea completo.

¹² Mi mandamiento es este: amaos los unos a los otros como yo os he amado.

¹³ Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos. ¹⁴ Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. ¹⁵ En adelante ya no os llamaré siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre.

¹⁶ No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros. Y os he destinado para que vayáis y deis fruto abundante y duradero. Así, el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre. ¹⁷ Lo que yo os mando es esto: que os améis los unos a los otros.

* * *

No es fácil la alegría. Los momentos de auténtica felicidad parecen pequeños paréntesis en medio de una existencia de donde brotan constantemente el dolor, la inquietud y la insatisfacción.

El misterio de la verdadera alegría es algo extraño para muchos hombres y mujeres. Todavía saben quizás reír a carcajadas, pero han olvidado lo que es una sonrisa gozosa, nacida de lo más hondo del ser. Tienen casi todo, pero nada les satisface de verdad. Están rodeados de objetos valiosos y prácticos, pero apenas

saben nada de amor y amistad. Corren por la vida absorbidos por mil tareas y preocupaciones, pero han olvidado que estamos hechos para la alegría.

Por eso, algo se despierta en nosotros cuando escuchamos las palabras de Jesús: os he hablado «para que participéis de mi gozo, y vuestro gozo sea completo». Nuestra alegría es frágil, pequeña y está siempre amenazada. Pero algo grande se nos promete. Poder compartir la alegría misma de Jesús. Su alegría puede ser la nuestra.

El pensamiento de Jesús es claro. Si no hay amor, no hay vida. No hay comunicación con él. No hay experiencia del Padre. Si falta el amor en nuestra vida, no queda más que vacío y ausencia de Dios. Podemos hablar de Dios, imaginarlo, pero no experimentarlo como fuente de gozo verdadero. Entonces el vacío se llena de dioses falsos que toman el puesto del Padre, pero que no pueden hacer brotar en nosotros el verdadero gozo que nuestro corazón anhela.

Quizá los cristianos de hoy pensamos poco en la alegría de Jesús y no hemos aprendido a «disfrutar» de la vida, siguiendo sus pasos. Sus llamadas a buscar la felicidad verdadera se han perdido en el vacío tal vez porque seguimos obstinados en pensar que el camino más seguro de encontrarla es el que pasa por el poder, el dinero o el sexo.

La alegría de Jesús es la de quien vive con una confianza limpia e incondicional en el Padre. La alegría del que sabe acoger la vida con agradecimiento. La alegría del que ha descubierto que la existencia entera es gracia.

Pero la vida se extingue tristemente en nosotros si la guardamos para nosotros solos, sin acertar a regalarla. La alegría de Jesús no consiste en disfrutar egoístamente de la vida. Es la alegría de quien da vida y sabe crear las condiciones necesarias para que crezca y se desarrolle de manera cada vez más digna y más sana. He aquí una de las enseñanzas clave del Evangelio. Solo es feliz quien hace un mundo más feliz. Solo conoce la alegría quien sabe regalarla. Solo vive quien hace vivir.

NUEVO COMIENZO

MARCOS 16,15-20

ASCENSIÓN DEL SEÑOR

¹⁵ **Y les dijo [Jesús]**

—Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda criatura.

¹⁶ **El que crea y se bautice se salvará, pero el que no crea se condenará.** ¹⁷ A los que crean les acompañarán estas señales:

expulsarán demonios en mi nombre, hablarán en lenguas nuevas,¹⁸ agarrarán serpientes con sus manos y, aunque beban veneno, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y estos se curarán.

¹⁹ Después de hablarles, el Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios.

²⁰ Ellos salieron a predicar por todas partes, y el Señor cooperaba con ellos, confirmando la palabra con las señales que la acompañaban.

* * *

Los evangelistas describen con diferentes lenguajes la misión que Jesús confía a sus seguidores. Según Mateo han de «hacer discípulos» que aprendan a vivir como él les ha enseñado. Según Lucas, han de ser «testigos» de lo que han vivido junto a él. Marcos lo resume todo diciendo que han de «proclamar el Evangelio a toda la creación».

Quienes se acercan hoy a una comunidad cristiana no se encuentran directamente con el Evangelio. Lo que perciben es el funcionamiento de una religión envejecida, con graves signos de crisis. No pueden identificar con claridad en el interior de esa religión la Buena Noticia proveniente del impacto provocado por Jesús hace veinte siglos.

Por otra parte, muchos cristianos no conocen directamente el Evangelio. Todo lo que saben de Jesús y su mensaje es lo que pueden reconstruir de manera

parcial y fragmentaria, recordando lo que han escuchado a catequistas y predicadores. Viven su religión privados del contacto personal con el Evangelio.

¿Cómo podrán proclamarlo si no lo conocen en sus propias comunidades? El Concilio Vaticano II ha recordado algo demasiado olvidado en estos momentos: «El Evangelio es, en todos los tiempos, el principio de toda su vida para la Iglesia». Ha llegado el momento de entender y configurar la comunidad cristiana como un lugar donde lo primero es acoger el Evangelio de Jesús.

Nada puede regenerar el tejido en crisis de nuestras comunidades como la fuerza del Evangelio. Solo la experiencia directa e inmediata del Evangelio puede revitalizar la Iglesia. Dentro de unos años, cuando la crisis nos obligue a centrarnos solo en lo esencial, veremos con claridad que nada es más importante hoy para los cristianos que reunirnos a leer, escuchar y compartir juntos los relatos evangélicos.

Lo primero es creer en la fuerza regeneradora del Evangelio. Los relatos evangélicos enseñan a vivir la fe no por obligación, sino por atracción. Hacen vivir la vida cristiana no como deber, sino como irradiación y contagio. Es posible introducir en las parroquias una dinámica nueva. Reunidos en pequeños grupos, en contacto con el Evangelio, iremos recuperando nuestra verdadera identidad de seguidores de Jesús.

Hemos de volver al Evangelio como nuevo comienzo. Ya no sirve cualquier programa o estrategia pastoral. Dentro de unos años, escuchar juntos el Evangelio de Jesús no será una actividad más entre otras, sino la matriz desde la que comenzará la regeneración de la fe cristiana en las pequeñas comunidades dispersas en medio de una sociedad secularizada.

Tiene razón el papa Francisco cuando nos dice que el principio y motor de la renovación de la Iglesia en estos tiempos hemos de encontrarlo en «volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio».

RENUÉVANOS POR DENTRO

JUAN 20,19-23

PENTECOSTÉS

¹⁹ Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban reunidos los discípulos en una casa con las puertas bien cerradas por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo:

—La paz esté con vosotros.

²⁰ Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. ²¹ Jesús les dijo de nuevo:

—La paz esté con vosotros.

Y añadió:

—Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros.

²² Sopló sobre ellos y les dijo:

—Recibid el Espíritu Santo. ²³ A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá.

* * *

Poco a poco estamos aprendiendo a vivir sin interioridad. Ya no necesitamos estar en contacto con lo mejor que hay dentro de nosotros. Nos basta con vivir entretenidos. Nos contentamos con funcionar sin alma y alimentarnos solo de bienestar. No queremos exponernos a buscar la verdad. Ven, Espíritu Santo, y libéranos del vacío interior.

Hemos aprendido a vivir sin raíces y sin metas. Nos basta con dejarnos programar desde fuera. Nos movemos y agitamos sin cesar, pero no sabemos qué queremos ni hacia dónde vamos. Estamos cada vez mejor informados, pero nos sentimos más perdidos que nunca. Ven, Espíritu Santo, y libéranos de la desorientación.

Apenas nos interesan ya las grandes cuestiones de la existencia. No nos

preocupa quedarnos sin luz para enfrentarnos a la vida. Nos hemos hecho más escépticos, pero también más frágiles e inseguros. Queremos ser inteligentes y lúcidos. Pero no encontramos sosiego ni paz. Ven, Espíritu Santo, y libéranos de la oscuridad y la confusión interior.

Queremos vivir más, vivir mejor, vivir más tiempo, pero ¿vivir qué? Queremos sentirnos bien, sentirnos mejor, pero ¿sentir qué? Buscamos disfrutar intensamente de la vida, sacarle el máximo jugo, pero no nos contentamos solo con pasarlo bien: hacemos lo que nos apetece. Apenas hay prohibiciones ni terrenos vedados. ¿Por qué queremos algo diferente? Ven, Espíritu Santo, y enséñanos a vivir.

Queremos ser libres e independientes y nos encontramos cada vez más solos. Necesitamos vivir y nos encerramos en nuestro pequeño mundo, a veces tan aburrido. Necesitamos sentirnos queridos y no sabemos crear contactos vivos y amistosos. Al sexo lo llamamos «amor», y al placer, «felicidad», pero ¿quién saciará nuestra sed? Ven, Espíritu Santo, y enséñanos a amar.

En nuestra vida ya no hay sitio para Dios. Su presencia ha quedado reprimida o atrofiada dentro de nosotros. Llenos de ruidos por dentro, ya no podemos escuchar su voz. Volcados en mil deseos y sensaciones, no acertamos a percibir su cercanía. Sabemos hablar con todos menos con él. Hemos aprendido a vivir de espaldas al Misterio. Ven, Espíritu Santo, y enséñanos a creer.

Creyentes y no creyentes, poco creyentes y malos creyentes, así peregrinamos muchas veces por la vida. En la fiesta cristiana del Espíritu Santo, a todos nos dice Jesús lo que un día dijo a sus discípulos, exhalando sobre ellos su aliento: «Recibid el Espíritu Santo». Ese Espíritu que sostiene nuestras pobres vidas y alienta nuestra débil fe puede penetrar en nosotros y reavivar nuestra existencia por caminos que solo él conoce.

EL MEJOR AMIGO

MATEO 28,16-20

SANTÍSIMA TRINIDAD

¹⁶ Los Once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús los había citado. ¹⁷ Al verlo, lo adoraron; ellos, que habían dudado. ¹⁸ Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras:

—Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. ¹⁹ Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrártelos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ²⁰ enseñándoles a poner por obra todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo.

* * *

En el núcleo de la fe cristiana en un Dios trinitario hay una afirmación esencial. Dios no es un ser tenebroso e impenetrable, encerrado egoístamente en sí mismo. Dios es Amor y solo Amor. Los cristianos creemos que en el Misterio último de la realidad, dando sentido y consistencia a todo, no hay sino Amor. Jesús no ha escrito ningún tratado acerca de Dios. En ningún momento lo encontramos exponiendo a los campesinos de Galilea doctrina sobre él. Para Jesús, Dios no es un concepto, una bella teoría, una definición sublime. Dios es el mejor Amigo del ser humano.

Los investigadores no dudan de un dato que recogen los evangelios. La gente que escuchaba a Jesús hablar de Dios y le veía actuar en su nombre experimentaba a Dios como una Buena Noticia. Lo que Jesús dice de Dios les resulta algo nuevo y bueno. La experiencia que comunica y contagia les parece la mejor noticia que pueden escuchar de Dios. ¿Por qué?

Tal vez lo primero que captan es que Dios es de todos, no solo de los que se sienten dignos para presentarse ante él en el Templo. Dios no está atado a un

lugar sagrado. No pertenece a una religión. No es propiedad de los piadosos que peregrinan a Jerusalén. Según Jesús, «hace salir su sol sobre buenos y malos». Dios no excluye ni discrimina a nadie. Jesús invita a todos a confiar en él: «Cuando oréis, decid: “¡Padre!”».

Con Jesús van descubriendo que Dios no es solo de los que se acercan a él cargados de méritos. Antes que a ellos escucha a quienes le piden compasión, porque se sienten pecadores sin remedio. Según Jesús, Dios anda siempre buscando a los que viven perdidos. Por eso se siente tan amigo de pecadores. Por eso les dice que él «ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido».

También se dan cuenta de que Dios no es solo de los sabios y entendidos. Jesús le da gracias al Padre porque le gusta revelar a los pequeños cosas que les quedan ocultas a los ilustrados. Dios tiene menos problemas para entenderse con el pueblo sencillo que con los doctos que creen saberlo todo.

Pero fue sin duda la vida de Jesús, dedicado en nombre de Dios a aliviar el sufrimiento de los enfermos, liberar a poseídos por espíritus malignos, rescatar a leprosos de la marginación, ofrecer el perdón a pecadores y prostitutas..., lo que les convenció de que Jesús experimentaba a Dios como el mejor Amigo del ser humano, que solo busca nuestro bien y solo se opone a lo que nos hace daño. Los seguidores de Jesús nunca pusieron en duda que el Dios encarnado y revelado en Jesús es Amor y solo Amor hacia todos.

EUCARISTÍA Y CRISIS

MARCOS 14,12-16.22-26

CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

¹² El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, cuando se sacrificaba el cordero pascual, sus discípulos preguntaron a Jesús:

—¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?

¹³ Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles:

—Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua. Seguidlo, ¹⁴ y allí donde entre decid al dueño: «El Maestro dice: “¿Dónde está la sala en la que he de celebrar la cena de Pascua con mis discípulos?”». ¹⁵ Él os mostrará en el piso de arriba una sala grande, alfombrada y dispuesta. Preparadlo todo allí para nosotros.

¹⁶ Los discípulos salieron, llegaron a la ciudad, encontraron todo tal como Jesús les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

²² Durante la cena, Jesús tomó pan, pronunció la bendición, lo partió, se lo dio y dijo:

—Tomad, esto es mi cuerpo.

²³ Tomó luego una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y bebieron todos de ella. ²⁴ Y les dijo:

—Esta es mi sangre, la sangre de la alianza, que se derrama por todos. ²⁵ Os aseguro que ya no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.

²⁶ Después de cantar los himnos salieron hacia el monte de los Olivos.

* * *

Todos los cristianos lo sabemos. La eucaristía dominical se puede convertir fácilmente en un «refugio religioso» que nos protege de la vida conflictiva en la

que nos movemos a lo largo de la semana. Es tentador ir a misa para compartir una experiencia religiosa que nos permite descansar de los problemas, tensiones y malas noticias que nos presionan por todas partes.

A veces somos sensibles a lo que afecta a la dignidad de la celebración, pero nos preocupa menos olvidarnos de las exigencias que entraña celebrar la cena del Señor. Nos molesta que un sacerdote no se atenga estrictamente a la normativa ritual, pero podemos seguir celebrando rutinariamente la misa sin escuchar las llamadas del Evangelio.

El riesgo siempre es el mismo: comulgar con Cristo en lo íntimo del corazón sin preocuparnos de comulgar con los hermanos que sufren. Compartir el pan de la eucaristía e ignorar el hambre de millones de hermanos privados de pan, de justicia y de futuro.

En los próximos años se pueden ir agravando los efectos de la crisis mucho más de lo que nos temíamos. La cascada de medidas que se dictan irán haciendo crecer entre nosotros una desigualdad injusta. iremos viendo cómo personas de nuestro entorno más o menos cercano se van quedando a merced de un futuro incierto e imprevisible.

Conoceremos de cerca inmigrantes privados de una asistencia sanitaria adecuada, enfermos sin saber cómo resolver sus problemas de salud o medicación, familias obligadas a vivir de la caridad, personas amenazadas por el desahucio, gente desasistida, jóvenes sin un futuro claro... No lo podremos evitar. O endurecemos nuestros hábitos egoístas de siempre o nos hacemos más solidarios.

La celebración de la eucaristía en medio de esta sociedad en crisis puede ser un lugar de concienciación. Necesitamos liberarnos de una cultura individualista que nos ha acostumbrado a vivir pensando solo en nuestros propios intereses, para aprender sencillamente a ser más humanos. Toda la eucaristía está orientada a crear fraternidad.

No es normal escuchar todos los domingos a lo largo del año el Evangelio de Jesús sin reaccionar ante sus llamadas. No podemos pedir al Padre «el pan nuestro de cada día» sin pensar en aquellos que tienen dificultades para obtenerlo. No podemos comulgar con Jesús sin hacernos más generosos y solidarios. No podemos darnos la paz unos a otros sin estar dispuestos a tender una mano a quienes están más solos e indefensos ante la crisis.

¿QUÉ BUSCAMOS?

JUAN 1,35-42

II TIEMPO ORDINARIO

³⁵ Al día siguiente, Juan se encontraba en aquel mismo lugar con dos de sus discípulos. ³⁶ De pronto vio a Jesús, que pasaba por allí, y dijo:
—Este es el Cordero de Dios.

³⁷ Los dos discípulos le oyeron decir esto y siguieron a Jesús. ³⁸ Jesús se volvió y, viendo que lo seguían, les preguntó:

—¿Qué buscáis?

Ellos contestaron:

—Rabbí (que quiere decir Maestro), ¿dónde vives?

³⁹ Él les respondió:

—Venid y lo veréis.

Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron aquel día con él.
Eran como las cuatro de la tarde.

⁴⁰ Uno de los dos que siguieron a Jesús por el testimonio de Juan era Andrés, el hermano de Simón Pedro. ⁴¹ Encontró Andrés en primer lugar a su propio hermano Simón y le dijo:

—Hemos encontrado al Mesías (que quiere decir Cristo).

⁴² Y lo llevó a Jesús. Jesús, al verlo,
le dijo:

—Tú eres Simón, hijo de Juan; en adelante te llamarás Cefas (es decir, Pedro).

* * *

Las primeras palabras que Jesús pronuncia en el evangelio de Juan nos dejan desconcertados, porque van al fondo y tocan las raíces mismas de nuestra vida. A dos discípulos del Bautista que comienzan a seguirlo Jesús les dice: «¿Qué buscáis?».

No es fácil responder a esta pregunta sencilla, directa, fundamental, desde el interior de una cultura «cerrada» como la nuestra, que parece preocuparse solo de los medios, olvidando siempre el fin último de todo. ¿Qué es lo que buscamos exactamente?

Para algunos, la vida es «un gran supermercado» (D. Sölle), y lo único que les interesa es adquirir objetos con los que poder consolar un poco su existencia. Otros lo que buscan es escapar de la enfermedad, la soledad, la tristeza, los conflictos o el miedo. Pero escapar, ¿hacia dónde?, ¿hacia quién?

Otros ya no pueden más. Lo que quieren es que se les deje solos. Olvidar a los demás y ser olvidados por todos. No preocuparse por nadie y que nadie se preocupe de ellos.

La mayoría buscamos sencillamente cubrir nuestras necesidades diarias y seguir luchando por ver cumplidos nuestros pequeños deseos. Pero, aunque todos ellos se cumplieran, ¿quedaría nuestro corazón satisfecho? ¿Se habría apaciguado nuestra sed de consuelo, liberación y felicidad plena?

En el fondo, ¿no andamos los seres humanos buscando algo más que una simple mejora de nuestra situación? ¿No anhelamos algo que, ciertamente, no podemos esperar de ningún proyecto político o social?

Se dice que los hombres y mujeres de hoy han olvidado a Dios. Pero la verdad es que, cuando un ser humano se interroga con un poco de honradez, no le es fácil borrar de su corazón «la nostalgia de infinito».

¿Quién soy yo? ¿Un ser minúsculo, surgido por azar en una parcela ínfima de espacio y de tiempo, arrojado a la vida para desaparecer enseguida en la nada, de donde se me ha sacado sin razón alguna y solo para sufrir? ¿Eso es todo? ¿No hay nada más?

Lo más honrado que puede hacer el ser humano es «buscar». No cerrar ninguna puerta. No desechar ninguna llamada. Buscar a Dios, tal vez con el último resto de sus fuerzas y de su fe. Tal vez desde la mediocridad, la angustia o el desaliento.

Dios no juega al escondite ni se esconde de quien lo busca con sinceridad. Dios está ya en el interior mismo de esa búsqueda. Más aún. Dios se deja encontrar incluso por quienes apenas le buscamos. Así dice el Señor en el libro de Isaías: «Yo me he dejado encontrar por quienes no preguntaban por mí. Me he dejado hallar por quienes no me buscaban. Dije: “Aquí estoy, aquí estoy”» (Isaías 65,1-2).

OTRO MUNDO ES POSIBLE

MARCOS 1,14-20

III TIEMPO ORDINARIO

¹⁴ Despues que Juan fue arrestado, marchó Jesús a Galilea, proclamando la buena noticia de Dios. ¹⁵ Decía:

—Se ha cumplido el plazo y está llegando el reino de Dios. Convertíos y creed en el evangelio.

¹⁶ Pasando Jesús junto al lago de Galilea, vio a Simón y a su hermano Andrés, que estaban echando las redes en el lago, pues eran pescadores. ¹⁷ Jesús les dijo:

—Veníos detrás de mí y os haré pescadores de hombres.

¹⁸ Ellos dejaron inmediatamente las redes y lo siguieron.

¹⁹ Un poco más adelante vio a Santiago, el de Zebedeo, y a su hermano Juan. Estaban en la barca reparando las redes.

²⁰ Jesús los llamó también; y ellos, dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, se fueron tras él.

* * *

No sabemos con certeza cómo reaccionaron los discípulos del Bautista cuando Herodes Antipas lo encarceló en la fortaleza de Maqueronte. Conocemos la reacción de Jesús. No se quedó en el desierto. Tampoco se refugió entre sus familiares de Nazaret. Comenzó a recorrer las aldeas de Galilea predicando un mensaje original y sorprendente.

El evangelista Marcos lo resume diciendo que «marchó a Galilea proclamando la buena noticia de Dios». Jesús no repite la predicación del Bautista ni habla de su bautismo en el Jordán. Anuncia a Dios como algo nuevo y bueno. Este es su mensaje.

«Se ha cumplido el plazo». El tiempo de espera que se vive en Israel ha acabado. Ha terminado también el tiempo del Bautista. Con Jesús comienza una

era nueva. Dios no quiere dejarnos solos ante nuestros problemas, sufrimientos y desafíos. Quiere construir junto con nosotros un mundo más humano.

«Está llegando el reino de Dios». Con una audacia desconocida, Jesús sorprende a todos anunciando algo que ningún profeta se había atrevido a declarar: «Ya está aquí Dios, con la fuerza creadora de su justicia, tratando de reinar entre nosotros». Jesús experimenta a Dios como una Presencia buena y amistosa que está buscando abrirse camino entre nosotros para humanizar nuestra vida.

Por eso toda la vida de Jesús es una llamada a la esperanza. Hay alternativa. No es verdad que la historia tenga que discurrir por los caminos de injusticia que le trazan los poderosos de la tierra. Es posible un mundo más justo y fraternal. Podemos modificar la trayectoria de la historia.

«Convertíos». Ya no es posible vivir como si nada estuviera sucediendo. Dios pide a sus hijos colaboración. Por eso grita Jesús: «Cambiad de manera de pensar y de actuar». Somos las personas las que primero hemos de cambiar. Dios no impone nada por la fuerza, pero está siempre atrayendo nuestras conciencias hacia una vida más humana.

«Creed en esta buena noticia». Tomadla en serio. Despertad de la indiferencia. Móvilizad vuestras energías. Creed que es posible humanizar el mundo. Creed en la fuerza liberadora del Evangelio. Creed que es posible la transformación. Introducid en el mundo la confianza.

¿Qué hemos hecho de este mensaje apasionante de Jesús? ¿Cómo lo hemos podido olvidar? ¿Con qué lo hemos sustituido? ¿En qué nos estamos entreteniendo si lo primero es «buscar el reino de Dios y su justicia»? ¿Cómo podemos vivir tranquilos observando que el proyecto creador de Dios de una tierra llena de paz y de justicia está siendo aniquilado por los hombres?

CURADOR

MARCOS 1,21-28

IV TIEMPO ORDINARIO

²¹ Llegaron a Cafarnaún y, cuando llegó el sábado, entró en la sinagoga y se puso a enseñar a la gente, ²² que estaba admirada de su enseñanza, porque los enseñaba con autoridad y no como los maestros de la Ley.

²³ Había en la sinagoga un hombre con espíritu inmundo, que se puso a gritar:

²⁴ –¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¡Has venido

a destruirnos? ¡Sé quién eres: el Santo de Dios!

²⁵ Jesús lo increpó diciendo:

–¡Cállate y sal de ese hombre!

²⁶ El espíritu inmundo lo retorció violentamente y, dando un fuerte alarido, salió de él.

²⁷ Todos quedaron asombrados y se preguntaban unos a otros:

–¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva llena de autoridad! ¡Manda incluso a los espíritus inmundos, y estos le obedecen!

²⁸ Pronto se extendió su fama por todas partes en toda la región de Galilea.

* * *

Según Marcos, la primera actuación pública de Jesús fue la curación de un hombre poseído por un espíritu maligno en la sinagoga de Cafarnaún. Es una escena sobrecogedora, narrada para que, desde el comienzo, los lectores descubran la fuerza curadora y liberadora de Jesús.

Es sábado y el pueblo se encuentra reunido en la sinagoga para escuchar el comentario de la Ley explicado por los escribas. Por primera vez Jesús va a proclamar la Buena Noticia de Dios precisamente en el lugar donde se enseñan

oficialmente al pueblo las tradiciones religiosas de Israel.

La gente queda sorprendida al escucharle. Tienen la impresión de que hasta ahora han estado escuchando noticias viejas, dichas sin autoridad. Jesús es diferente. No repite lo que ha oído a otros. Habla con autoridad. Anuncia con libertad y sin miedos un Dios bueno.

De pronto, un hombre se pone a gritar: «¿Has venido a destruirnos?». Al escuchar el mensaje de Jesús se ha sentido amenazado. Su mundo religioso se le derrumba. Se nos dice que está poseído por un «espíritu inmundo», hostil a Dios. ¿Qué fuerzas extrañas le impiden seguir escuchando a Jesús? ¿Qué experiencias dañinas y perversas le bloquean el camino hacia el Dios bueno que anuncia Jesús?

Jesús no se acobarda. Ve al pobre hombre oprimido por el mal y grita: «¡Cállate y sal de este hombre!». Ordena que se callen esas voces malignas que no le dejan encontrarse con Dios ni consigo mismo. Que recupere el silencio que sana lo más profundo del ser humano.

El narrador describe la curación de manera dramática. En un último esfuerzo por destruirlo, el espíritu «lo retorció violentamente y, dando un fuerte alarido, salió de él». Jesús ha logrado liberar al hombre de su violencia interior. Ha puesto fin a las tinieblas y al miedo a Dios. En adelante podrá escuchar la Buena Noticia de Jesús.

No pocas personas viven en su interior de imágenes falsas de Dios que les hacen vivir sin dignidad y sin verdad. Lo sienten no como una presencia amistosa que invita a vivir de manera creativa, sino como una sombra amenazadora que controla su existencia. Jesús siempre empieza a curarnos liberándonos de un Dios opresor.

Sus palabras despiertan la confianza y hacen desaparecer los miedos. Sus parábolas atraen hacia el amor de Dios, no hacia el sometimiento ciego a la Ley. Su presencia hace crecer la libertad, no las servidumbres; suscita el amor a la vida, no el resentimiento. Jesús cura porque nos enseña a vivir solo de la bondad, el perdón y el amor, que no excluye a nadie. Sana porque nos libera del poder de las cosas, del autoengaño y de la egolatría.

A LA PUERTA DE NUESTRA CASA

MARCOS 1,29-39

V TIEMPO ORDINARIO

²⁹ Al salir de la sinagoga, Jesús se fue inmediatamente a casa de Simón y de Andrés, con Santiago y Juan. ³⁰ La suegra de Simón estaba en cama con fiebre. Le hablaron enseguida de ella, ³¹ y él se acercó, la cogió de la mano y la levantó. La fiebre le desapareció y se puso a servirlos.

³² Al atardecer, cuando ya se había puesto el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. ³³ La población entera se agolpaba a la puerta. ³⁴ Él curó entonces a muchos enfermos de diversos males y expulsó a muchos demonios, pero a estos no los dejaba hablar, pues sabían quién era.

³⁵ Muy de madrugada, antes del amanecer, se levantó, salió, se fue a un lugar solitario y allí se puso a orar. ³⁶ Simón y sus compañeros fueron en su busca.

³⁷ Cuando lo encontraron, le dijeron:

—Todos te buscan.

³⁸ Jesús les contestó:

—Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para predicar también allí, pues para esto he venido.

³⁹ Y se fue a predicar en sus sinagogas por toda Galilea, expulsando los demonios.

* * *

En la sinagoga de Cafarnaún, Jesús ha liberado por la mañana a un hombre poseído por un espíritu maligno. Ahora se nos dice que sale de la «sinagoga» y

marcha a la «casa» de Simón y Andrés. La indicación es importante, pues en el evangelio de Marcos lo que sucede en esa casa encierra siempre alguna enseñanza para las comunidades cristianas.

Jesús pasa de la sinagoga, lugar oficial de la religión judía, a la casa, lugar donde se vive la vida cotidiana junto a los seres más queridos. En esa casa se va a ir gestando la nueva familia de Jesús. En las comunidades cristianas hemos de saber que no son un lugar religioso donde se vive de la Ley, sino un hogar donde se aprende a vivir de manera nueva en torno a Jesús.

Al entrar en la casa, los discípulos le hablan de la suegra de Simón. No puede salir a acogerlos, pues está postrada en cama con fiebre. Jesús no necesita de más. De nuevo va a romper el sábado por segunda vez el mismo día. Para él, lo importante es la vida sana de las personas, no las observancias religiosas. El relato describe con todo detalle los gestos de Jesús con la mujer enferma.

«Se acercó». Es lo primero que hace siempre: acercarse a los que sufren, mirar de cerca su rostro y compartir su sufrimiento. Luego «la cogió de la mano»: toca a la enferma, no teme las reglas de pureza que lo prohíben; quiere que la mujer sienta su fuerza curadora. Por fin «la levantó», la puso de pie, le devolvió la dignidad.

Así está siempre Jesús en medio de los suyos: como una mano tendida que nos levanta, como un amigo cercano que nos infunde vida. Jesús solo sabe de servir, no de ser servido. Por eso la mujer curada por él se pone a «servir» a todos. Lo ha aprendido de Jesús. Sus seguidores hemos de vivir acogiéndonos y cuidándonos unos a otros.

Pero sería un error pensar que la comunidad cristiana es una familia que piensa solo en sus propios miembros y vive de espaldas al sufrimiento de los demás. El relato dice que ese mismo día, «al ponerse el sol», cuando ha terminado el sábado, le llevan a Jesús toda clase de enfermos y poseídos por algún mal.

Los seguidores de Jesús hemos de grabar bien esta escena. Al llegar la oscuridad de la noche, la población entera, con sus enfermos, «se agolpa a la puerta». Los ojos y las esperanzas de los que sufren buscan la puerta de esa casa donde está Jesús. La Iglesia solo atrae de verdad cuando la gente que sufre puede descubrir dentro de ella a Jesús curando la vida y aliviando el sufrimiento. A la puerta de nuestras comunidades hay mucha gente sufriendo. No lo olvidemos.

AMIGO DE LOS EXCLUIDOS

MARCOS 1,40-45

VI TIEMPO ORDINARIO

⁴⁰ Se le acercó [a Jesús] un leproso y le suplicó de rodillas:

—Siquieres, puedes limpiarme.

⁴¹ Jesús, compadecido, extendió la mano, lo tocó y le dijo:

—Quiero, queda limpio.

⁴² Al instante le desapareció la lepra

y quedó limpio.

⁴³ Entonces lo despidió, advirtiéndole severamente:

⁴⁴ —No se lo digas a nadie; vete, preséntate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les conste a ellos.

⁴⁵ Él, sin embargo, tan pronto como se fue, se puso a divulgar a voces lo ocurrido, de modo que Jesús no podía ya entrar abiertamente en ninguna ciudad. Tenía que quedarse fuera, en lugares despoblados, y aun así seguían acudiendo a él de todas partes.

* * *

Jesús era muy sensible al sufrimiento de quienes encontraba en su camino, marginados por la sociedad, olvidados por la religión o rechazados por los sectores que se consideraban superiores moral o religiosamente.

Es algo que le sale de dentro. Sabe que Dios no discrimina a nadie. No rechaza ni excomulga. No es solo de los buenos. A todos acoge y bendice. Jesús tenía la costumbre de levantarse de madrugada para orar. En cierta ocasión desvela cómo contempla el amanecer: «Dios hace salir su sol sobre buenos y malos». Así es él.

Por eso a veces reclama con fuerza que cesen todas las condenas: «No juzguéis y no seréis juzgados». Otras narra una pequeña parábola para pedir que nadie se

dedique a «separar el trigo y la cizaña», como si fuera el juez supremo de todos.

Pero lo más admirable es su actuación. El rasgo más original y provocativo de Jesús fue su costumbre de comer con pecadores, prostitutas y gentes indeseables. El hecho es insólito. Nunca se había visto en Israel a alguien con fama de «hombre de Dios» comiendo y bebiendo animadamente con pecadores.

Los dirigentes religiosos más respetables no lo pudieron soportar. Su reacción fue agresiva: «Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de pecadores». Jesús no se defendió. Era cierto, pues en lo más íntimo de su ser sentía un respeto grande y una amistad conmovedora hacia los rechazados por la sociedad o la religión.

Marcos recoge en su relato la curación de un leproso para destacar esa predilección de Jesús por los excluidos. Jesús está atravesando una región solitaria. De pronto se le acerca un leproso. No viene acompañado por nadie. Vive en la soledad. Lleva en su piel la marca de su exclusión. Las leyes lo condenan a vivir apartado de todos. Es un ser impuro.

De rodillas, el leproso hace a Jesús una súplica humilde. Se siente sucio. No le habla de enfermedad. Solo quiere verse limpio de todo estigma: «Si quieres, puedes limpiarme». Jesús se commueve al ver a sus pies a aquel ser humano desfigurado por la enfermedad y el abandono de todos. Aquel hombre representa la soledad y la desesperación de tantos estigmatizados. Jesús «extiende su mano» buscando el contacto con su piel, «lo toca» y le dice: «Quiero, queda limpio».

Siempre que discriminamos desde nuestra supuesta superioridad moral a diferentes grupos humanos (vagabundos, prostitutas, toxicómanos, psicóticos, inmigrantes, homosexuales...) y los excluimos de la convivencia negándoles nuestra acogida nos estamos alejando gravemente de Jesús.

SABERNOS PERDONADOS

MARCOS 2,1-12

VII TIEMPO ORDINARIO

¹ Después de algunos días entró de nuevo en Cafarnaún y se corrió la voz de que estaba en casa. ² Acudieron tantos que no cabían ni delante de la puerta. Jesús se puso a anunciarles el mensaje. ³ Le llevaron entonces un paralítico entre cuatro. ⁴ Pero, como no podían llegar hasta él a causa del gentío, levantaron la techumbre por encima de donde él estaba, abrieron un boquete y descolgaron la camilla en que yacía el paralítico.

⁵ Jesús, viendo la fe que tenían, dijo al paralítico:

—Hijo, tus pecados te son perdonados.

⁶ Unos maestros de la Ley que estaban allí sentados comenzaron a pensar para sus adentros: ⁷ «¿Cómo habla este así? ¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?».

⁸ Jesús, percatándose enseguida de lo que estaban pensando, les dijo:
—¿Por qué pensáis eso en vuestro interior? ⁹ ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: «Tus pecados te son perdonados», o decirle: «Levántate, carga con tu camilla y vete»? ¹⁰ Pues vais a ver que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder para perdonar los pecados.

Entonces se volvió hacia el paralítico y le dijo:

¹¹ —Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.

¹² El paralítico se puso en pie, cargó enseguida con la camilla y salió a la vista de todos, de modo que todos se quedaron maravillados y daban gloria a Dios, diciendo:

—Nunca hemos visto cosa igual.

* * *

Entre nosotros son muchas las personas que han suprimido de sus vidas la

experiencia del perdón de Dios. No buscan ya la reconciliación con él. ¿Cómo reaccionan al descubrir su propia culpabilidad? Sin duda, muchos de ellos saben enfrentarse a sus propios errores y pecados para asumir de nuevo con seriedad su propia responsabilidad. Hombres y mujeres fieles a su conciencia que se autocritican y son capaces de reorientar de nuevo sus vidas.

Pero no hay duda de que el hombre que no tiene la experiencia de sentirse radicalmente perdonado es un hombre que corre el riesgo de empobrecerse y quedarse sin fuerza para enfrentarse con sinceridad consigo mismo y para renovar su existencia.

Lo más fácil es vivir huyendo de uno mismo. Justificarnos de mil maneras, culpabilizar siempre a los demás, quitar importancia a los propios pecados, errores e injusticias, eludir la propia responsabilidad.

Los creyentes no apreciamos debidamente la gracia liberadora y humanizadora que se encierra en la experiencia del perdón de Dios. Que una persona que se siente perdida en sus propios errores y oprimida por su debilidad pueda recordar en esos momentos en que no ve salida que Dios es su amigo.

Nunca es decisivo lo que ha ocurrido en nuestra vida ni el pecado que hemos podido cometer. Mientras conservemos una pequeña fe en el perdón de Dios y en su misericordia, todo es posible. «Si nuestra conciencia nos condena, más grande que nuestra conciencia es Dios» (1 Juan 3,19-20).

Aquel profundo conocedor del corazón humano que fue san Agustín nos dice que el que sabe invocar a Dios en medio de su miseria es un hombre salvado. «El hombre errante que grita en el abismo, supera el abismo. Su mismo grito lo levanta por encima del abismo».

Nuestra vida siempre tiene salida. Todo puede convertirse de nuevo en gracia. Basta confiar en la misericordia de Dios y acoger agradecidos su perdón. Escuchar con fe desde el fondo de nuestra miseria las palabras consoladoras: «Hijo, tus pecados te quedan perdonados».

Quien cree en el perdón no está nunca perdido. En lo más íntimo de su corazón encontrará siempre la fuerza de Dios para levantarse y volver a caminar. Este es el sentido y el contenido profundo del sacramento de la reconciliación.

CUANDO MUERE LA ALEGRÍA

MARCOS 2,18-22

VIII TIEMPO ORDINARIO

¹⁸ Un día en que los discípulos de Juan y los fariseos ayunaban, fueron a decir a Jesús:

—¿Por qué los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan y los tuyos no?

¹⁹ Jesús les contestó:

—¿Pueden acaso ayunar los invitados a la boda mientras el novio está con ellos? Mientras el novio está con ellos no tiene sentido que ayunen. ²⁰ Llegará un día en que el novio les será arrebatado. Entonces ayunarán.

²¹ Nadie cose un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo, porque lo añadido tirará de él, lo nuevo de lo viejo, y el rasgón se hará mayor.

²² Nadie echa tampoco vino nuevo en odres viejos, porque el vino reventará los odres, y se perderán vino y odres. El vino nuevo en odres nuevos.

* * *

Hay personas que viven una vida donde ha muerto la alegría, el gozo, el misterio. Para ellas todo es gris y penoso. El fuego de la vida se ha apagado. Ya no aspiran a grandes cosas. Se contentan con no pensar demasiado, no esperar demasiado. Son incapaces de vivir de manera gozosa. Su vida transcurre de manera trivial y cansada.

¿De dónde proceden ese cansancio y esa tristeza? En primer lugar, de pequeñas causas: demasiado trabajo, inseguridad, miedo a la enfermedad, decepciones, deseos imposibles. La vida está llena de problemas, frustraciones, contrariedades, que rompen nuestra seguridad y pequeña felicidad.

Pero, si tratamos de ahondar más en la verdadera raíz de esa tristeza que parece envolver y penetrar muchas existencias, descubriremos que en el interior de esas vidas hay soledad y vacío.

Cuando uno se siente vacío por dentro, necesita buscar por fuera algo que le ayude a vivir. Cuando uno no vive nada importante, necesita darse importancia y, si los demás no se la dan, se hunde en la frustración. Cuando uno no vive ninguna experiencia gozosa en su interior, necesita que alguien le excite desde fuera y, si no lo encuentra, queda triste y sin vida.

Hay en nuestra sociedad una tendencia a considerar como una ilusión «lo que brota del corazón». El mundo interior es sustituido por lo que está fuera, las cosas a nuestro alcance, los objetos que poseer.

Pero, cuando no se tiene vida interior, las cosas aburren, las conversaciones se convierten en charla insustancial, un torrente de palabras sin demasiado contenido. A la larga todo se va haciendo más gris y aburrido.

La alegría solo se descubre cuando se vive la vida desde dentro. Cuando el ser humano sabe dejarse habitar por el misterio. Cuando se abre a toda llamada que le invita al amor, la generosidad y la confianza.

¿Qué fe hemos vivido los cristianos para que a muchos les parezca algo triste, aburrido y penoso? ¿Con qué hemos confundido la presencia gozosa de Dios en nuestras vidas? ¿Cómo hemos empobrecido la vida alejada por el Espíritu del Resucitado?

Jesús nos recuerda una vez más con una imagen expresiva que la fe ha de vivirse como experiencia de gozo: los amigos del novio «no pueden ayunar mientras tienen al novio con ellos».

CONMOVERSE

MARCOS 2,23-3,6

IX TIEMPO ORDINARIO

²³ Un sábado pasaba Jesús por entre los sembrados, y sus discípulos comenzaron a arrancar espigas según pasaban. ²⁴ Los fariseos le dijeron:

—¿Te das cuenta de que hacen en sábado lo que no está permitido?

²⁵ Jesús les respondió:

—¿No habéis leído nunca lo que hizo David cuando tuvo necesidad y sintió hambre él y los que lo acompañaban?

²⁶ ¿Cómo entró en la casa de Dios en tiempos del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes de la ofrenda, que solo a los sacerdotes les era permitido comer, y se los dio además a los que iban con él?

²⁷ Y añadió:

—El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. ²⁸ Así que el Hijo del hombre también es señor del sábado.

¹ Entró de nuevo en la sinagoga y había allí un hombre que tenía la mano atrofiada. ² Lo estaban espiando para ver si lo curaba en sábado y tener así un motivo para acusarlo. ³ Jesús dijo entonces al hombre de la mano atrofiada:

—Levántate y ponte ahí en medio.

⁴ Y a ellos les preguntó:

—¿Qué está permitido en sábado: hacer el bien o hacer el mal; salvar una vida o destruirla?

Ellos permanecieron callados.

⁵ Mirándolos con indignación y apenado por la dureza de su corazón, dijo al hombre:

—Extiende la mano.

Él la extendió, y su mano quedó restablecida.

⁶ En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para planear el modo de acabar con él.

* * *

Los evangelistas emplean un verbo muy especial para expresar la reacción de Jesús ante el sufrimiento de las gentes que encuentra en su camino. De ordinario se suele traducir diciendo que Jesús «se compadece». Pero el significado literal del término griego sugiere algo más. A Jesús «le tiemblan las entrañas» cuando ve sufrir a alguien. No puede pasar de largo. Todo su ser se commueve.

Así reacciona cuando se le acerca un hombre destruido por la lepra, o cuando se encuentra, en la aldea de Naín, con una madre viuda a cuyo hijo llevan a enterrar, o cuando unos ciegos le piden en Jericó que abra sus ojos. En este relato de Marcos se nos dice que Jesús no puede celebrar la liturgia de la sinagoga sin hacer algo por un hombre que esté allí, entre los asistentes, con una mano paralizada.

Es fácil vivir sin conmovernos ante el sufrimiento ajeno y caminar por la vida sin advertir que estamos hablando con alguien que vive deprimido, que hemos saludado a una persona atrapada por el miedo y la ansiedad o que acabamos de despedir a un ser humano que está solo y desesperanzado. En una entrevista que le hicieron a Sigmund Freud, cuando el cáncer que acabó con él se le había manifestado, el padre del psicoanálisis decía así: «De vez en cuando tengo la satisfacción de estrechar una mano amiga. En un par de ocasiones he dado con un ser humano que casi llegaba a comprenderme. ¿Qué más se puede pedir?».

Ciertamente se puede pedir algo más, o al menos buscarlo. Pero es necesario no pasar de largo. Detenernos más ante cada persona. Llevar bien abiertos los ojos y mirar más despacio a quien sufre. Es tan fácil correr tras los propios intereses dando la espalda a quien nos resulta molesto.

Sin embargo, pocas cosas hay más grandes que estar junto a la persona que sufre, compartiendo su pena y desvalimiento. Incluso cuando no hay nada que hacer y todo parece perdido, la presencia cercana y amistosa aporta alivio y fuerza para vivir. Una escucha respetuosa y amable puede ayudar al que sufre a desahogarse. Una palabra dicha con tacto y ternura puede liberar de la soledad y abrir un horizonte nuevo.

Sé que puede parecer una ingenuidad hablar de estas cosas cuando se pretende reducir el comportamiento humano a una búsqueda del placer inmediato o cuando se predica el pragmatismo puro y duro como ideal supremo de vida, pero

¿podemos ser humanos sin conmovernos ante el sufrimiento de un semejante?

¿QUÉ ES MÁS SANO?

MARCOS 3,20-35

X TIEMPO ORDINARIO

²⁰ Volvió a casa, y de nuevo se reunió tanta gente que no podían ni comer. ²¹ Sus parientes, al enterarse, fueron para llevárselo, pues decían que estaba trastornado.

²² Los maestros de la Ley que habían bajado de Jerusalén decían:

—Tiene dentro a Belzebú.

Y añadían:

—Con el poder del príncipe de los demonios expulsa a los demonios.

²³ Jesús los llamó y les propuso estas comparaciones:

—¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? ²⁴ Si un reino está dividido contra sí mismo, ese reino no puede subsistir. ²⁵ Si una casa está dividida contra sí misma, esa casa no puede subsistir. ²⁶ Si Satanás se ha rebelado contra sí mismo y está dividido, no puede subsistir, sino que está llegando a su fin. ²⁷ Nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear su ajuar si primero no ata al fuerte; solo entonces podrá saquear su casa. ²⁸ Os aseguro que todo se les podrá perdonar a los hombres, los pecados y cualquier blasfemia que digan; ²⁹ pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás; será reo de pecado eterno.

³⁰ Decía esto porque lo acusaban de estar poseído por un espíritu inmundo.

³¹ Llegaron su madre y sus hermanos y, desde fuera, lo mandaron llamar. ³² La gente estaba sentada a su alrededor, y le dijeron:

—¡Oye! Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan.

³³ Jesús les respondió:

—¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?

³⁴ Y mirando entonces a los que estaban sentados a su alrededor, añadió:

—Estos son mi madre y mis hermanos.

³⁵ El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.

* * *

La cultura moderna exalta el valor de la salud física y mental, y dedica toda clase de esfuerzos para prevenir y combatir las enfermedades. Pero, al mismo tiempo, estamos construyendo entre todos una sociedad donde no es fácil vivir de modo sano.

Nunca ha estado la vida tan amenazada por el desequilibrio ecológico, la contaminación, el estrés o la depresión. Por otra parte, venimos fomentando un estilo de vida donde la falta de sentido, la carencia de valores, un cierto tipo de consumismo, la trivialización del sexo, la incomunicación y tantas otras frustraciones impiden a las personas crecer de manera sana.

Ya S. Freud, en su obra *El malestar en la cultura*, consideró la posibilidad de que una sociedad esté enferma en su conjunto y pueda padecer neurosis colectivas de las que tal vez pocos individuos sean conscientes. Puede incluso suceder que dentro de una sociedad enferma se considere precisamente enfermos a aquellos que están más sanos.

Algo de esto sucede con Jesús, de quien sus familiares piensan que «no está en sus cabales», mientras los letrados venidos de Jerusalén consideran que «tiene dentro a Belzebú».

En cualquier caso, hemos de afirmar que una sociedad es sana en la medida en que favorece el desarrollo sano de las personas. Cuando, por el contrario, las conduce a su vaciamiento interior, la fragmentación, la cosificación o disolución como seres humanos, hemos de decir que esa sociedad es, al menos en parte, patógena.

Por eso hemos de ser lo suficientemente lúcidos como para preguntarnos si no estamos cayendo en neurosis colectivas y conductas poco sanas sin apenas ser conscientes de ello.

¿Qué es más sano, dejarnos arrastrar por una vida de confort, comodidad y exceso que aletarga el espíritu y disminuye la creatividad de las personas o vivir de modo sobrio y moderado, sin caer en «la patología de la abundancia»?

¿Qué es más sano, seguir funcionando como «objetos» que giran por la vida sin

sentido, reduciéndola a un «sistema de deseos y satisfacciones», o construir la existencia día a día dándole un sentido último desde la fe? No olvidemos que Carl G. Jung se atrevió a considerar la neurosis como «el sufrimiento del alma que no ha encontrado su sentido».

¿Qué es más sano, llenar la vida de cosas, productos de moda, vestidos, bebidas, revistas y televisión o cuidar las necesidades más hondas y entrañables del ser humano en la relación de la pareja, en el hogar y en la convivencia social?

¿Qué es más sano, reprimir la dimensión religiosa vaciando de trascendencia nuestra vida o vivir desde una actitud de confianza en ese Dios «amigo de la vida» que solo quiere y busca la plenitud del ser humano?

CON HUMILDAD Y CONFIANZA

MARCOS 4,26-34

XI TIEMPO ORDINARIO

²⁶ Decía también [Jesús]:

—Sucede con el reino de Dios lo que con el grano que un hombre echa en la tierra. ²⁷ Duerma o vele, de noche o de día, el grano germina y crece sin que él sepa cómo. ²⁸ La tierra da fruto por sí misma: primero un tallo, luego espiga, después trigo abundante en la espiga.

²⁹ Y, cuando el fruto está a punto, enseguida se mete la hoz, porque ha llegado la siega.

³⁰ Proseguía diciendo:

—¿Con qué compararemos el reino de Dios o con qué parábola lo expondremos? ³¹ Sucede con él lo que con un grano de mostaza.

Cuando se siembra en la tierra,

es la más pequeña de todas las semillas.

³² Pero, una vez sembrada, crece, se hace mayor que cualquier hortaliza y echa ramas tan grandes que las aves del cielo pueden anidar a su sombra.

³³ Con muchas parábolas como estas Jesús les anunciaba el mensaje, acomodándose a su capacidad de entender. ³⁴ No les decía nada sin parábolas. A sus propios discípulos, sin embargo, se lo explicaba todo en privado.

* * *

A Jesús le preocupaba que sus seguidores terminaran un día desalentados al ver que sus esfuerzos por un mundo más humano y dichoso no obtenían el éxito esperado. ¿Olvidarían el reino de Dios? ¿Mantendrían su confianza en el Padre? Lo más importante es que no olviden nunca cómo han de trabajar.

Con ejemplos tomados de la experiencia de los campesinos de Galilea les anima a trabajar siempre con realismo, con paciencia y con una confianza grande. No es posible abrir caminos al reino de Dios de cualquier manera. Se tienen que fijar en cómo trabaja él.

Lo primero que han de saber es que su tarea es sembrar, no cosechar. No vivirán pendientes de los resultados. No les ha de preocupar la eficacia ni el éxito inmediato. Su atención se centrará en sembrar bien el Evangelio. Los colaboradores de Jesús han de ser sembradores. Nada más.

Después de siglos de expansión religiosa y gran poder social, los cristianos hemos de recuperar en la Iglesia el gesto humilde del sembrador. Olvidar la lógica del cosechador, que sale siempre a recoger frutos, y entrar en la lógica paciente del que siembra un futuro mejor.

Los comienzos de toda siembra siempre son humildes. Más todavía si se trata de sembrar el proyecto de Dios en el ser humano. La fuerza del Evangelio no es nunca algo espectacular o clamoroso. Según Jesús, es como sembrar algo tan pequeño e insignificante como «un grano de mostaza», que germina secretamente en el corazón de las personas.

Por eso el Evangelio solo se puede sembrar con fe. Es lo que Jesús quiere hacerles ver con sus pequeñas parábolas. El proyecto de Dios de hacer un mundo más humano lleva dentro una fuerza salvadora y transformadora que ya no depende del sembrador. Cuando la Buena Noticia de ese Dios penetra en una persona o en un grupo humano, allí comienza a crecer algo que a nosotros nos desborda.

En la Iglesia no sabemos cómo actuar en esta situación nueva e inédita, en medio de una sociedad cada vez más indiferente y nihilista. Nadie tiene la receta. Nadie sabe exactamente lo que hay que hacer. Lo que necesitamos es buscar caminos nuevos con la humildad y la confianza de Jesús.

Tarde o temprano, los cristianos sentiremos la necesidad de volver a lo esencial. Descubriremos que solo la fuerza de Jesús puede regenerar la fe en la sociedad deschristianizada de nuestros días. Entonces aprenderemos a sembrar con humildad el Evangelio como inicio de una fe renovada, no transmitida por nuestros esfuerzos pastorales, sino engendrada por él.

POR QUÉ TANTO MIEDO

MARCOS 4,35-41

XII TIEMPO ORDINARIO

³⁵ Aquel mismo día, al caer la tarde, les dijo [Jesús]:

—Pasemos a la otra orilla.

³⁶ Ellos dejaron a la gente y lo llevaron en la barca, tal como estaba. Otras barcas lo acompañaban. ³⁷ Se levantó entonces una fuerte borrasca y las olas se abalanzaban sobre la barca, de suerte que la barca estaba ya a punto de hundirse.

³⁸ Jesús estaba a popa, durmiendo sobre el cabezal, y lo despertaron, diciéndole:

—Maestro, ¿no te importa que perezcamos?

³⁹ Él se levantó, increpó al viento y dijo al lago:

—¡Cállate! ¡Enmudece!

El viento amainó y sobrevino una gran calma.

⁴⁰ Y a ellos les dijo:

—¿Por qué sois tan cobardes? ¿Todavía no tenéis fe?

⁴¹ Ellos se llenaron de un gran temor y se decían unos a otros:

—¿Quién es este, que hasta el viento y el lago le obedecen?

* * *

La barca en la que van Jesús y sus discípulos se ve atrapada por una de aquellas tormentas imprevistas y furiosas que se levantan en el lago de Galilea al atardecer de algunos días de calor. Marcos describe el episodio para despertar la fe de las comunidades cristianas, que viven momentos difíciles.

El relato no es una historia tranquilizadora para consolarnos a los cristianos de hoy con la promesa de una protección divina que permita a la Iglesia pasear tranquila a través de la historia. Es la llamada decisiva de Jesús para hacer con él la travesía en tiempos difíciles: «¿Por qué sois tan cobardes? ¿Todavía no

tenéis fe?».

Marcos prepara la escena desde el principio. Nos dice que era «al caer la tarde». Pronto caerán las tinieblas de la noche sobre el lago. Es Jesús quien toma la iniciativa de aquella extraña travesía: «Vamos a la otra orilla». La expresión no es nada inocente. Les invita a pasar juntos, en la misma barca, hacia otro mundo, más allá de lo conocido: la región pagana de la Decápolis.

De pronto se levanta un fuerte huracán, y las olas rompen contra la frágil embarcación, inundándola. La escena es patética: en la parte delantera, los discípulos luchando impotentes contra la tempestad; a popa, en un lugar algo más elevado, Jesús durmiendo tranquilamente sobre un cabezal.

Aterrorizados, los discípulos despiertan a Jesús. No captan la confianza de Jesús en el Padre. Lo único que ven en él es una increíble falta de interés por ellos. Se les ve llenos de miedo y nerviosismo: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?».

Jesús no se justifica. Se pone de pie y pronuncia una especie de exorcismo: el viento cesa de rugir y se hace una gran calma. Jesús aprovecha esa paz y silencio grandes para hacerles dos preguntas que hoy llegan hasta nosotros: «¿Por qué sois tan cobardes? ¿Todavía no tenéis fe?».

¿Qué nos está sucediendo a los cristianos? ¿Por qué son tantos nuestros miedos para afrontar estos tiempos cruciales y tan poca nuestra confianza en Jesús? ¿No es el miedo a hundirnos el que nos está bloqueando? ¿No es la búsqueda ciega de seguridad la que nos impide hacer una lectura más lúcida, responsable y confiada de estos tiempos? ¿Por qué nos resistimos a ver que Dios está conduciendo a la Iglesia hacia un futuro más fiel a Jesús y a su Evangelio? ¿Por qué buscamos seguridad en lo conocido y establecido en el pasado, y no escuchamos la llamada de Jesús a «pasar a la otra orilla» para sembrar humildemente su Buena Noticia en un mundo indiferente a Dios, pero tan necesitado de esperanza?

LA FE GRANDE DE UNA MUJER

MARCOS 5,21-43

XIII TIEMPO ORDINARIO

²¹ Al regresar Jesús, mucha gente se aglomeró junto a él a la orilla del lago.

²² Entonces llegó uno de los jefes de la sinagoga llamado Jairo. Al ver a Jesús,

se echó a sus pies ²³ y le suplicaba con insistencia, diciendo:

—Mi niña está agonizando; ven a poner las manos sobre ella para que se cure

y viva.

²⁴ Jesús se fue con él. Mucha gente lo seguía y lo estrujaba. ²⁵ Una mujer que padecía hemorragias desde hacía doce años, ²⁶ y que había sufrido mucho con los médicos y había gastado todo lo que tenía sin provecho alguno, yendo más bien a peor, ²⁷ oyó hablar de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto.

²⁸ Pues se decía: «Si logro tocar aunque solo sea sus vestidos, quedaré curada».

²⁹ Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y sintió que estaba curada del mal. ³⁰ Jesús se dio cuenta enseguida de la fuerza que había salido de él, se volvió en medio de la gente y preguntó:

—¿Quién ha tocado mi ropa?

³¹ Sus discípulos le replicaron:

—Ves que la gente te está estrujando,
y preguntas quién te ha tocado?

³² Pero él miraba alrededor a ver si descubría a la que lo había hecho. ³³ La mujer, entonces, asustada y temblorosa, sabiendo lo que le había pasado, se acercó, se postró ante él y le contó toda la verdad.

³⁴ Jesús le dijo:

—Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz

y queda curada de tu mal.

³⁵ Todavía estaba hablando cuando llegaron unos de casa del jefe de la sinagoga, diciendo:

—Tu hija ha muerto; no sigas molestando al Maestro.

³⁶ Pero Jesús, que oyó la noticia, dijo al jefe de la sinagoga:

—No temas; basta con que tengas fe.

³⁷ Y solo permitió que lo acompañaran Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago.

³⁸ Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y, al ver el alboroto, unos que lloraban y otros que daban grandes alaridos, ³⁹ entró y les dijo:

—¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no ha muerto; está dormida.

⁴⁰ Pero ellos se burlaban de él. Entonces Jesús echó fuera a todos, tomó consigo al padre de la niña, a la madre y a los que lo acompañaban, y entró a donde estaba la niña. ⁴¹ La tomó de la mano y le dijo:

—*Talitha, kum* (que significa: Niña, a ti te hablo, levántate).

⁴² La niña se levantó al instante y echó a andar, pues tenía doce años.

Ellos se quedaron atónitos. ⁴³ Y él les insistió mucho en que nadie se enterase de aquello, y les dijo que dieran de comer a la niña.

* * *

La escena es sorprendente. El evangelista Marcos presenta a una mujer desconocida como modelo de fe para las comunidades cristianas. De ella podrán aprender cómo buscar a Jesús con fe, cómo llegar a un contacto sanador con él y cómo encontrar en él la fuerza para iniciar una vida nueva, llena de paz y salud.

A diferencia de Jairo, identificado como «jefe de la sinagoga» y hombre importante en Cafarnaún, esta mujer no es nadie. Solo sabemos que padece una enfermedad secreta, típicamente femenina, que le impide vivir de manera sana su vida de mujer, esposa y madre.

Sufre mucho física y moralmente. Se ha arruinado buscando ayuda en los médicos, pero nadie la ha podido curar. Sin embargo se resiste a vivir para siempre como una mujer enferma. Está sola. Nadie la ayuda a acercarse a Jesús, pero ella sabrá encontrarse con él.

No espera pasivamente a que Jesús se le acerque y le imponga sus manos. Ella misma lo buscará. Irá superando todos los obstáculos. Hará todo lo que pueda y

sepa. Jesús comprenderá su deseo de una vida más sana. Confía plenamente en su fuerza sanadora.

La mujer no se contenta solo con ver a Jesús de lejos. Busca un contacto más directo y personal. Actúa con determinación, pero no de manera alocada. No quiere molestar a nadie. Se acerca por detrás, entre la gente, y le toca el manto. En ese gesto delicado se concreta y expresa su confianza total en Jesús.

Todo ha ocurrido en secreto, pero Jesús quiere que todos conozcan la fe grande de esta mujer. Cuando ella, asustada y temblorosa, confiesa lo que ha hecho, Jesús le dice: «Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud». Esta mujer, con su capacidad para buscar y acoger la salvación que se nos ofrece en Jesús, es un modelo de fe para todos nosotros.

¿Quién ayuda a las mujeres de nuestros días a encontrarse con Jesús? ¿Quién se esfuerza por comprender los obstáculos que encuentran en algunos sectores de la Iglesia actual para vivir su fe en Cristo «en paz y con salud»? ¿Quién valora la fe y los esfuerzos de las teólogas que, sin apenas apoyo y venciendo toda clase de resistencias y rechazos, trabajan sin descanso por abrir caminos que permitan a la mujer vivir con más dignidad en la Iglesia de Jesús?

Las mujeres no encuentran entre nosotros la acogida, la valoración y la comprensión que encontraban en Jesús. No sabemos mirarlas como las miraba él. Sin embargo, con frecuencia, ellas son también hoy las que con su fe en Jesús y su aliento evangélico sostienen la vida de no pocas comunidades cristianas.

RECHAZADO ENTRE LOS SUYOS

MARCOS 6,1-6

XIV TIEMPO ORDINARIO

¹ Salió [Jesús] de allí y fue a su pueblo, acompañado de sus discípulos.

² Cuando llegó el sábado se puso a enseñar en la sinagoga. La muchedumbre que lo escuchaba estaba admirada y decía:

—¿De dónde le viene a este todo esto? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros hechos por él? ³ ¿No es este el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿No están sus hermanas aquí entre nosotros?

Y los tenía desconcertados.

⁴ Jesús les dijo:

—Un profeta solo es despreciado en su tierra, entre sus parientes y en su casa.

⁵ Y no pudo hacer allí ningún milagro. Tan solo curó a unos pocos enfermos, imponiéndoles las manos. ⁶ Y estaba sorprendido de su falta de fe.

* * *

Jesús no es un sacerdote del Templo, ocupado en cuidar y promover la religión. Tampoco lo confunde nadie con un maestro de la Ley, dedicado a defender la Torá de Moisés. Los campesinos de Galilea ven en sus gestos curadores y en sus palabras de fuego la actuación de un profeta movido por el Espíritu de Dios.

Jesús sabe que le espera una vida difícil y conflictiva. Los dirigentes religiosos se le enfrentarán. Es el destino de todo profeta. No sospecha todavía que será rechazado precisamente entre los suyos, los que mejor lo conocen desde niño.

Al parecer, el rechazo de Jesús en su pueblo de Nazaret era muy comentado entre los primeros cristianos. Tres evangelistas recogen el episodio con todo detalle. Según Marcos, Jesús llega a Nazaret acompañado de discípulos y con

fama de profeta curador. Sus vecinos no saben qué pensar.

Al llegar el sábado, Jesús entra en la pequeña sinagoga del pueblo y «empieza a enseñar». Sus vecinos y familiares apenas le escuchan. Entre ellos nacen toda clase de preguntas. Conocen a Jesús desde niño: es un vecino más. ¿Dónde ha aprendido ese mensaje sorprendente del reino de Dios? ¿De quién ha recibido esa fuerza para curar? Marcos dice que Jesús «los tenía desconcertados». ¿Por qué?

Aquellos campesinos creen que lo saben todo de Jesús. Se han hecho una idea de él desde niño. En lugar de acogerlo tal como se presenta ante ellos quedan bloqueados por la imagen que tienen de él. Esa imagen les impide abrirse al misterio que se encierra en Jesús. Se resisten a descubrir en él la cercanía salvadora de Dios.

Pero hay algo más. Acogerlo como profeta significa estar dispuestos a escuchar el mensaje que les dirige en nombre de Dios. Y esto puede traerles problemas. Ellos tienen su sinagoga, sus libros sagrados y sus tradiciones. Viven con paz su religión. La presencia profética de Jesús puede romper la tranquilidad de la aldea.

Los cristianos tenemos imágenes bastante diferentes de Jesús. No todas coinciden con la que tenían quienes lo conocieron de cerca y lo siguieron. Cada uno nos hace nuestra idea de él. Esta imagen condiciona nuestra forma de vivir la fe. Si nuestra imagen de Jesús es pobre, parcial o distorsionada, nuestra fe será pobre, parcial o distorsionada.

¿Por qué nos esforzamos tan poco en conocer a Jesús? ¿Por qué nos escandaliza recordar sus rasgos humanos? ¿Por qué nos resistimos a confesar que Dios se ha encarnado en un Profeta? ¿Intuimos tal vez que su vida profética nos obligaría a transformar profundamente nuestras comunidades y nuestra vida?

NUEVA ETAPA EVANGELIZADORA

MARCOS 6,7-13

XV TIEMPO ORDINARIO

⁷ Llamó [Jesús] a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos. ⁸ Les ordenó que no tomaran nada para el camino, excepto un bastón. Ni pan, ni zurrón, ni dinero en la faja. ⁹ Que calzaran sandalias, pero que no llevaran dos túnicas. ¹⁰ Les dijo además:

—Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta que os marchéis de aquel lugar. ¹¹ Si en algún sitio no os reciben ni os escuchan, salid de allí y sacudid el polvo de la planta de vuestros pies, como testimonio contra ellos.

¹² Ellos marcharon y predicaban la conversión. ¹³ Expulsaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban.

* * *

El papa Francisco nos está llamando a una «nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría de Jesús». ¿En qué puede consistir? ¿Dónde puede estar su novedad? ¿Qué hemos de cambiar? ¿Cuál fue realmente la intención de Jesús al enviar a sus discípulos a prolongar su tarea evangelizadora?

El relato de Marcos deja claro que solo Jesús es la fuente, el inspirador y el modelo de la acción evangelizadora de sus seguidores. No harán nada en nombre propio. Son «enviados» de Jesús. No se predicarán a sí mismos: solo anunciarán su Evangelio. No tendrán otros intereses: solo se dedicarán a abrir caminos al reino de Dios.

La única manera de impulsar una «nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría de Jesús» es purificar e intensificar esta vinculación con Jesús. No habrá nueva evangelización si no hay nuevos evangelizadores, y no habrá nuevos evangelizadores si no hay un contacto más vivo, lúcido y apasionado con Jesús.

Sin él haremos todo menos introducir su Espíritu en el mundo.

Al enviarlos, Jesús no deja a sus discípulos abandonados a sus fuerzas. Les da su «poder», que no es un poder para controlar, gobernar o dominar a los demás, sino su fuerza para «expulsar espíritus inmundos», liberando a las personas de lo que las esclaviza, opriime y deshumaniza.

Los discípulos saben muy bien qué les encarga Jesús. Nunca lo han visto gobernando a nadie. Siempre lo han conocido curando heridas, aliviando el sufrimiento, regenerando vidas, liberando de miedos, contagiando confianza en Dios. «Curar» y «liberar» son tareas prioritarias en la actuación de Jesús. Darían un rostro radicalmente diferente a nuestra evangelización.

Jesús los envía con lo necesario para caminar. Según Marcos, solo llevarán bastón, sandalias y una túnica. No necesitan de más para ser testigos de lo esencial. Jesús los quiere ver libres y sin ataduras; siempre disponibles, sin instalarse en el bienestar; confiando en la fuerza del Evangelio.

Sin recuperar este estilo evangélico no hay «nueva etapa evangelizadora». Lo importante no es poner en marcha nuevas actividades y estrategias, sino desprendernos de costumbres, estructuras y servidumbres que nos están impidiendo ser libres para contagiar lo esencial del Evangelio con verdad y sencillez.

En la Iglesia hemos perdido ese estilo itinerante que sugiere Jesús. Su caminar es lento y pesado. No sabemos acompañar a la humanidad. No tenemos agilidad para pasar de una cultura ya pasada a la cultura actual. Nos agarramos al poder que hemos tenido. Nos enredamos en intereses que no coinciden con el reino de Dios. Necesitamos conversión.

LA MIRADA DE JESÚS

MARCOS 6,30-34

XVI TIEMPO ORDINARIO

³⁰ Los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. ³¹ Él les dijo:

—Venid vosotros solos a un lugar solitario, para descansar un poco. Porque eran tantos los que iban y venían que no tenían ni tiempo para comer.

³² Se fueron en la barca, ellos solos, a un lugar despoblado. ³³ Pero los vieron marchar y muchos los reconocieron y corrieron allá, a pie, de todos los pueblos, llegando incluso antes que ellos. ³⁴ Al desembarcar vio Jesús un gran gentío, sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas.

* * *

Marcos describe con todo detalle la situación. Jesús se dirige en barca con sus discípulos hacia un lugar tranquilo y retirado. Quiere escucharles con calma, pues han vuelto cansados de su primera correría evangelizadora y desean compartir su experiencia con el Profeta que los ha enviado.

El propósito de Jesús queda frustrado. La gente descubre su intención y se le adelanta corriendo por la orilla. Cuando llegan al lugar, se encuentran con una multitud venida de todas las aldeas del entorno. ¿Cómo reaccionará Jesús?

Marcos describe gráficamente su actuación: los discípulos han de aprender a tratar a la gente; en las comunidades cristianas se ha de recordar cómo era Jesús con esas personas perdidas en el anonimato, de las que nadie se preocupa. «Al desembarcar, Jesús vio un gran gentío, sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas».

Lo primero que destaca el evangelista es la mirada de Jesús. No se irrita porque hayan interrumpido sus planes. Los mira detenidamente y se commueve.

Nunca le molesta la gente. Su corazón intuye la desorientación y el abandono en que se encuentran los campesinos de aquellas aldeas.

En la Iglesia hemos de aprender a mirar a la gente como la miraba Jesús: captando el sufrimiento, la soledad, el desconcierto o el abandono que sufren muchos. La compasión no brota de la atención a las normas o el recuerdo de nuestras obligaciones. Se despierta en nosotros cuando miramos atentamente a los que sufren.

Desde esa mirada, Jesús descubre la necesidad más profunda de aquellas gentes: andan «como ovejas sin pastor». La enseñanza que reciben de los letrados de la Ley no les ofrece el alimento que necesitan. Viven sin que nadie cuide realmente de ellas. No tienen un pastor que las guíe y las defienda.

Movido por su compasión, Jesús «se pone a enseñarles muchas cosas». Con calma, sin prisas, se dedica pacientemente a enseñarles la Buena Noticia de Dios. No lo hace por obligación. No piensa en sí mismo. Les comunica la Palabra de Dios, conmovido por la necesidad que tienen de un pastor.

No podemos permanecer indiferentes ante tanta gente que, dentro de nuestras comunidades cristianas, anda buscando un alimento más sólido que el que recibe. No hemos de aceptar como normal la desorientación religiosa dentro de la Iglesia. Hemos de reaccionar de manera lúcida y responsable. No pocos cristianos buscan ser mejor alimentados. Necesitan pastores que les transmitan el mensaje de Jesús.

EL GESTO DE UN JOVEN

JUAN 6,1-15

XVII TIEMPO ORDINARIO

¹ Algún tiempo después, Jesús pasó al otro lado del lago de Tiberíades.

² Lo seguía mucha gente, porque veían los signos que hacía con los enfermos. ³ Jesús subió a un monte y se sentó allí con sus discípulos.

⁴ Estaba próxima la fiesta judía de la Pascua. ⁵ Al ver aquella muchedumbre, Jesús dijo a Felipe:

—¿Dónde podríamos comprar pan para dar de comer a todos estos?

⁶ Dijo esto para ver su reacción, pues él ya sabía lo que iba a hacer. ⁷ Felipe le contestó:

—Con doscientos denarios no compraríamos bastante para que a cada uno de ellos le alcanzase un poco.

⁸ Entonces intervino otro de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, diciendo:

⁹ —Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tanta gente?

¹⁰ Jesús mandó que se sentaran todos, pues había mucha hierba en aquel lugar. Eran unos cinco mil hombres. ¹¹ Luego tomó los panes y, después de haber dado gracias a Dios, los distribuyó entre todos. Hizo lo mismo con los peces y les dio todo lo que quisieron. ¹² Cuando quedaron satisfechos, Jesús dijo a sus discípulos:

—Recoged lo que ha sobrado, para que no se pierda nada.

¹³ Lo hicieron así, y con lo que sobró de los cinco panes llenaron doce cestos.

¹⁴ Cuando la gente vio aquel signo, exclamó:

—Este hombre tiene que ser el profeta que debía venir al mundo.

¹⁵ Jesús se dio cuenta de que pretendían proclamarlo rey. Entonces se retiró de nuevo al monte, él solo.

* * *

De todos los hechos realizados por Jesús durante su actividad profética, el más recordado por las primeras comunidades cristianas fue seguramente una comida multitudinaria organizada por él en medio del campo, en las cercanías del lago de Galilea. Es el único episodio recogido en todos los evangelios.

El contenido del relato es de una gran riqueza. Siguiendo su costumbre, el evangelio de Juan no lo llama «milagro», sino «signo». Con ello nos invita a no quedarnos en los hechos que se narran, sino a descubrir desde la fe un sentido más profundo.

Jesús ocupa el lugar central. Nadie le pide que intervenga. Es él mismo quien intuye el hambre de aquella gente y plantea la necesidad de alimentarla. Es conmovedor saber que Jesús no solo alimentaba a la gente con la Buena Noticia de Dios, sino que le preocupaba también el hambre de sus hijos.

¿Cómo alimentar en medio del campo a una muchedumbre? Los discípulos no encuentran ninguna solución. Felipe dice que no se puede pensar en comprar pan, pues no tienen dinero. Andrés piensa que se podría compartir lo que hay, pero solo un muchacho tiene cinco panes y un par de peces. ¿Qué es eso para tantos?

Para Jesús es suficiente. Ese joven sin nombre ni rostro va a hacer posible lo que parece imposible. Su disponibilidad para compartir todo lo que tiene es el camino para alimentar a aquellas gentes. Jesús hará lo demás. Toma en sus manos los panes del joven, da gracias a Dios y comienza a «distribuirlos» entre todos.

La escena es fascinante. Una muchedumbre, sentada sobre la hierba verde del campo, compartiendo una comida gratuita un día de primavera. No es un banquete de ricos. No hay vino ni carne. Es la comida sencilla de la gente que vive junto al lago: pan de cebada y pescado en salazón. Una comida fraterna servida por Jesús a todos gracias al gesto generoso de un joven.

Esta comida compartida era para los primeros cristianos un símbolo atractivo de la comunidad nacida de Jesús para construir una humanidad nueva y fraterna. Les evocaba al mismo tiempo la eucaristía que celebraban el día del Señor para alimentarse del espíritu y la fuerza de Jesús: el Pan vivo venido de Dios.

Pero nunca olvidaron el gesto del joven. Si hay hambre en el mundo, no es por escasez de alimentos, sino por falta de solidaridad. Hay pan para todos, falta generosidad para compartirlo. Hemos dejado la marcha del mundo en manos de

un poder económico inhumano, nos da miedo compartir lo que tenemos, y la gente se muere de hambre por nuestro egoísmo irracional.

PAN DE VIDA ETERNA

JUAN 6,24-35

XVIII TIEMPO ORDINARIO

²⁴ Cuando se dieron cuenta de que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, subieron a las barcas y se dirigieron a Cafarnaún en busca de Jesús. ²⁵ Lo encontraron al otro lado y le dijeron:

—Maestro, ¿cuándo has llegado aquí?

²⁶ Jesús les contestó:

—Os aseguro que no me buscáis por los signos que habéis visto, sino porque comisteis pan hasta saciaros. ²⁷ Esforzaos no por conseguir el alimento transitorio, sino por el permanente, el que da la vida eterna. Este alimento os lo dará el Hijo del hombre, porque Dios, el Padre, lo ha acreditado con su sello.

²⁸ Entonces ellos le preguntaron:

—¿Qué debemos hacer para actuar como Dios quiere?

²⁹ Jesús respondió:

—Lo que Dios espera de vosotros es que creáis en aquel que él ha enviado.

³⁰ Ellos replicaron:

—¿Qué señal puedes ofrecernos para que, al verla, te creamos? ¿Cuál es tu obra?

³¹ Nuestros antepasados comieron el maná en el desierto, como dice la Escritura: «Les dio a comer pan del cielo».

³² Jesús les respondió:

—Os aseguro que no fue Moisés quien os dio el pan del cielo. Es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. ³³ El pan de Dios viene del cielo y da la vida al mundo.

³⁴ Entonces le dijeron:

—Señor, danos siempre de ese pan.

³⁵ Jesús les contestó:

—Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no volverá a tener hambre; el que cree en mí nunca tendrá sed.

* * *

¿Por qué seguir interesándonos por Jesús después de veinte siglos? ¿Qué podemos esperar de él? ¿Qué nos puede aportar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo? ¿Nos va a resolver acaso los problemas del mundo actual? El evangelio de Juan habla de un diálogo de gran interés que Jesús mantiene con una muchedumbre a orillas del lago Galilea.

El día anterior han compartido con Jesús una comida sorprendente y gratuita. Han comido pan hasta saciarse. ¿Cómo lo van a dejar marchar? Lo que buscan es que Jesús repita su gesto y los vuelva a alimentar gratis. No piensan en otra cosa.

Jesús los desconcierta con un planteamiento inesperado: «Esforzaos no por conseguir el alimento transitorio, sino por el permanente, el que da la vida eterna». Pero ¿cómo no preocuparnos por el pan de cada día? El pan es indispensable para vivir. Lo necesitamos y debemos trabajar para que nunca le falte a nadie. Jesús lo sabe. El pan es lo primero. Sin comer no podemos subsistir. Por eso se preocupa tanto de los hambrientos y mendigos, que no reciben de los ricos ni las migajas que caen de su mesa. Por eso maldice a los terratenientes insensatos que almacenan el grano sin pensar en los pobres. Por eso enseña a sus seguidores a pedir cada día al Padre pan para todos sus hijos.

Pero Jesús quiere despertar en ellos un hambre diferente. Les habla de un pan que no sacia solo el hambre de un día, sino el hambre y la sed de vida que hay en el ser humano. No lo hemos de olvidar. En nosotros hay un hambre de justicia para todos, un hambre de libertad, de paz, de verdad. Jesús se presenta como ese Pan que nos viene del Padre no para hartarnos de comida, sino «para dar vida al mundo».

Este Pan venido de Dios «da la vida eterna». Los alimentos que comemos cada día nos mantienen vivos durante años, pero llega un momento en que no pueden defendernos de la muerte. Es inútil que sigamos comiendo. No nos pueden dar vida más allá de la muerte.

Jesús se presenta como «Pan de vida eterna». Cada uno ha de decidir cómo quiere vivir y cómo quiere morir. Pero quienes nos llamamos seguidores tuyos hemos de saber que creer en Cristo es alimentar en nosotros una fuerza imperecedera, empezar a vivir algo que no acabará en nuestra muerte.

Sencillamente, seguir a Jesús es entrar en el misterio de la muerte sostenidos por su fuerza resucitadora.

Al escuchar sus palabras, aquellas gentes de Cafarnaún le gritan desde lo hondo de su corazón: «Señor, danos siempre de ese pan». Desde nuestra fe vacilante, a veces nosotros no nos atrevemos a pedir algo semejante. Quizá solo nos preocupa la comida de cada día. Y a veces solo la nuestra.

ATRAÍDOS POR EL PADRE HACIA JESÚS

JUAN 6,41-50

XIX TIEMPO ORDINARIO

⁴¹ Los judíos comenzaron a murmurar de él, porque había dicho: «Yo soy el pan que ha bajado del cielo». ⁴² Decían:

—Este es Jesús, el hijo de José. Conocemos a su padre y a su madre. ¿Cómo se atreve a decir que ha bajado del cielo?

⁴³ Jesús replicó:

—No sigáis murmurando. ⁴⁴ Nadie puede aceptarme si el Padre, que me envió, no se lo concede; y yo lo resucitaré el último día. ⁴⁵ Está escrito en los profetas: «Y serán todos instruidos por Dios». Todo el que escucha al Padre y recibe su enseñanza me acepta a mí. ⁴⁶ Esto no significa que alguien haya visto al Padre. Solamente aquel que ha venido de Dios ha visto al Padre.

⁴⁷ Os aseguro que el que cree tiene vida eterna. ⁴⁸ Yo soy el pan de la vida.

⁴⁹ Vuestros padres comieron el maná en el desierto y, sin embargo, murieron. ⁵⁰ Este es el pan del cielo, y ha bajado para que quien lo coma no muera.

* * *

Según el relato de Juan, Jesús repite cada vez de manera más abierta que viene de Dios para ofrecer a todos un alimento que da vida eterna. La gente no puede seguir escuchando algo tan escandaloso sin reaccionar. Conocen a sus padres. ¿Cómo puede decir que viene de Dios?

A nadie nos puede sorprender su reacción. ¿Es razonable creer en Jesucristo? ¿Cómo podemos creer que en ese hombre concreto, nacido poco antes de morir Herodes el Grande y conocido por su actividad profética en la Galilea de los años treinta, se ha encarnado el Misterio insondable de Dios?

Jesús no responde a sus objeciones. Va directamente a la raíz de su incredulidad: «No sigáis murmurando». Es un error resistirse a la novedad radical de su persona obstinándose en pensar que ya saben todo acerca de su verdadera identidad. Les indicará el camino que pueden seguir.

Jesús presupone que nadie puede creer en él si no se siente atraído por su persona. Es cierto. Tal vez, desde nuestra cultura, lo entendemos hoy mejor. No nos resulta fácil creer en doctrinas o ideologías. La fe y la confianza se despiertan en nosotros cuando nos sentimos atraídos por alguien que nos hace bien y nos ayuda a vivir.

Pero Jesús les advierte de algo muy importante: «Nadie puede aceptarme si el Padre, que me ha enviado, no se lo concede». La atracción hacia Jesús la produce Dios mismo. El Padre que lo ha enviado al mundo despierta nuestro corazón para que nos acerquemos a Jesús con gozo y confianza, superando dudas y resistencias.

Por eso hemos de escuchar la voz de Dios en nuestro corazón y dejarnos conducir por él hacia Jesús. Dejarnos enseñar dócilmente por ese Padre, Creador de la vida y Amigo del ser humano: «Todo el que escucha al Padre y recibe su enseñanza me acepta a mí».

La afirmación de Jesús resulta revolucionaria para aquellos judíos. La tradición bíblica decía que el ser humano escucha en su corazón la llamada de Dios a cumplir fielmente la Ley. El profeta Jeremías había proclamado así la promesa de Dios: «Yo pondré mi Ley dentro de vosotros y la escribiré en vuestro corazón».

Las palabras de Jesús nos invitan a vivir una experiencia diferente. La conciencia no es solo el lugar recóndito y privilegiado en el que podemos escuchar la Ley de Dios. Si en lo íntimo de nuestro ser nos sentimos atraídos por lo bueno, lo hermoso, lo noble, lo que hace bien al ser humano, lo que construye un mundo mejor, fácilmente nos sentiremos invitados por Dios a sintonizar con Jesús.

ALIMENTARNOS DE JESÚS

JUAN 6,51-58

XX TIEMPO ORDINARIO

⁵¹ Jesús añadió:

—Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que come de este pan vivirá siempre. Y el pan que yo daré es mi carne. Yo la doy para la vida del mundo.

⁵² Esto suscitó una fuerte discusión entre los judíos, los cuales se preguntaban:

—¿Cómo puede este darnos a comer su carne?

⁵³ Jesús les dijo:

—Yo os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. ⁵⁴ El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día. ⁵⁵ Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. ⁵⁶ El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. ⁵⁷ El Padre, que me ha enviado, posee la vida, y yo vivo por él. Así también el que me coma vivirá por mí. ⁵⁸ Este es el pan que ha bajado del cielo; no como el pan que comieron vuestros antepasados. Ellos murieron; pero el que coma de este pan vivirá para siempre.

* * *

Según el relato de Juan, una vez más los judíos, incapaces de ir más allá de lo físico y material, interrumpen a Jesús, escandalizados por el lenguaje agresivo que emplea: «¿Cómo puede este darnos a comer su carne?». Jesús no retira su afirmación, sino que da a sus palabras un contenido más profundo.

El núcleo de su exposición nos permite adentrarnos en la experiencia que vivían las primeras comunidades cristianas al celebrar la eucaristía. Según Jesús, los discípulos no solo han de creer en él, sino que han de alimentarse y nutrir su

vida de su misma persona. La eucaristía es una experiencia central en los seguidores de Jesús.

Las palabras que siguen no hacen sino destacar su carácter fundamental e indispensable: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida». Si los discípulos no se alimentan de él, podrán hacer y decir muchas cosas, pero no han de olvidar sus palabras: «No tendréis vida en vosotros». Para tener vida dentro de nosotros necesitamos alimentarnos de Jesús, nutrirnos de su aliento vital, interiorizar sus actitudes y sus criterios de vida. Este es el secreto y la fuerza de la eucaristía. Solo lo conocen aquellos que comulgan con él y se alimentan de su pasión por el Padre y de su amor a sus hijos.

El lenguaje de Jesús es de gran fuerza expresiva. A quien sabe alimentarse de él le hace esta promesa: «Ese habita en mí y yo en él». Quien se nutre de la eucaristía experimenta que su relación con Jesús no es algo externo. Jesús no es modelo de vida que imitamos desde fuera. Alimenta nuestra vida desde dentro.

Esta experiencia de «habitar» en Jesús y dejar que Jesús «habite» en nosotros puede transformar de raíz nuestra fe. Ese intercambio mutuo, esta comunión estrecha, difícil de expresar con palabras, constituye la verdadera relación del discípulo con Jesús. Esto es seguirlo sostenidos por su fuerza vital.

La vida que Jesús transmite a sus discípulos en la eucaristía es la que él mismo recibe del Padre, que es Fuente inagotable de vida plena. Una vida que no se extingue con nuestra muerte biológica. Por eso se atreve Jesús a hacer esta promesa a los suyos: «El que coma de este pan vivirá para siempre».

Sin duda, el signo más grave de la crisis de la fe cristiana entre nosotros es el abandono tan generalizado de la eucaristía dominical. Para quien ama a Jesús es doloroso observar cómo la eucaristía va perdiendo su poder de atracción. Pero es más doloroso aún ver que desde la Iglesia asistimos a este hecho sin atrevernos a reaccionar. ¿Por qué?

PREGUNTA DECISIVA

JUAN 6,60-69

XXI TIEMPO ORDINARIO

⁶⁰ Muchos de sus discípulos, al oír a Jesús, dijeron:

—Esta doctrina es inadmisible. ¿Quién puede aceptarla?

⁶¹ Jesús, sabiendo que sus discípulos criticaban su enseñanza, les preguntó:

—¿Os resulta difícil aceptar esto? ⁶² ¿Qué ocurriría si vieseis al Hijo del hombre subir a donde estaba antes? ⁶³ El Espíritu es quien da la vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. ⁶⁴ Pero algunos de vosotros no creen.

Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién lo iba a entregar. ⁶⁵ Y añadió:

—Por eso os dije que nadie puede aceptarme si el Padre no se lo concede.

⁶⁶ Desde entonces, muchos de sus discípulos se retiraron y ya no iban con él.

⁶⁷ Jesús preguntó a los Doce:

—¿También vosotros queréis marcharos?

⁶⁸ Simón Pedro le respondió:

—Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna. ⁶⁹ Nosotros creemos
y sabemos que tú eres el Santo de Dios.

* * *

El evangelio de Juan ha conservado el recuerdo de una fuerte crisis entre los seguidores de Jesús. No tenemos apenas datos. Solo se nos dice que a los discípulos les resulta duro su modo de hablar. Probablemente les parece excesiva la adhesión que reclama de ellos. En un determinado momento, «muchos

discípulos se retiraron y ya no iban con él».

Por primera vez experimenta Jesús que sus palabras no tienen la fuerza deseada. Sin embargo no las retira, sino que se reafirma más: «Las palabras que os he dicho son espíritu y vida, pero algunos de vosotros no creen». Sus palabras parecen duras, pero transmiten vida, hacen vivir, pues contienen Espíritu de Dios.

Jesús no pierde la paz. No le inquieta el fracaso. Dirigiéndose a los Doce les hace la pregunta decisiva: «¿También vosotros queréis marcharos?». No los quiere retener por la fuerza. Les deja la libertad de decidir. Sus discípulos no han de ser siervos, sino amigos. Si quieren, pueden volver a sus casas.

Una vez más, Pedro responde en nombre de todos. Su respuesta es ejemplar. Sincera, humilde, sensata, propia de un discípulo que conoce a Jesús lo suficiente como para no abandonarlo. Su actitud puede todavía hoy ayudar a quienes con facilidad se plantean prescindir de toda fe.

«Señor, ¿a quién iríamos?». No tiene sentido abandonar a Jesús de cualquier manera, sin haber encontrado un maestro mejor y más convincente. Si no siguen a Jesús, se quedarán sin saber a quién seguir. No han de precipitarse. No es bueno quedarse sin luz ni guía en la vida.

Pedro es realista. ¿Es bueno abandonar a Jesús sin haber encontrado una esperanza más convincente y atractiva? ¿Basta sustituirlo por un estilo de vida rebajada, sin apenas metas ni horizonte? ¿Es mejor vivir sin preguntas, planteamientos ni búsqueda de ninguna clase?

Hay algo que Pedro no olvida: «Tus palabras dan vida eterna». Siente que las palabras de Jesús no son palabras vacías ni engañosas. Junto a él han descubierto la vida de otra manera. Su mensaje les ha abierto a la vida eterna. ¿Dónde podrían encontrar una noticia mejor de Dios?

Pedro recuerda, por último, la experiencia fundamental. Al convivir con Jesús ha descubierto que viene del misterio de Dios. Desde lejos, a distancia, desde la indiferencia o el desinterés no se puede reconocer el misterio que se encierra en Jesús. Los Doce lo han tratado de cerca. Por eso pueden decir: «Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios». Seguirán junto a Jesús.

LA QUEJA DE DIOS

MARCOS 7,1-8.14-15.21-23

XXII TIEMPO ORDINARIO

¹ Los fariseos y algunos maestros de la Ley procedentes de Jerusalén se acercaron a Jesús ² y observaron que algunos de sus discípulos comían con manos impuras, es decir, sin lavárselas. ³ (Es de saber que los fariseos y los judíos en general no comen sin antes haberse lavado las manos meticulosamente, aferrándose a la tradición de sus antepasados; ⁴ y al volver de la plaza, si no se lavan, no comen; y observan por tradición otras muchas costumbres, como la purificación de vasos, jarros y bandejas.) ⁵ Así que los fariseos y los maestros de la Ley le preguntaron:

—¿Por qué tus discípulos no proceden conforme a la tradición de los antepasados, sino que comen con manos impuras?

⁶ Jesús les contestó:

—Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según está escrito:
«Este pueblo me honra con los labios,
pero su corazón está lejos de mí.

⁷ En vano me dan culto,
enseñando doctrinas
que son preceptos humanos».

⁸ Vosotros dejáis a un lado el mandamiento de Dios y os aferráis a la tradición de los hombres.

¹⁴ Y llamando de nuevo a la gente les dijo:

—Escuchadme todos y entended esto:

¹⁵ nada de lo que entra en el hombre puede mancharlo. Lo que sale de dentro es lo que contamina al hombre.

²¹ Porque es de dentro, del corazón de los hombres, de donde salen los malos pensamientos, fornicaciones, robos, homicidios, ²² adulterios, codicias, perversidades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, soberbia e

insensatez.²³ Todas estas maldades salen de dentro y manchan al hombre.

* * *

Un grupo de fariseos de Galilea se acerca a Jesús en actitud crítica. No vienen solos. Les acompañan algunos escribas venidos de Jerusalén, preocupados sin duda por defender la ortodoxia de los sencillos campesinos de las aldeas. La actuación de Jesús es peligrosa. Conviene corregirla.

Han observado que, en algunos aspectos, sus discípulos no siguen la tradición de los mayores. Aunque hablan del comportamiento de los discípulos, su pregunta se dirige a Jesús, pues saben que es él quien les ha enseñado a vivir con aquella libertad sorprendente. ¿Por qué?

Jesús les responde con unas palabras del profeta Isaías que iluminan muy bien su mensaje y su actuación. Estas palabras con las que Jesús se identifica totalmente hemos de escucharlas con atención, pues tocan algo muy fundamental de nuestra religión. Según el profeta de Israel, esta es la queja de Dios.

«Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí». Este es siempre el riesgo de toda religión: dar culto a Dios con los labios, repitiendo fórmulas, recitando salmos, pronunciando palabras hermosas, mientras nuestro corazón «está lejos de él». Sin embargo, el culto que agrada a Dios nace del corazón, de la adhesión interior, de ese centro íntimo de la persona de donde nacen nuestras decisiones y proyectos.

Cuando nuestro corazón está lejos de Dios, nuestro culto queda sin contenido. Le falta la vida, la escucha sincera de la Palabra de Dios, el amor al hermano. La religión se convierte en algo exterior que se practica por costumbre, pero en la que faltan los frutos de una vida fiel a Dios.

La doctrina que enseñan los escribas son preceptos humanos. En toda religión hay tradiciones que son «humanas». Normas, costumbre, devociones que han nacido para vivir la religiosidad en una determinada cultura. Pueden hacer mucho bien. Pero hacen mucho daño cuando nos distraen y alejan de lo que Dios espera de nosotros. Nunca han de tener primacía.

Al terminar la cita del profeta Isaías, Jesús resume su pensamiento con unas palabras muy graves: «Vosotros dejáis de lado el mandamiento de Dios para aferrarnos a la tradición de los hombres». Cuando nos aferramos ciegamente a tradiciones humanas, corremos el riesgo de olvidar el mandato del amor y desviarnos del seguimiento a Jesús, Palabra encarnada de Dios. En la religión

cristiana, lo primero es siempre Jesús y su llamada al amor. Solo después vienen nuestras tradiciones humanas, por muy importantes que nos puedan parecer. No hemos de olvidar nunca lo esencial.

CURAR LA SORDERA

MARCOS 7,31-37

XXIII TIEMPO ORDINARIO

³¹ Dejó [Jesús] el territorio de Tiro y marchó de nuevo, por Sidón, hacia el lago de Galilea, atravesando el territorio de la Decápolis. ³² Le llevaron un hombre que era sordo y apenas podía hablar, y le suplicaban que le impusiera la mano.

³³ Jesús lo apartó de la gente y, a solas con él, le metió los dedos en los oídos y le tocó la lengua con saliva. ³⁴ Luego, levantando los ojos al cielo, suspiró y le dijo:

—*Effatá* (que significa: Ábrete).

³⁵ Y al momento se le abrieron sus oídos, se le soltó la traba de la lengua y comenzó a hablar correctamente. ³⁶ Él les mandó que no se lo dijeran a nadie; pero, cuanto más insistía, más lo pregonaban. ³⁷ Y en el colmo de la admiración decían:

—Todo lo ha hecho bien. Hace oír a los sordos y hablar a los mudos.

* * *

La curación de un sordomudo en la región pagana de Sidón está narrada por Marcos con una intención claramente pedagógica. Es un enfermo muy especial. Ni oye ni habla. Vive encerrado en sí mismo, sin comunicarse con nadie. No se entera de que Jesús está pasando cerca de él. Son otros los que lo llevan hasta el Profeta.

También la actuación de Jesús es especial. No impone sus manos sobre él como le han pedido, sino que lo toma aparte y lo lleva a un lugar retirado de la gente. Allí trabaja intensamente, primero sus oídos y luego su lengua. Quiere que el enfermo sienta su contacto curador. Solo un encuentro profundo con Jesús podrá

curarlo de una sordera tan tenaz.

Al parecer, no es suficiente todo aquel esfuerzo. La sordera se resiste. Entonces Jesús acude al Padre, fuente de toda salvación: mirando al cielo, suspira y grita al enfermo una sola palabra: *Effatá*, es decir, «Ábrete». Esta es la única palabra que pronuncia Jesús en todo el relato. No está dirigida a los oídos del sordo, sino a su corazón.

Sin duda, Marcos quiere que esta palabra de Jesús resuene con fuerza en las comunidades cristianas que leerán su relato. Conoce bien lo fácil que es vivir sordos a la Palabra de Dios. También hoy hay cristianos que no se abren a la Buena Noticia de Jesús ni hablan a nadie de su fe. Comunidades sordomudas que escuchan poco el Evangelio y lo comunican mal.

Tal vez uno de los pecados más graves de los cristianos de hoy es esta sordera. No nos detenemos a escuchar el Evangelio de Jesús. No vivimos con el corazón abierto para acoger sus palabras. Por eso no sabemos escuchar con paciencia y compasión a tantos que sufren sin recibir apenas el cariño ni la atención de nadie.

A veces se diría que la Iglesia, nacida de Jesús para anunciar su Buena Noticia, va haciendo su propio camino, olvidada con frecuencia de la vida concreta de preocupaciones, miedos, trabajos y esperanzas de la gente. Si no escuchamos bien las llamadas de Jesús, no pondremos palabras de esperanza en la vida de los que sufren.

Hay algo paradójico en algunos discursos de la Iglesia. Se dicen grandes verdades, pero no tocan el corazón de las personas. Algo de esto está sucediendo en estos tiempos de crisis. La sociedad no está esperando «doctrina religiosa» de los especialistas, pero escucha con atención una palabra clarividente, inspirada en el Evangelio de Jesús cuando es pronunciada por una Iglesia sensible al sufrimiento de las víctimas, y que sabe salir instintivamente en su defensa invitando a todos a estar cerca de quienes más ayuda necesitan para vivir con dignidad.

TOMAR EN SERIO A JESÚS

MARCOS 8,27-35

XXIV TIEMPO ORDINARIO

²⁷ Jesús salió con sus discípulos hacia las aldeas de Cesarea de Filipo, y por el camino les preguntó:

—¿Quién dice la gente que soy yo?

²⁸ Ellos le contestaron:

—Unos que Juan el Bautista; otros que Elías, y otros que uno de los profetas.

²⁹ Él siguió preguntándoles:

—Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Pedro le respondió:

—Tú eres el Mesías.

³⁰ Entonces Jesús les prohibió terminantemente que hablaran a nadie acerca de él.

³¹ Jesús empezó a enseñarles que el Hijo del hombre debía padecer mucho, que sería rechazado por los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la Ley; que lo matarían y a los tres días resucitaría. ³² Les hablaba con toda claridad. Entonces Pedro lo tomó aparte y se puso a increparlo. ³³ Pero Jesús se volvió y, mirando a sus discípulos, reprendió

a Pedro, diciéndole:

—¡Ponte detrás de mí, Satanás!, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres.

³⁴ Después Jesús reunió a la gente y a sus discípulos, y les dijo:

—Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga. ³⁵ Porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el

que pierda su vida por mí y por la buena noticia la salvará.

* * *

El episodio de Cesarea de Filipo ocupa un lugar central en el evangelio de Marcos. Después de un tiempo de convivir con él, Jesús hace a sus discípulos una pregunta decisiva: «¿Quién decís que soy yo?». En nombre de todos, Pedro le contesta sin dudar: «Tú eres el Mesías». Por fin parece que todo está claro. Jesús es el Mesías enviado por Dios, y los discípulos lo siguen para colaborar con él.

Pero Jesús sabe que no es así. Todavía les falta aprender algo muy importante. Es fácil confesar a Jesús con palabras, pero todavía no saben lo que significa seguirlo de cerca compartiendo su proyecto y su destino. Marcos dice que Jesús «empezó a enseñarles» que debía sufrir mucho. No es una enseñanza más, sino algo fundamental que los discípulos tendrán que ir asimilando poco a poco.

Desde el principio les habla «con toda claridad». No les quiere ocultar nada. Tienen que saber que el sufrimiento los acompañará siempre en su tarea de abrir caminos al reino de Dios. Al final será condenado por los dirigentes religiosos y morirá ejecutado violentamente. Solo al resucitar se verá que Dios está con él.

Pedro se rebela ante lo que está oyendo. Su reacción es increíble. Toma a Jesús consigo y se lo lleva aparte para «increparlo». Había sido el primero en confesarlo como Mesías. Ahora es el primero en rechazarlo. Quiere hacer ver a Jesús que lo que está diciendo es absurdo. No está dispuesto a que siga ese camino. Jesús ha de cambiar esa manera de pensar.

Jesús reacciona con una dureza desconocida. De pronto ve en Pedro los rasgos de Satanás, el tentador del desierto que busca apartarlo de la voluntad de Dios. Se vuelve de cara a los discípulos y «reprende» literalmente a Pedro con estas palabras: «Ponte detrás de mí, Satanás»: vuelve a ocupar tu puesto de discípulo. Deja de tentarme. «Tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres».

Luego llama a la gente y a sus discípulos para que escuchen bien sus palabras. Las repetirá en diversas ocasiones. No han de olvidarlas jamás. «Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga».

Seguir a Jesús no es obligatorio. Es una decisión libre de cada uno. Pero hemos de tomar en serio a Jesús. No bastan confesiones fáciles. Si queremos seguirlo en su tarea apasionante de hacer un mundo más humano, digno y dichoso, hemos de estar dispuestos a dos cosas. Primero, renunciar a proyectos o planes que se oponen al reino de Dios. Segundo, aceptar los sufrimientos que nos pueden llegar por seguir a Jesús e identificarnos con su causa.

¿POR QUÉ LO OLVIDAMOS?

MARCOS 9,30-37

XXV TIEMPO ORDINARIO

³⁰ Se fueron de allí y atravesaron Galilea. Jesús no quería que nadie lo supiera,

³¹ porque estaba dedicado a instruir a sus discípulos. Les decía:

—El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, le darán muerte y, después de morir, a los tres días resucitará.

³² Ellos no entendían lo que quería decir, pero les daba miedo preguntarle.

³³ Llegaron a Cafarnaún y, una vez en casa, les preguntó:

—¿De qué discutíais por el camino?

³⁴ Ellos callaban, pues por el camino habían discutido sobre quién era el más importante.

³⁵ Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo:

—El que quiera ser el primero que sea el último de todos y el servidor de todos.

³⁶ Luego tomó a un niño, lo puso en medio de ellos y, abrazándolo, les dijo:

³⁷ —El que acoge a un niño como este en mi nombre a mí me acoge; y el que me acoge a mí no es a mí a quien acoge, sino al que me ha enviado.

* * *

Camino de Jerusalén, Jesús sigue instruyendo a sus discípulos sobre el final que le espera. Insiste una vez más en que será entregado en manos de los hombres y estos lo matarán, pero Dios lo resucitará. Marcos dice que «no entendían lo que quería decir, pero les daba miedo preguntarle». No es difícil adivinar en estas palabras la pobreza de muchos cristianos de todos los tiempos. No entendemos a

Jesús y nos da miedo ahondar en su mensaje.

Al llegar a Cafarnaún, Jesús les pregunta: «¿De qué discutíais por el camino?». Los discípulos se callan. Están avergonzados. Marcos nos dice que, por el camino, habían discutido sobre quién era el más importante. Ciertamente es vergonzoso ver a Jesús, que camina hacia la cruz, acompañado de cerca por un grupo de discípulos llenos de estúpidas ambiciones. ¿De qué discutimos hoy en la Iglesia mientras decimos seguir a Jesús?

Una vez en casa, Jesús se dispone a darles una enseñanza. La necesitan. Estas son sus primeras palabras: «Quien quiera ser el primero que sea el último de todos y el servidor de todos». En el grupo que sigue a Jesús, el que quiera sobresalir y ser más que los demás ha de ponerse el último, detrás de todos; así podrá ver qué es lo que necesitan y podrá ser servidor de todos.

La verdadera grandeza consiste en servir. Para Jesús, el primero no es el que ocupa un cargo de importancia, sino quien vive sirviendo y ayudando a los demás. Los primeros en la Iglesia no son los jerarcas, sino esas personas sencillas que viven ayudando a quienes encuentran en su camino. No hemos de olvidarlo.

Para Jesús, su Iglesia debería ser un espacio donde todos piensen en los demás. Una comunidad donde estemos atentos a quien más nos pueda necesitar. No es sueño de Jesús. Para él es tan importante que les va a poner un ejemplo gráfico.

Se sienta y llama a sus discípulos. Luego acerca un niño y lo pone en medio de todos para que fijen su atención en él. En el centro de la Iglesia apostólica ha de estar siempre ese niño, símbolo de las personas débiles y desvalidas: los necesitados de acogida, apoyo y defensa. No han de estar fuera, lejos de la Iglesia de Jesús. Han de ocupar el centro de nuestra atención.

Luego Jesús abraza al niño. Quiere que los discípulos lo recuerden siempre así: identificado con los débiles. Mientras tanto les dice: «El que acoge a un niño como este en mi nombre a mí me acoge, y el que me acoge a mí acoge al que me ha enviado».

La enseñanza de Jesús es clara: el camino para acoger a Dios es acoger a su Hijo Jesús presente en los pequeños, los indefensos, los pobres y desvalidos. ¿Por qué lo olvidamos tanto? ¿Qué es lo que hay en el centro de la Iglesia si ya no está ese Jesús identificado con los pequeños?

NADIE TIENE LA EXCLUSIVA DE JESÚS

MARCOS 9,38-43.45.47-48

XXVI TIEMPO ORDINARIO

³⁸ Juan le dijo [a Jesús]:

—Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre y se lo hemos prohibido, porque no es de los nuestros.

³⁹ Jesús replicó:

—No se lo prohibáis, porque nadie que haga un milagro en mi nombre puede luego hablar mal de mí. ⁴⁰ Pues el que no está contra nosotros está a favor nuestro.

⁴¹ Os aseguro que el que os dé a beber un vaso de agua porque sois del Mesías no quedará sin recompensa. ⁴² Al que sea ocasión de pecado para uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgaran del cuello una piedra de molino y lo echaran al mar. ⁴³ Y si tu mano es ocasión de pecado para ti, córtatela. Más te vale entrar manco en la vida que ir con las dos manos al fuego eterno que no se extingue. ⁴⁵ Y si tu pie es ocasión de pecado para ti, córtatelo. Más te vale entrar cojo en la vida que ser arrojado con los dos pies al fuego eterno. ⁴⁷ Y si tu ojo es ocasión de pecado para ti, sácatelo. Más te vale entrar tuerto en el reino de Dios que ser arrojado con los dos ojos al fuego eterno, ⁴⁸ donde el gusano que roe no muere y el fuego no se extingue.

* * *

La escena es sorprendente. Los discípulos se acercan a Jesús con un problema. Esta vez, el portador del grupo no es Pedro, sino Juan, uno de los dos hermanos que andan buscando los primeros puestos. Ahora pretende que el grupo de

discípulos tenga la exclusiva de Jesús y el monopolio de su acción liberadora.

Vienen preocupados. Un exorcista no integrado en el grupo está echando demonios en nombre de Jesús. Los discípulos no se alegran de que la gente quede curada y pueda iniciar una vida más humana. Solo piensan en el prestigio de su propio grupo. Por eso han tratado de cortar de raíz su actuación. Esta es su única razón: «No es de los nuestros».

Los discípulos dan por supuesto que, para actuar en nombre de Jesús y con su fuerza curadora, es necesario ser miembro de su grupo. Nadie puede apelar a Jesús y trabajar por un mundo más humano sin formar parte de la Iglesia. ¿Es realmente así? ¿Qué piensa Jesús?

Sus primeras palabras son rotundas: «No se lo impidáis». El nombre de Jesús y su fuerza humanizadora son más importantes que el pequeño grupo de sus discípulos. Es bueno que la salvación que trae Jesús se extienda más allá de la Iglesia establecida y ayude a las gentes a vivir de manera más humana. Nadie ha de verla como una competencia desleal.

Jesús rompe toda tentación sectaria en sus seguidores. No ha constituido su grupo para controlar su salvación mesiánica. No es rabino de una escuela cerrada, sino Profeta de una salvación abierta a todos. Su Iglesia ha de apoyar su Nombre allí donde es invocado para hacer el bien.

No quiere Jesús que entre sus seguidores se hable de los que son nuestros y de los que no lo son, los de dentro y los de fuera, los que pueden actuar en su nombre y los que no pueden hacerlo. Su modo de ver las cosas es diferente: «El que no está contra nosotros está a favor nuestro».

En la sociedad actual hay muchos hombres y mujeres que trabajan por un mundo más justo y humano sin pertenecer a la Iglesia. Algunos ni son creyentes, pero están abriendo caminos al reino de Dios y su justicia. Son de los nuestros. Hemos de alegrarnos en vez de mirarlos con resentimiento. Hemos de apoyarlos en vez de descalificar.

Es un error vivir en la Iglesia viendo en todas partes hostilidad y maldad, creyendo ingenuamente que solo nosotros somos portadores del Espíritu de Jesús. Él no nos aprobaría. Nos invita a colaborar con alegría con todos los que viven de manera humana y se preocupan de los más pobres y necesitados.

CONTRA EL PODER DEL VARÓN

MARCOS 10,2-16

XXVII TIEMPO ORDINARIO

² Se acercaron unos fariseos y, para ponerlo a prueba, le preguntaron si era lícito al marido separarse de su mujer.

³ Jesús les respondió:

—¿Qué os mandó Moisés?

⁴ Ellos contestaron:

—Moisés permitió escribir «un certificado de divorcio y separarse de ella».

⁵ Jesús les dijo:

—Moisés os dejó escrito ese precepto por vuestra incapacidad para entender. ⁶ Pero desde el principio Dios «los creó varón y mujer. ⁷ Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer ⁸ y serán los dos uno solo. De manera que ya no son dos, sino uno solo». ⁹ Por tanto, lo que Dios unió que no lo separe el hombre.

¹⁰ Cuando regresaron a la casa, los discípulos le preguntaron sobre esto.

¹¹ Él les dijo:

—Si uno se separa de su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera; ¹² y si ella se separa de su marido y se casa con otro, comete adulterio.

¹³ Llevaron unos niños a Jesús para que los tocara, pero los discípulos los regañaban. ¹⁴ Jesús, al verlo, se indignó y les dijo:

—Dejad que los niños vengan a mí; no se lo impidáis, porque de los que son como ellos es el reino de Dios. ¹⁵ Os aseguro que el que no reciba el reino de Dios como un niño no entrará en él.

¹⁶ Y tomándolos en brazos los bendecía, imponiéndoles las manos.

* * *

Los fariseos plantean a Jesús una pregunta para ponerlo a prueba. Esta vez no es una cuestión sin importancia, sino un hecho que hace sufrir mucho a las mujeres de Galilea y es motivo de vivas discusiones entre los seguidores de diversas escuelas rabínicas: «¿Le es lícito al marido separarse de su mujer?».

No se trata del divorcio moderno que conocemos hoy, sino de la situación en que vivía la mujer judía dentro del matrimonio, controlado absolutamente por el varón. Según la Ley de Moisés, el marido podía romper el contrato matrimonial y expulsar de casa a su esposa. La mujer, por el contrario, sometida en todo al varón, no podía hacer lo mismo.

La respuesta de Jesús sorprende a todos. No entra en las discusiones de los rabinos. Invita a descubrir el proyecto original de Dios, que está por encima de leyes y normas. Esta ley «machista», en concreto, se ha impuesto en el pueblo judío por la dureza del corazón de los varones, que controlan a las mujeres y las someten a su voluntad.

Jesús ahonda en el misterio original del ser humano. Dios «los creó varón y mujer». Los dos han sido creados en igualdad. Dios no ha creado al varón con poder sobre la mujer. No ha creado a la mujer sometida al varón. Entre varones y mujeres no ha de haber dominación por parte de nadie.

Desde esta estructura original del ser humano, Jesús ofrece una visión del matrimonio que va más allá de todo lo establecido por la Ley. Mujeres y varones se unirán para «ser una sola carne» e iniciar una vida compartida en la mutua entrega, sin imposición ni sumisión.

Este proyecto matrimonial es para Jesús la suprema expresión del amor humano. El varón no tiene derecho alguno a controlar a la mujer como si fuera su dueño. La mujer no ha de aceptar vivir sometida al varón. Es Dios mismo quien los atrae a vivir unidos por un amor libre y gratuito. Jesús concluye de manera rotunda: «Lo que Dios unió que no lo separe el hombre».

Con esta posición, Jesús está destruyendo de raíz el fundamento del patriarcado bajo todas sus formas de control, sometimiento e imposición del varón sobre la mujer. No solo en el matrimonio, sino en cualquier institución civil o religiosa.

Hemos de escuchar el mensaje de Jesús. No es posible abrir caminos al reino de Dios y su justicia sin luchar activamente contra el patriarcado. ¿Cuándo reaccionaremos en la Iglesia con energía evangélica contra tanto abuso, violencia y agresión del varón sobre la mujer? ¿Cuándo defenderemos a la mujer de la «dureza de corazón» de los varones?

CON JESÚS EN MEDIO DE LA CRISIS

MARCOS 10,17-30

XXVIII TIEMPO ORDINARIO

¹⁷ Cuando iba a ponerse en camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló ante él

y le preguntó:

—Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?

¹⁸ Jesús le contestó:

—¿Por qué me llamas bueno? Solo Dios es bueno. ¹⁹ Ya conoces los mandamientos: «No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio», no estafarás, «honra a tu padre y a tu madre».

²⁰ Él replicó:

—Maestro, todo eso lo he cumplido desde joven.

²¹ Jesús lo miró con cariño y le dijo:

—Una cosa te falta: vete, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Luego ven y ségueme.

²² Ante estas palabras, él frunció el ceño y se marchó todo triste, porque poseía muchos bienes.

²³ Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos:

—¡Qué difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!

²⁴ Los discípulos se quedaron asombrados ante estas palabras. Pero Jesús insistió:

—Hijos míos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! ²⁵ Le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios.

²⁶ Ellos se asombraron todavía más y decían entre sí:

—Entonces, ¿quién podrá salvarse?

²⁷ Jesús los miró y les dijo:

—Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para Dios todo es posible.

²⁸ Pedro le dijo entonces:

**—Mira, nosotros lo hemos dejado todo
y te hemos seguido.**

²⁹ Jesús respondió:

—Os aseguro que todo aquel que haya dejado casa o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o tierras por mí y por la buena noticia ³⁰ recibirá en el tiempo presente cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y tierras, aunque junto con persecuciones,

y en el mundo futuro la vida eterna.

* * *

Antes de que se ponga en camino, un desconocido se acerca a Jesús corriendo. Al parecer tiene prisa para resolver su problema: «¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?». No le preocupan los problemas de esta vida. Es rico. Todo lo tiene resuelto.

Jesús lo pone ante la Ley de Moisés. Curiosamente, no le recuerda los diez mandamientos, sino solo los que prohíben actuar contra el prójimo. El joven es un hombre bueno, observante fiel de la religión judía: «Todo eso lo he cumplido desde joven».

Jesús se le queda mirando con cariño. Es admirable la vida de una persona que no ha hecho daño a nadie. Jesús lo quiere atraer ahora para que colabore con él en su proyecto de hacer un mundo más humano, y le hace una propuesta sorprendente: «Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, dales el dinero a los pobres... y luego ven y sígueme».

El rico posee muchas cosas, pero le falta lo único que permite seguir a Jesús de verdad. Es bueno, pero vive apegado a su dinero. Jesús le pide que renuncie a su riqueza y la ponga al servicio de los pobres. Solo compartiendo lo suyo con los necesitados podrá seguir a Jesús colaborando en su proyecto.

El hombre se siente incapaz. Necesita bienestar. No tiene fuerzas para vivir sin su riqueza. Su dinero está por encima de todo. Renuncia a seguir a Jesús. Había venido corriendo entusiasmado hacia él. Ahora se aleja triste. No conocerá nunca

la alegría de colaborar con Jesús.

La crisis económica nos está invitando a los seguidores de Jesús a dar pasos hacia una vida más sobria, para compartir con los necesitados lo que tenemos y sencillamente no necesitamos para vivir con dignidad. Hemos de hacernos preguntas muy concretas si queremos seguir a Jesús en estos momentos.

Lo primero es revisar nuestra relación con el dinero: ¿qué hacer con nuestro dinero? ¿Para qué ahorrar? ¿En qué invertir? ¿Con quiénes compartir lo que no necesitamos? Luego revisar nuestro consumo para hacerlo más responsable y menos compulsivo y superfluo: ¿qué compramos? ¿Dónde compramos? ¿Para qué compramos? ¿A quiénes podemos ayudar a comprar lo que necesitan?

Son preguntas que hemos de hacernos en el fondo de nuestra conciencia y también en nuestras familias, comunidades cristianas e instituciones de Iglesia. No haremos gestos heroicos, pero, si damos pequeños pasos en esta dirección, conoceremos la alegría de seguir a Jesús contribuyendo a hacer la crisis de algunos un poco más humana y llevadera. Si no es así, nos sentiremos buenos cristianos, pero a nuestra religión le faltará alegría.

NADA DE ESO ENTRE NOSOTROS

MARCOS 10,35-45

XXIX TIEMPO ORDINARIO

³⁵ Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, se le acercaron y le dijeron:
—Maestro, queremos que nos concedas lo que vamos a pedirte.

³⁶ Jesús les preguntó:

—¿Qué queréis que haga por vosotros?

³⁷ Ellos le contestaron:

—Concédenos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu gloria.

³⁸ Jesús les replicó:

—No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber o pasar la terrible prueba que yo voy a pasar?

³⁹ Ellos le respondieron:

—Sí, podemos.

Jesús entonces les dijo:

—Beberéis la copa que yo he de beber y seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado. ⁴⁰ Pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado.

⁴¹ Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan. ⁴² Jesús los llamó y les dijo:

—Sabéis que los que figuran como jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que sus magnates las oprimen. ⁴³ Nada de eso entre vosotros. El que quiera ser grande entre vosotros que sea vuestro servidor, ⁴⁴ y el que quiera ser el primero entre vosotros que sea esclavo de todos. ⁴⁵ Pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos.

* * *

Mientras suben a Jerusalén, Jesús va anunciando a sus discípulos el destino doloroso que le espera en la capital. Los discípulos no le entienden. Andan disputando entre ellos por los primeros puestos. Santiago y Juan, discípulos de primera hora, se acercan a él para pedirle directamente sentarse un día «el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda».

A Jesús se le ve desalentado: «No sabéis lo que pedís». Nadie en el grupo parece entender que seguirlo de cerca colaborando en su proyecto siempre será un camino no de poder y grandezas, sino de sacrificio y cruz.

Mientras tanto, al enterarse del atrevimiento de Santiago y Juan, los otros diez se indignan. El grupo está más agitado que nunca. La ambición los está dividiendo. Jesús los reúne a todos para dejar claro su pensamiento.

Antes que nada les expone lo que sucede en los pueblos del Imperio romano. Todos conocen los abusos de Antipas y las familias herodianas en Galilea. Jesús lo resume así: los que son reconocidos como jefes utilizan su poder para «tiranizar» a los pueblos, y los grandes no hacen sino «oprimir» a sus súbditos. Jesús no puede ser más tajante: «Vosotros, nada de eso».

No quiere ver entre los suyos nada parecido: «El que quiera ser grande entre vosotros que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros que sea esclavo de todos». En su comunidad no habrá lugar para el poder que opime, solo para el servicio que ayuda. Jesús no quiere jefes sentados a su derecha e izquierda, sino servidores como él que dan su vida por los demás.

Jesús deja las cosas claras. Su Iglesia no se construye desde la imposición de los de arriba, sino desde el servicio de los que se colocan abajo. No cabe en ella jerarquía alguna en clave de honor o dominación. Tampoco métodos y estrategias de poder. Es el servicio el que construye la Iglesia de Jesús.

Jesús da tanta importancia a lo que está diciendo que se pone a sí mismo como ejemplo, pues no ha venido al mundo para exigir que le sirvan, sino «para servir y dar su vida en rescate por todos». Jesús no enseña a nadie a triunfar en la Iglesia, sino a servir al proyecto del reino de Dios desviviéndonos por los más débiles y necesitados.

La enseñanza de Jesús no es solo para los dirigentes. Desde tareas y responsabilidades diferentes hemos de comprometernos todos a vivir con más entrega al servicio de su proyecto. No necesitamos en la Iglesia imitadores de Santiago y Juan, sino seguidores fieles de Jesús. Los que quieran ser importantes que se pongan a trabajar y colaborar.

CON OJOS NUEVOS

MARCOS 10,46-52

XXX TIEMPO ORDINARIO

⁴⁶ Llegaron a Jericó. Más tarde, cuando Jesús salía de allí acompañado por sus discípulos y por bastante gente, el hijo de Timeo, Bartimeo, un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino. ⁴⁷ Cuando se enteró de que era Jesús el Nazareno quien pasaba, se puso a gritar:

—¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!

⁴⁸ Muchos lo reprendían para que callara. Pero él gritaba todavía más fuerte:

—¡Hijo de David, ten compasión de mí!

⁴⁹ Jesús se detuvo y dijo:

—Llamadlo.

Llamaron entonces al ciego, diciéndole:

—Ánimo, levántate, que te llama.

⁵⁰ Él, arrojando su manto, dio un salto y se acercó a Jesús.

⁵¹ Jesús, dirigiéndose a él, le dijo:

—¿Quéquieres que haga por ti?

El ciego le contestó:

—Maestro, que recobre la vista.

⁵² Jesús le dijo:

—Vete, tu fe te ha salvado.

Y al momento recobró la vista y le seguía por el camino.

* * *

La curación del ciego Bartimeo está narrada por Marcos para urgir a las comunidades cristianas a salir de su ceguera y mediocridad. Solo así seguirán a Jesús por el camino del Evangelio. El relato es de una sorprendente actualidad

para la Iglesia de nuestros días.

Bartimeo es «un mendigo ciego sentado al borde del camino». En su vida siempre es de noche. Ha oído hablar de Jesús, pero no conoce su rostro. No puede seguirlo. Está junto al camino por el que marcha Jesús, pero está fuera. ¿No es esta nuestra situación? ¿Cristianos ciegos sentados junto al camino, incapaces de seguir a Jesús?

Entre nosotros es de noche. Desconocemos a Jesús. Nos falta luz para seguir su camino. Ignoramos hacia dónde se encamina la Iglesia. No sabemos siquiera qué futuro queremos para ella. Instalados en una religión que no logra convertirnos en seguidores de Jesús, vivimos junto al Evangelio, pero fuera. ¿Qué podemos hacer?

A pesar de su ceguera, Bartimeo capta que Jesús está pasando cerca de él. No duda un instante. Algo le dice que en Jesús está su salvación: «¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!». Este grito repetido con fe va a desencadenar su curación.

Hoy se oyen en la Iglesia quejas y lamentos, críticas, protestas y mutuas descalificaciones. No se escucha la oración humilde y confiada del ciego. Se nos ha olvidado que solo Jesús puede salvar a esta Iglesia. No percibimos su presencia cercana. Solo creemos en nosotros.

El ciego no ve, pero sabe escuchar la voz de Jesús, que le llega a través de sus enviados: «¡Ánimo, levántate, que te llama!». Este es el clima que necesitamos crear en la Iglesia. Animarnos mutuamente a reaccionar. No seguir instalados en una religión convencional. Volver a Jesús, que nos está llamando. Este es el primer objetivo pastoral.

El ciego reacciona de forma admirable: suelta el manto que le impide levantarse, da un salto en medio de su oscuridad y se acerca a Jesús. De su corazón solo brota una petición: «Maestro, que recobre la vista». Si sus ojos se abren, todo cambiará. El relato concluye diciendo que el ciego recobró la vista y «le seguía por el camino».

Esta es la curación que necesitamos hoy los cristianos. El salto cualitativo que puede cambiar a la Iglesia. Si cambia nuestro modo de mirar a Jesús, si leemos su Evangelio con ojos nuevos, si captamos la originalidad de su mensaje y nos apasionamos con su proyecto de un mundo más humano, la fuerza de Jesús nos arrastrará. Nuestras comunidades conocerán la alegría de vivir siguiéndolo de cerca.

ATEÍSMO SUPERFICIAL

MARCOS 12,28-34

XXXI TIEMPO ORDINARIO

²⁸ Un maestro de la Ley que había oído la discusión y había observado lo bien que les había respondido se acercó y le preguntó:

—¿Cuál es el mandamiento más importante?

²⁹ Jesús contestó:

—El más importante es este: «Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. ³⁰ Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma», con toda tu mente y «con todas tus fuerzas». ³¹ El segundo es este: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». No hay otro mandamiento más importante que estos.

³² El maestro de la Ley le dijo:

—Muy bien, Maestro. Tienes razón al afirmar que «Dios es único y que no hay otro fuera de él»; ³³ y que «amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo», vale más que todos los holocaustos y sacrificios.

³⁴ Jesús, viendo que había hablado con sensatez, le dijo:

—No estás lejos del reino de Dios.

Y nadie se atrevía ya a seguir preguntándole.

* * *

Son bastantes los que, durante estos años, han ido pasando de una fe ligera y superficial en Dios a un ateísmo igualmente frívolo e irresponsable. Hay quienes han eliminado de sus vidas toda práctica religiosa y han liquidado cualquier relación con una comunidad creyente. Pero ¿basta con eso para resolver con seriedad la postura personal de uno ante el misterio último de la vida?

Hay quienes dicen que no creen en la Iglesia ni en «los inventos de los curas», pero creen en Dios. Sin embargo, ¿qué significa creer en un Dios al que nunca se

recuerda, con quien jamás se dialoga, a quien no se escucha, de quien no se espera nada con gozo?

Otros proclaman que ya es hora de aprender a vivir sin Dios, enfrentándose a la vida con mayor dignidad y personalidad. Pero, cuando se observa de cerca su vida, no es fácil ver cómo les ha ayudado concretamente el abandono de Dios a vivir una vida más digna y responsable.

Bastantes se han fabricado su propia religión y se han construido una moral propia a su medida. Nunca han buscado otra cosa que situarse con cierta comodidad en la vida, evitando todo interrogante que cuestionara seriamente su existencia.

Algunos no sabrían decir si creen en Dios o no. En realidad, no entienden para qué puede servir tal cosa. Ellos viven tan ocupados en trabajar y disfrutar, tan distraídos por los problemas de cada día, los programas de televisión y las revistas del fin de semana que Dios no tiene sitio en sus vidas.

Pero nos equivocaríamos los creyentes si pensáramos que este ateísmo frívolo se encuentra solamente en esas personas que se atreven a decir en voz alta que no creen en Dios. Este ateísmo puede estar penetrando también en los corazones de los que nos llamamos creyentes: a veces nosotros mismos sabemos que Dios no es el único Señor de nuestra vida, ni siquiera el más importante.

Hagamos solo una prueba. ¿Qué sentimos en lo más íntimo de nuestra conciencia cuando escuchamos despacio, repetidas veces y con sinceridad estas palabras: «Escucha: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todas tus fuerzas»? ¿Qué espacio ocupa Dios en mi corazón, en mi alma, en mi mente, en todo mi ser?

LO MEJOR DE LA IGLESIA

MARCOS 12,38-44

XXXII TIEMPO ORDINARIO

³⁸ En su enseñanza decía también [Jesús]:

—Tened cuidado con los maestros de la Ley, que gustan de pasearse lujosamente vestidos y de ser saludados por la calle.

³⁹ Buscan los puestos de honor en las sinagogas y los primeros lugares en los banquetes. ⁴⁰ Estos, que devoran los bienes de las viudas con el pretexto de largas oraciones, tendrán un juicio muy riguroso.

⁴¹ Jesús estaba sentado frente al lugar de las ofrendas, y observaba cómo la gente iba echando dinero en el cofre. Muchos ricos depositaban en cantidad. ⁴² Pero llegó una viuda pobre que echó dos monedas de muy poco valor. ⁴³ Jesús llamó entonces a sus discípulos y les dijo:

—Os aseguro que esa viuda pobre ha echado en el cofre más que todos los demás. ⁴⁴ Pues todos han echado de lo que les sobraba; ella, en cambio, ha echado de lo que necesitaba, todo lo que tenía para vivir.

* * *

El contraste entre las dos escenas no puede ser más fuerte. En la primera, Jesús pone a la gente en guardia frente a los dirigentes religiosos: «¡Cuidado con los maestros de la Ley!», su comportamiento puede hacer mucho daño. En la segunda llama a sus discípulos para que tomen nota del gesto de una viuda pobre: la gente sencilla les podrá enseñar a vivir el Evangelio.

Es sorprendente el lenguaje duro y certero que emplea Jesús para desenmascarar la falsa religiosidad de los escribas. No puede soportar su vanidad y su afán de ostentación. Buscan vestir de modo especial y ser saludados con reverencia para sobresalir sobre los demás, imponerse y dominar.

La religión les sirve para alimentar su fatuidad. Hacen «largos rezos» para impresionar. No crean comunidad, pues se colocan por encima de todos. En el fondo solo piensan en sí mismos. Viven aprovechándose de las personas débiles, a las que deberían servir.

Marcos no recoge las palabras de Jesús para condenar a los escribas que había en el Templo de Jerusalén antes de su destrucción, sino para poner en guardia a las comunidades cristianas para las que escribe. Los dirigentes religiosos han de ser servidores de la comunidad. Nada más. Si lo olvidan, son un peligro para todos. Hay que reaccionar para que no hagan daño.

En la segunda escena, Jesús está sentado frente al arca de las ofrendas. Muchos ricos van echando cantidades importantes: son los que sostienen el Templo. De pronto se acerca una mujer. Jesús observa que echa dos moneditas de cobre. Es una viuda pobre, maltratada por la vida, sola y sin recursos. Probablemente vive mendigando junto al Templo.

Conmovido, Jesús llama rápidamente a sus discípulos. No han de olvidar el gesto de esta mujer, pues, aunque está pasando necesidad, «ha echado de lo que necesitaba, todo lo que tenía para vivir». Mientras los maestros viven aprovechándose de la religión, esta mujer se desprende por los demás, confiando totalmente en Dios.

Su gesto nos descubre el corazón de la verdadera religión: confianza grande en Dios, gratuidad sorprendente, generosidad y amor solidario, sencillez y verdad. No conocemos el nombre de esta mujer ni su rostro. Solo sabemos que Jesús vio en ella un modelo para los futuros dirigentes de su Iglesia.

También hoy tantas mujeres y hombres de fe sencilla y corazón generoso son lo mejor que tenemos en la Iglesia. No escriben libros ni pronuncian sermones, pero son los que mantienen vivo entre nosotros el Evangelio de Jesús. De ellos hemos de aprender los presbíteros y los obispos.

NADIE SABE EL DÍA

MARCOS 13,24-32

XXXIII TIEMPO ORDINARIO

²⁴ Pasada la tribulación de aquellos días, «el sol se oscurecerá y la luna no dará resplandor; ²⁵ las estrellas caerán del cielo y las fuerzas celestes se tambalearán».

²⁶ Entonces verán «venir al Hijo del hombre entre nubes» con gran poder y gloria. ²⁷ Él enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra al extremo del cielo.

²⁸ Fijaos en lo que sucede con la higuera. Cuando sus ramas se ponen tiernas y brotan las hojas, conocéis que se acerca el verano. ²⁹ Pues lo mismo vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que ya está cerca, a las puertas.

³⁰ Os aseguro que no pasará esta generación sin que todo esto suceda. ³¹ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. ³² En cuanto al día y la hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino solo el Padre.

* * *

El mejor conocimiento del lenguaje apocalíptico, construido de imágenes y recursos simbólicos para hablar del fin del mundo, nos permite hoy escuchar el mensaje esperanzador de Jesús sin caer en la tentación de sembrar angustia y terror en las conciencias.

Un día, la historia apasionante del ser humano sobre la tierra llegará a su final. Esta es la convicción firme de Jesús. Esta es también la previsión de la ciencia actual. El mundo no es eterno. Esta vida terminará. ¿Qué va a ser de nuestras luchas y trabajos, de nuestros esfuerzos y aspiraciones?

Jesús habla con sobriedad. No quiere alimentar ninguna curiosidad morbosa.

Corta de raíz cualquier intento de especular con cálculos, fechas o plazos. «Nadie sabe el día o la hora..., solo el Padre». Nada de psicosis ante el final. El mundo está en buenas manos. No caminamos hacia el caos. Podemos confiar en Dios, nuestro Creador y Padre.

Desde esta confianza total, Jesús expone su esperanza: la creación actual terminará, pero será para dejar paso a un nueva creación, que tendrá por centro a Cristo resucitado. ¿Es posible creer algo tan grandioso? ¿Podemos hablar así antes de que nada haya ocurrido?

Jesús recurre a imágenes que todos pueden entender. Un día el sol y la luna que hoy iluminan la tierra y hacen posible la vida se apagarán. El mundo quedará a oscuras. ¿Se apagará también la historia de la humanidad? ¿Terminarán así nuestras esperanzas?

Según la versión de Marcos, en medio de esa noche se podrá ver al «Hijo del hombre», es decir, a Cristo resucitado, que vendrá «con gran poder y gloria». Su luz salvadora lo iluminará todo. Él será el centro de un mundo nuevo, el principio de una humanidad renovada para siempre.

Jesús sabe que no es fácil creer en sus palabras. ¿Cómo puede probar que las cosas sucederán así? Con una sencillez sorprendente invita a vivir esta vida como una primavera. Todos conocen la experiencia: la vida que parecía muerta durante el invierno comienza a despertar; en las ramas de la higuera brotan de nuevo pequeñas hojas. Todos saben que el verano está cerca.

Esta vida que ahora conocemos es como la primavera. Todavía no es posible cosechar. No podemos obtener logros definitivos. Pero hay pequeños signos de que la vida está en gestación. Nuestros esfuerzos por un mundo mejor no se perderán. Nadie sabe el día, pero Jesús vendrá. Con su venida se desvelará el misterio último de la realidad, que los creyentes llamamos Dios. Nuestra historia apasionante llegará a su plenitud.

LO DECISIVO

JUAN 18,32-37

JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

³² Así se cumplió la palabra de Jesús, que había anunciado de qué forma iba a morir.

³³ Pilato volvió a entrar en su palacio, llamó a Jesús y le interrogó:
—¿Eres tú el rey de los judíos?

³⁴ Jesús le contestó:

—¿Dices eso por ti mismo o te lo han dicho otros de mí?

³⁵ Pilato replicó:

—¿Acaso soy yo judío? Son los de tu propia nación y los jefes de los sacerdotes los que te han entregado a mí. ¿Qué es lo que has hecho?

³⁶ Jesús le explicó:

—Mi reino no es de este mundo. Si lo fuera, mis seguidores habrían luchado para impedir que yo cayese en manos de los judíos. Pero no, mi reino no es de este mundo.

³⁷ Pilato insistió:

—Entonces, ¿eres rey?

Jesús le respondió:

—Soy rey, como tú dices. Y mi misión consiste en dar testimonio de la verdad. Precisamente para eso nací y para eso vine al mundo. Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz.

* * *

El juicio contra Jesús tuvo lugar probablemente en el palacio en el que residía Pilato cuando acudía a Jerusalén. Allí se encuentran una mañana de abril del año 30 un reo indefenso llamado Jesús y el representante del poderoso sistema imperial de Roma.

El evangelio de Juan relata el diálogo entre ambos. En realidad, más que un

interrogatorio parece un discurso de Jesús para esclarecer algunos temas que interesan mucho al evangelista. En un determinado momento, Jesús hace esta solemne proclamación: «Yo para esto nací y para esto he venido al mundo: para ser testigo de la verdad. Todo el que pertenece a la verdad escucha mi voz».

Esta afirmación recoge un rasgo básico que define la trayectoria profética de Jesús: su voluntad de vivir en la verdad de Dios. Jesús no solo dice la verdad, sino que busca la verdad, y solo la verdad de un Dios que quiere un mundo más humano para todos sus hijos.

Por eso Jesús habla con autoridad, pero sin falsos autoritarismos. Habla con sinceridad, pero sin dogmatismos. No habla como los fanáticos, que tratan de imponer su verdad. Tampoco como los funcionarios, que la defienden por obligación, aunque no crean en ella. No se siente nunca guardián de la verdad, sino testigo.

Jesús no convierte la verdad de Dios en propaganda. No la utiliza en provecho propio, sino en defensa de los pobres. No tolera la mentira o el encubrimiento de las injusticias. No soporta las manipulaciones. Jesús se convierte así en «voz de los sin voz, y voz contra los que tienen demasiada voz» (Jon Sobrino).

Esta voz es más necesaria que nunca en esta sociedad atrapada en una grave crisis económica. La ocultación de la verdad es uno de los más firmes presupuestos de la actuación de los poderes financieros y de la gestación política sometida a sus exigencias. Se nos quiere hacer vivir la crisis en la mentira.

Se hace todo lo posible para ocultar la responsabilidad de los principales causantes de la crisis y se ignora de manera perversa el sufrimiento de las víctimas más débiles e indefensas. Es urgente humanizar la crisis poniendo en el centro de atención la verdad de los que sufren y la atención prioritaria a su situación cada vez más grave.

Es la primera verdad exigible a todos si no queremos ser inhumanos. El primer dato previo a todo. No podemos acostumbrarnos a la exclusión social y la desesperanza en que están cayendo los más débiles. Quienes seguimos a Jesús hemos de escuchar su voz y salir instintivamente en defensa de los últimos. Quien es de la verdad escucha su voz.

ÍNDICE DE TEXTOS BÍBLICOS

Mateo 2,1-12	Epifanía del Señor
Mateo 28,16-20	Santísima Trinidad
Marcos 1,1-8	II Adviento
Marcos 1,7-11	Bautismo del Señor
Marcos 1,12-15	I Cuaresma
Marcos 1,14-20	III Tiempo Ordinario
Marcos 1,21-28	IV Tiempo Ordinario
Marcos 1,29-39	V Tiempo Ordinario
Marcos 1,40-45	VI Tiempo Ordinario
Marcos 2,1-12	VII Tiempo Ordinario
Marcos 2,18-22	VIII Tiempo Ordinario
Marcos 2,23-3,6	IX Tiempo Ordinario
Marcos 3,20-35	X Tiempo Ordinario
Marcos 4,26-34	XI Tiempo Ordinario
Marcos 4,35-41	XII Tiempo Ordinario
Marcos 5,21-43	XIII Tiempo Ordinario
Marcos 6,1-6	XIV Tiempo Ordinario
Marcos 6,7-13	XV Tiempo Ordinario
Marcos 6,30-34	XVI Tiempo Ordinario
Marcos 7,1-8.14-15.21-23	XXII Tiempo Ordinario
Marcos 7,31-37	XXIII Tiempo Ordinario
Marcos 8,27-35	XXIV Tiempo Ordinario
Marcos 9,2-10	II Cuaresma
Marcos 9,30-37	XXV Tiempo Ordinario
Marcos 9,38-43.45.47-48	XXVI Tiempo Ordinario
Marcos 10,2-16	XXVII Tiempo Ordinario
Marcos 10,17-30	XXVIII Tiempo Ordinario
Marcos 10,35-45	XXIX Tiempo Ordinario
Marcos 10,46-52	XXX Tiempo Ordinario

Marcos 12,28-34	XXXI Tiempo Ordinario
Marcos 12,38-44	XXXII Tiempo Ordinario
Marcos 13,24-32	XXXIII Tiempo Ordinario
Marcos 13,33-37	I Adviento
Marcos 14,1-72;15,1-47	Domingo de Ramos
Marcos 14,12-16.22-26	Cuerpo y Sangre de Cristo
Marcos 16,15-20	Ascensión del Señor
Lucas 1,26-38	IV Adviento
Lucas 2,1-14	Natividad del Señor
Lucas 2,16-21	Santa María, Madre de Dios
Lucas 2,22-40	Sagrada Familia
Lucas 24,35-48	III Pascua
Juan 1,1-18	II Domingo después de Navidad
Juan 1,6-8.19-28	III Adviento
Juan 1,35-42	II Tiempo Ordinario
Juan 2,13-25	III Cuaresma
Juan 3,14-21	IV Cuaresma
Juan 6,1-15	XVII Tiempo Ordinario
Juan 6,24-35	XVIII Tiempo Ordinario
Juan 6,41-50	XIX Tiempo Ordinario
Juan 6,51-58	XX Tiempo Ordinario
Juan 6,60-69	XXI Tiempo Ordinario
Juan 10,11-18	IV Pascua
Juan 12,20-33	V Cuaresma
Juan 15,1-8	V Pascua
Juan 15,9-17	VI Pascua
Juan 18,32-37	Jesucristo, Rey del universo
Juan 20,1-9	Domingo de Resurrección
Juan 20,19-23	Pentecostés
Juan 20,19-31	II Pascua

ÍNDICE DE DOMINGOS

I Adviento	Marcos 13,33-37
II Adviento	Marcos 1,1-8
III Adviento	Juan 1,6-8.19-28
IV Adviento	Lucas 1,26-38
Natividad del Señor	Lucas 2,1-14
Sagrada Familia	Lucas 2,22-40
Santa María, Madre de Dios	Lucas 2,16-21
II Domingo después de Navidad	Juan 1,1-18
Epifanía del Señor	Mateo 2,1-12
Bautismo del Señor	Marcos 1,7-11
I Cuaresma	Marcos 1,12-15
II Cuaresma	Marcos 9,2-10
III Cuaresma	Juan 2,13-25
IV Cuaresma	Juan 3,14-21
V Cuaresma	Juan 12,20-33
Domingo de Ramos	Marcos 14,1-72; 15,1-47
Domingo de Resurrección	Juan 20,1-9
II Pascua	Juan 20,19-31
III Pascua	Lucas 24,35-48
IV Pascua	Juan 10,11-18
V Pascua	Juan 15,1-8
VI Pascua	Juan 15,9-17
Ascensión del Señor	Marcos 16,15-20
Pentecostés	Juan 20,19-23
Santísima Trinidad	Mateo 28,16-20
Cuerpo y Sangre de Cristo	Marcos 14,12-16.22-26
II Tiempo Ordinario	Juan 1,35-42
III Tiempo Ordinario	Marcos 1,14-20
IV Tiempo Ordinario	Marcos 1,21-28

V Tiempo Ordinario	Marcos 1,29-39
VI Tiempo Ordinario	Marcos 1,40-45
VII Tiempo Ordinario	Marcos 2,1-12
VIII Tiempo Ordinario	Marcos 2,18-22
IX Tiempo Ordinario	Marcos 2,23-3,6
X Tiempo Ordinario	Marcos 3,20-35
XI Tiempo Ordinario	Marcos 4,26-34
XII Tiempo Ordinario	Marcos 4,35-41
XIII Tiempo Ordinario	Marcos 5,21-43
XIV Tiempo Ordinario	Marcos 6,1-6
XV Tiempo Ordinario	Marcos 6,7-13
XVI Tiempo Ordinario	Marcos 6,30-34
XVII Tiempo Ordinario	Juan 6,1-15
XVIII Tiempo Ordinario	Juan 6,24-35
XIX Tiempo Ordinario	Juan 6,41-50
XX Tiempo Ordinario	Juan 6,51-58
XXI Tiempo Ordinario	Juan 6,60-69
XXII Tiempo Ordinario	Marcos 7,1-8.14-15.21-23
XXIII Tiempo Ordinario	Marcos 7,31-37
XXIV Tiempo Ordinario	Marcos 8,27-35
XXV Tiempo Ordinario	Marcos 9,30-37
XXVI Tiempo Ordinario	Marcos 9,38-43.45.47-48
XXVII Tiempo Ordinario	Marcos 10,2-16
XXVIII Tiempo Ordinario	Marcos 10,17-30
XXIX Tiempo Ordinario	Marcos 10,35-45
XXX Tiempo Ordinario	Marcos 10,46-52
XXXI Tiempo Ordinario	Marcos 12,28-34
XXXII Tiempo Ordinario	Marcos 12,38-44
XXXIII Tiempo Ordinario	Marcos 13,24-32
Jesucristo, Rey del universo	Juan 18,32-37

Contenido

- Portadilla
- Presentación
- Una iglesia despierta
- Con Jesús comienza algo bueno
- Abrirnos a Dios
- Con alegría y confianza
- En un pesebre
- Hogares cristianos
- Hoy
- Dios está con nosotros
- Orientarnos hacia Dios
- El Espíritu de Jesús
- Entre conflictos y tentaciones
- Liberar la fuerza del Evangelio
- El culto al dinero
- Acercarnos a la luz
- Confianza absoluta
- Identificado con las víctimas
- Misterio de esperanza
- ¿Agnósticos?
- Testigos
- Buscar desde dentro
- Creer
- Una alegría diferente
- Nuevo comienzo
- Renuévanos por dentro
- El mejor Amigo
- Eucaristía y crisis
- ¿Qué buscamos?
- Otro mundo es posible
- Curador
- A la puerta de nuestra casa

Amigo de los excluidos
Sabernos perdonados
Cuando muere la alegría
Comovverse
¿Qué es más sano?
Con humildad y confianza
Por qué tanto miedo
La fe grande de una mujer
Rechazado entre los suyos
Nueva etapa evangelizadora
La mirada de Jesús
El gesto de un joven
Pan de vida eterna
Atraídos por el Padre hacia Jesús
Alimentarnos de Jesús
Pregunta decisiva
La queja de Dios
Curar la sordera
Tomar en serio a Jesús
¿Por qué lo olvidamos?
Nadie tiene la exclusiva de Jesús
Contra el poder del varón
Con Jesús en medio de la crisis
Nada de eso entre nosotros
Con ojos nuevos
Ateísmo superficial
Lo mejor de la Iglesia
Nadie sabe el día
Lo decisivo
Índice de textos bíblicos
Índice de domingos
Créditos

Diseño: Estudio SM

© 2017, José Antonio Pagola

© 2017, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

© De la presente edición: PPC, Editorial y Distribuidora, SA, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppcedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-3135-2

Depósito legal: M 18651-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Coordinación técnica: Producto Digital SM

Digitalización: **ab** serveis

ISBN: 978-84-288-3217-5

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

Portadilla	2
Presentación	3
Una iglesia despierta	5
Con Jesús comienza algo bueno	7
Abrirnos a Dios	9
Con alegría y confianza	12
En un pesebre	14
Hogares cristianos	16
Hoy	19
Dios está con nosotros	21
Orientarnos hacia Dios	24
El Espíritu de Jesús	26
Entre conflictos y tentaciones	28
Liberar la fuerza del Evangelio	30
El culto al dinero	32
Acercarnos a la luz	35
Confianza absoluta	37
Identificado con las víctimas	39
Misterio de esperanza	48
¿Agnósticos?	50
Testigos	53
Buscar desde dentro	55
Creer	57
Una alegría diferente	59
Nuevo comienzo	61
Renuévanos por dentro	63
El mejor Amigo	65
Eucaristía y crisis	67
¿Qué buscamos?	69

Otro mundo es posible	71
Curador	73
A la puerta de nuestra casa	75
Amigo de los excluidos	77
Sabernos perdonados	79
Cuando muere la alegría	81
Conmoverse	83
¿Qué es más sano?	86
Con humildad y confianza	89
Por qué tanto miedo	91
La fe grande de una mujer	93
Rechazado entre los suyos	96
Nueva etapa evangelizadora	98
La mirada de Jesús	100
El gesto de un joven	102
Pan de vida eterna	105
Atraídos por el Padre hacia Jesús	108
Alimentarnos de Jesús	110
Pregunta decisiva	112
La queja de Dios	114
Curar la sordera	117
Tomar en serio a Jesús	119
¿Por qué lo olvidamos?	121
Nadie tiene la exclusiva de Jesús	123
Contra el poder del varón	125
Con Jesús en medio de la crisis	127
Nada de eso entre nosotros	130
Con ojos nuevos	132
Ateísmo superficial	134
Lo mejor de la Iglesia	136

Nadie sabe el día	138
Lo decisivo	140
Índice de textos bíblicos	142
Índice de domingos	144
Contenido	146
Créditos	148